
EL AMOR SECRETO DE LA ESPÍA
Serie Hermanos Holloway - Libro 4
AMAYA EVANS

EL AMOR SECRETO DE LA ESPÍA

SERIE “HERMANOS HOLLOWAY” 4

AMAYA EVANS

2026

Título Original: El Amor Secreto De La Espía

Serie “Hermanos Holloway” 4

Copyright © 2026 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

SINOPSIS

Isabella Holloway ha pasado años escondiendo sus secretos. Arrancada de su familia cuando apenas era una niña, tras la ejecución de su padre, creció en las sombras de París convirtiéndose en algo que nadie esperaba: la espía más peligrosa al servicio de la Corona Británica. Pero cuando descubre la prueba definitiva que podría limpiar el nombre de su padre y redimir a su familia, debe regresar a Londres... y enfrentar al hombre que destrozó su corazón hace cinco años.

Lord Maxwell Blackwood nunca debió enamorarse de ella. Como Alto Lord de Inteligencia, Maxwell sabía que reclutar a Isabella era su deber. Que vigilarla era su misión. Que amarla era su perdición. Cuando ella descubrió que él llevaba el apellido del conspirador que destruyó a su familia, Maxwell dijo las palabras más crueles que pudo imaginar... creyendo que la estaba liberando. Se equivocó.

Ahora el destino los obliga a trabajar juntos en la misión más peligrosa de sus vidas.

Un testigo. Un villano poderoso dispuesto a matar para proteger sus secretos. Y una atracción que nunca murió, ardiendo entre cada mentira, cada verdad a medias, cada momento robado en la oscuridad.

Maxwell haría cualquier cosa por ganarse su perdón... incluso sacrificar su nombre, su posición, su vida. Isabella juró no volver a confiar en él... pero su cuerpo recuerda cada caricia, y su corazón susurra una verdad aterradora: algunos amores son demasiado profundos para morir.

Cuando los asesinos atacan y los secretos explotan, deberán elegir: Protegerse tras las mentiras que los han definido... o arriesgarlo todo por una segunda oportunidad que podría destruirlos o salvarlos.

Serie Hermanos Holloway:

Libro 1: *El Duque Implacable* (Alistair y Eloise)
Libro 2: *El Soldado Maldito* (Sebastian y Anabelle)
Libro 3: *El Libertino Enamorado* (Julian y Beatrice)
Libro 4: *El Amor Secreto De La Espía (Maxwell e Isabella)* ← **ESTÁS AQUÍ**

Capítulo 1

París, Francia

Isabella acababa de regresar de Londres hacía tres días. La boda de Julian había sido hermosa, Beatrice radiante, sus hermanos felices, pero París era su hogar real. Aquí no era "la hermana menor olvidada". Aquí era el Camaleón.

El apartamento del tercer piso olía a tinta y papel envejecido. Las paredes desnudas apenas sostenían mapas enrollados y un retrato pequeño en marco de plata. El mobiliario era espartano: una cama estrecha, una mesa con documentos cifrados esparcidos, un baúl que contenía más armas que ropa. Solo el piano vertical en la esquina delataba algo humano en aquel espacio, regalo de su tía antes de morir, la única posesión que Isabella se había permitido amar.

La luz anaranjada del atardecer se filtraba por las ventanas que daban al balcón. Isabella recogió la correspondencia que había llegado durante su ausencia, descartando facturas y misivas sociales sin importancia. Sus dedos se detuvieron sobre un sobre sin remitente, sellado con cera negra.

El mensaje cifrado era breve: *"Beaumont quiere hablar. Café Le Procope, medianoche. Asunto: Rutherford 1798."*

François Beaumont. Traductor retirado, sesenta y tantos años, conexiones con la embajada francesa en Londres durante el cambio de siglo. Isabella dejó caer el papel sobre la mesa y caminó hacia la ventana.

¿Qué sabe un anciano sobre la ejecución de mi padre hace veinticinco años?

Su mirada se deslizó hacia el retrato en la pared, el único que poseía de su padre. El difunto Duque de Rutherford la miraba desde el óleo con ojos grises idénticos a los suyos. Habían pasado veinticinco años desde que lo colgaron por traición.

Las manos le temblaron apenas perceptiblemente. Se acercó al piano y sus dedos encontraron las teclas sin pensarlo, arrancando notas melancólicas que llenaron el apartamento vacío. La pieza fluía sola, memoria muscular de tardes en Rutherford Manor cuando su padre aún vivía y ella era solo una niña que amaba la música.

Se detuvo abruptamente, cerrando la tapa del piano con más fuerza de la necesaria.

No hay tiempo para sentimentalismos.

Isabella se dirigió al baúl y comenzó a sacar lo necesario para la noche.

La transformación era un arte que había perfeccionado durante años. Frente al espejo manchado, Isabella estudió su reflejo con ojo crítico mientras trabajaba.

Primero vino el vestido: gris oscuro, gastado en los codos, el dobladillo deshilachado con cuidado deliberado. Se lo puso sobre la camisola más simple que tenía, sin corsé, sin las capas de enaguas que usaban las mujeres de su clase. El chal que echó sobre sus hombros estaba raído en las esquinas, perfecto para una costurera pobre que regresaba tarde del trabajo.

Tomó polvo de la chimenea y lo frotó en sus manos, bajo las uñas, en las yemas de los dedos. Cuando terminó, sus manos parecían ásperas, trabajadoras, no las de una aristócrata que nunca había cosido un botón en su vida.

El cabello fue siguiente. Lo recogió en un moño descuidado en la nuca, dejando mechones sueltos que caían sobre su rostro. Nada de los peinados elaborados que había soportado en la boda de Julian. Esto era la apariencia de alguien que no tenía tiempo ni dinero para vanidades.

Encorvó los hombros, dejó caer la barbilla, relajó la postura hasta que su columna se curvó en una línea de cansancio perpetuo. Frente al espejo, practicó el acento de clase baja parisina, arrastrando ciertas vocales, tropezando con consonantes.

—*Perdón, monsieur. Soy muy torpe*—murmuró, y su propia voz sonó extraña en sus oídos.

En el espejo vio dos versiones de sí misma superpuestas: la real y la máscara.

"*Mi cara de ángel ha salvado mi vida más veces que mi daga"*, pensó mientras ocultaba tres cuchillas pequeñas entre los pliegues de su ropa. "*La gente subestima a la chica bonita e ingenua. Para cuando se dan cuenta del error, ya es tarde"*

Salió a las calles de París cuando el crepúsculo se convertía en noche. Nadie la miró dos veces. Perfecto.

*****

El Café Le Procope conservaba su atmósfera bohemia incluso a medianoche. Velas parpadeaban en mesas de madera oscura donde hombres de letras discutían filosofía y política entre humo de tabaco. Isabella entró con pasos pequeños, inseguros, bajando la vista como correspondía a una chica de su supuesta clase.

Pero sus ojos lo registraban todo.

Tres guardias posicionados estratégicamente: dos cerca de la entrada, uno junto a la escalera que llevaba al segundo piso. Mercenarios, por la forma en que se paraban y la calidad de sus armas. Dos salidas principales más una ventana trasera que daba al callejón, accesible si se movía rápido. El camarero que limpiaba vasos tenía una pistola bajo el delantal; el bulto era obvio para un ojo entrenado.

Beaumont debía estar arriba. Los guardias miraban la escalera con demasiada frecuencia.

Isabella se acercó a la barra, calculando sus pasos. A medio camino, "tropezó" contra el camarero, su actuación de torpeza tan convincente que él soltó una maldición mientras ella se aferraba a su brazo para no caer.

—*Perdón, perdón, monsieur*—balbuceó con voz temblorosa, sus mejillas enrojeciendo con perfecta inocencia—. *Soy muy torpe. Discúlpeme, por favor.*

Durante las disculpas profusas y los gestos nerviosos, sus dedos encontraron el bolsillo del delantal y extrajeron la llave de la habitación trasera. El movimiento fue imperceptible, practicado mil veces hasta volverse instinto.

El camarero la apartó con irritación.

—*Cuidado, muchacha. El baño está arriba, segunda puerta.*

—*Gracias, monsieur. Es muy amable.*

La sonrisa dulce que le ofreció habría derretido el corazón de cualquier hombre. Él ya había olvidado su existencia antes de que llegara a la escalera.

Los guardias la vieron subir, manos aferradas al barandal, respiración agitada como si le asustaran las alturas. Solo una chica asustada buscando el baño. Ninguno se movió para detenerla.

Isabella contó las puertas, pasó la segunda, el baño verdadero, y continuó hasta el final del pasillo. La llave robada giró silenciosamente en la cerradura de la habitación privada.

François Beaumont estaba sentado junto a la ventana, su figura demacrada proyectando sombras largas bajo la luz de una vela. El cáncer lo había consumido hasta dejarlo en los huesos. Levantó la vista cuando ella entró, sus ojos ampliándose con sorpresa.

— ¿Quién...?

Isabella cerró la puerta tras de sí. En un segundo, la transformación fue completa: la postura se enderezó, los hombros se echaron hacia atrás, sus ojos se volvieron fríos y calculadores. Ya no había rastro de la costurera asustada. Solo quedaba el depredador.

La voz que salió de sus labios era firme, sin rastro del acento de clase baja.

—François Beaumont. Recibí tu mensaje.

El anciano retrocedió en su silla, el terror pintándose en su rostro demacrado.

—Tú... tú eres el Camaleón.

No era una pregunta. Isabella se acercó sin prisa, estudiándolo con la misma frialdad con que estudiaría un documento cifrado.

— ¿Y tú tienes información sobre el difunto Duque de Rutherford?

Las manos de Beaumont temblaron cuando se las llevó al rostro. Lágrimas brotaron de sus ojos hundidos.

—*Ese hombre era inocente*—su voz se quebró—. *Y yo... Dios me perdone, yo ayudé a matarlo.*

Isabella no se movió, no permitió que la emoción tocara su expresión. Pero sus puños se apretaron a los costados, las uñas clavándose en las palmas.

—*Habla.*

Beaumont habló, y las palabras salieron como confesión de moribundo. Había trabajado como traductor oficial en la embajada francesa en Londres entre 1796 y 1800. En 1798, le entregaron cartas supuestamente escritas por el Duque de Rutherford a contactos franceses, cartas que contenían secretos militares británicos, prueba de traición.

—*Mi trabajo era simple*—continuó el anciano, secándose las lágrimas con manos temblorosas—. *Traducirlas fielmente al francés. Esas traducciones se presentaron como evidencia en su juicio. Yo nunca cuestioné... nunca pensé que pudieran ser falsas.*

La respiración de Isabella se había vuelto cuidadosa, controlada. Cada palabra que salía de la boca de Beaumont era una pieza del rompecabezas que había perseguido durante los últimos meses.

— *¿Cuándo te diste cuenta?*

—*Años después. En 1805, estaba organizando archivos viejos y encontré los borradores originales de esas cartas.* —Beaumont alcanzó un paquete de papeles amarillentos sobre la mesa—. *La letra no coincidía con otros documentos verificados del Duque que teníamos en archivo. La tinta era diferente. Hice análisis básicos...*

las inconsistencias eran evidentes para cualquiera que mirara con cuidado.

— ¿Confrontaste a alguien?

El anciano asintió miserablemente.

—Al funcionario que me había dado las cartas para traducir: Lord Weatherby, subsecretario de la oficina de asuntos extranjeros. —Su voz se volvió apenas un susurro—. *Me amenazó. Dijo que si hablaba, mi familia moriría. Mi esposa, mis hijas... Fui un cobarde. Callé durante quince años.*

Isabella se acercó a la mesa, sus ojos escaneando los documentos esparcidos. Copias de las traducciones originales, notas meticulosas sobre las inconsistencias en la caligrafía y la composición química de la tinta, una carta firmada por un diplomático francés ya fallecido admitiendo que Weatherby había pagado por un "favor especial".

Prueba. Después de este año y medio, finalmente tenía una prueba tangible.

—Testificarás—no fue una pregunta—. *En Londres. Ante el Consejo de Lores.*

Beaumont la miró con ojos resignados.

—Me matarán antes de que cruce el Canal de la Mancha.

Isabella tomó los documentos, doblándolos con cuidado y guardándolos en el bolsillo oculto de su vestido. Cuando habló, su voz era hielo puro.

—Entonces asegurémonos de que no sepan que vienes hasta que sea demasiado tarde.

Un cambio sutil en el aire hizo que Isabella levantara la cabeza. Las voces abajo se habían elevado. Pasos pesados subían la escalera con prisa.

En un movimiento fluido, sacó la daga que llevaba atada al muslo.

—*Debajo de la cama. Ahora. Sin ruido.*

Beaumont obedeció con la velocidad del terror. Isabella se posicionó junto a la puerta justo cuando esta explotaba hacia adentro.

Tres mercenarios entraron en tropel. El primero no tuvo tiempo de levantar su arma antes de que la daga de Isabella impactara su garganta. Cayó sin un sonido, sangre brotando entre sus dedos mientras intentaba detener lo inevitable.

El segundo disparó su pistola. Isabella ya no estaba donde había estado un segundo antes. Rodó hacia el lado, usando la mesa como escudo, y saltó sobre ella con la gracia de una bailarina. Su pie conectó con la mano del mercenario, enviando la pistola volando. El codo que hundió en su sien lo dejó inconsciente antes de tocar el suelo.

El tercero era más grande, más rápido. Sus brazos la rodearon por detrás, apretando hasta que el aire escapó de sus pulmones. Isabella no luchó contra el agarre. En cambio, echó la cabeza hacia atrás con toda su fuerza. El crujido del cartílago roto fue satisfactorio. Pisoteó su pie, clavó el codo en sus costillas dos veces, tres.

Él la soltó. Isabella recuperó su daga del primer mercenario caído, giró y cortó el tendón detrás de la rodilla del hombre grande. Cayó con un grito ahogado. El puño de Isabella encontró su mandíbula antes de que pudiera recuperarse.

Silencio. Todo el combate había durado veinte segundos.

Beaumont salió de debajo de la cama, su rostro pálido como la cera. Su boca se abría y cerraba sin producir sonido.

—*Eres... Dios mío, eres...*

Isabella limpió la sangre de su daga en el abrigo del mercenario caído, sin mirarlo.

—*Soy la hija del hombre que tu silencio mató*—su voz no tenía inflexión alguna—. *Y haré lo que sea necesario para limpiar su nombre.*

Guardó el arma, tomó al anciano del brazo con sorprendente gentileza y lo guió hacia la ventana.

— *¿Puedes trepar?*

—*Yo... no sé...*

—*No importa. Agárrate de mi, y donde pise tu pisas.*

Los tejados de París se extendían ante ellos como un mapa que Isabella conocía de memoria. Cada escape, cada ruta, cada callejón. Había pasado cinco años memorizando esta ciudad, convirtiéndola en su fortaleza. Nadie conocía París como el Camaleón.

Con Beaumont aferrado a ella y los documentos presionados contra su pecho, Isabella se lanzó a la noche.

La bodega de Madame Rousseau olía a vino añejo y especias. La anciana espía retirada no hizo preguntas cuando Isabella apareció

en su puerta con un hombre demacrado y manchas de sangre en el vestido.

—*Habitación del fondo*—fue todo lo que dijo, señalando con su bastón.

Isabella instaló a Beaumont en un camastro, asegurándose de que tuviera agua y mantas. El anciano ya estaba quedándose dormido, agotado por el terror y el esfuerzo.

Madame Rousseau la esperaba en la cocina, dos copas de brandy ya servidas sobre la mesa. Isabella tomó la suya y bebió sin ceremonias.

— *¿Problemas grandes, pequeña?*

—*Los peores*—admitió Isabella, dejándose caer en una silla—. *Necesito mover a un testigo clave a Inglaterra sin que Lord Weatherby se entere.*

La anciana silbó entre dientes.

—*Eso requiere recursos que tú sola no tienes.*

Isabella sabía que tenía razón. Las manos le temblaban ligeramente cuando dejó la copa sobre la mesa. El brandy no había ayudado a calmar el frío que se extendía por su pecho.

—*Lo sé. Tendré que contactar a alguien en Londres.*

— *¿Tu familia?*

El estómago de Isabella se contrajo.

—*No. Alguien... más complicado.*

Madame Rousseau la estudió con esos ojos negros que todavía no perdían su agudeza.

—En París eres leyenda, Camaleón, aunque nadie sepa tu verdadera identidad. La espía que nadie ve. Pero en Londres... eres solo la hermana olvidada. —hizo una pausa—. *¿Qué prefieres ser?*

Isabella no respondió. Se puso de pie, agradeció a la anciana con un beso en la mejilla y salió hacia la madrugada de París.

El apartamento estaba exactamente como lo había dejado. Isabella cerró la puerta con llave, verificó las ventanas, revisó cada rincón buscando señales de intrusión. Solo cuando estuvo segura de que estaba sola, permitió que sus hombros se relajaran.

Fue directamente a su escritorio y sacó el diario personal del cajón secreto. Las páginas estaban llenas de nombres, fechas, crímenes documentados. Abrió en una página nueva y escribió con letra clara: *"Nombre #17: Marc Dubois. Mercenario. Amenazó testigo que probará inocencia de papá. Neutralizado."*

Cerró el diario. La pluma todavía estaba en su mano cuando miró hacia la ventana. La luz gris del amanecer comenzaba a filtrarse entre los edificios de París.

Maxwell Blackwood. Alto Lord de Inteligencia Británica. El hijo del traidor que había ayudado a conspirar contra su padre. El hombre que la había amado cuando ella tenía veinte años y él veinticinco. El hombre que le había roto el corazón cuando descubrió quién era ella realmente.

Cinco años. Cinco años construyendo muros, convirtiéndose en alguien que no necesitaba a nadie, que no sentía nada más allá de la misión.

Y ahora debía contactarlo.

Sin Maxwell, Beaumont moriría antes de llegar a Inglaterra. Los recursos de Weatherby eran demasiado vastos, su red de informantes demasiado extensa. Necesitaba el poder del Foreign Office británico, necesitaba protección que solo el Alto Lord de Inteligencia podía proporcionar.

Necesitaba a Maxwell, aunque le costara cada pieza de armadura que había construido alrededor de su corazón.

Isabella tomó papel en blanco y comenzó a escribir en el código que solo Maxwell conocía, el que habían creado juntos durante esos meses robados antes de que todo se derrumbara. Sus dedos formaron las palabras con memoria muscular:

"Pieza final encontrada. Testigo presencial 1798 conspiración Rutherford. Requiero extracción segura a Inglaterra. París. URGENTE. -C"

Selló la nota con cera negra sin marca distintiva. La enviaría por el canal cifrado que conectaba directamente con el despacho privado de Maxwell en Londres. Llegaría en tres días.

Se quedó junto a la ventana mientras el sol comenzaba a iluminar los tejados de París. La ciudad despertaba lentamente: panaderos abriendo tiendas, vendedoras de flores preparando sus cestas, el sonido distante de cascos de caballos sobre adoquines.

Lord Blackwood. Alto Lord de Inteligencia. Hijo del traidor que ayudó a matar a mi padre. El hombre que me amó y me destruyó. Todo en uno.

Isabella cerró los ojos. cuatro días. En cuatro días lo vería de nuevo, enfrentaría esos ojos verdes que una vez la habían mirado como si fuera su mundo entero. En cuatro días tendría que fingir que

su presencia no hacía que cada pieza de ella gritara en direcciones opuestas: correr hacia él, huir de él, hacerle daño como él la había lastimado.

Puedo hacer esto, se dijo. *Soy el Camaleón. Nadie me ve venir. Ni siquiera él verá cuánto me duele.*

El cansancio finalmente la alcanzó. Se dirigió a la cama sin molestarse en quitarse el vestido manchado de sangre. Antes de cerrar los ojos, su mirada encontró el piano en la esquina, y por un momento, solo por un momento, permitió que el anhelo la tocara.

Entonces durmió, y soñó con música que ya nadie tocaba para ella.

*****

Dos días después, cuando el sol se ponía sobre París, Isabella regresó de entregar provisiones a Beaumont en la bodega de Madame Rousseau. El anciano estaba estable, recuperando fuerzas lentamente. Madame le había conseguido un médico discreto.

Sobre su escritorio había un sobre con el sello personal de Maxwell: un halcón en vuelo grabado en cera azul oscura.

Las manos de Isabella no temblaron cuando lo abrió. Años de entrenamiento mantenían su cuerpo bajo control incluso cuando su corazón olvidaba cómo latir normalmente.

El mensaje era breve, escrito en el mismo código que ella había usado:

"En camino. Llegaré en cuatro días. -H"

Isabella dejó caer el papel sobre el escritorio. Caminó hacia el piano y esta vez no se detuvo. Dejó que sus dedos encontraran las teclas y tocó la pieza que Maxwell le había enseñado hacía cinco años, la noche que le confesó que la amaba.

Las notas llenaron el apartamento vacío, eran hermosas y dolorosas, recordándole todo lo que había perdido y todo lo que había elegido sacrificar.

Cuatro días para preparar su corazón para el hombre que lo había roto. Cuatro días para construir muros lo suficientemente altos como para que él nunca viera las grietas.

La música continuó hasta que las lágrimas que nunca permitía caer finalmente encontraron su camino por sus mejillas, silenciosas en la oscuridad creciente.

Capítulo 2

París, Francia — Distrito del Marais — Antes del amanecer

Isabella no durmió. Durmió exactamente dos horas, lo cual fue considerablemente peor. En esas dos horas, Maxwell Blackwood invadió sus sueños con la precisión de quien conoce la única entrada sin guardia. En el sueño era diferente. Sus manos no hacían daño.

Se despertó con los puños cerrados alrededor de la funda de la almohada, el pulso golpeando en la garganta, la habitación envuelta en esa oscuridad gris anterior al amanecer que París usa como disfraz antes de volverse hermosa. Se quedó inmóvil un momento, consciente de que si cerraba los ojos de nuevo, el sueño seguiría donde lo había dejado.

No los cerró.

Se levantó con movimientos automáticos: corsé ajustado con manos que no necesitaban espejo, camisola de lino limpio, el vestido gris oscuro de trabajo que no llamaba la atención en ninguna calle de la ciudad. Mientras se vestía, trazó el plan con la misma frialdad con que habría planificado una extracción.

Beaumont necesitaba un lugar más seguro. El bodegón de Madame Rousseau era solución provisional, demasiado visible para uso prolongado y demasiado vinculado a ella por años de favores. Si los hombres de Weatherby seguían rastreando a Camaleón, terminarían allí antes del fin de semana. Le Havre, no Calais. Ese era el segundo punto. Puerto más pequeño, trayecto más largo, considerablemente menos vigilado. Eso era lo primero que Maxwell tendría que entender cuando llegara.

Cuando llegara.

Las manos se le detuvieron sobre el último botón. Tenía pocos días para construir muros lo suficientemente sólidos como para que él no viera las grietas.

No le permitiré que me vea vulnerable. Nunca más.

Tomó su chal y salió a las calles de París, que aún dormían.

Bodegas de Rue Saint-Antoine, mediodía

Francois Beaumont llevaba veinticuatro horas en el camastro del sótano y tenía ya el color de las paredes: gris, poroso, erosionado con paciencia. El cáncer lo trabajaba por dentro con más método que los hombres de Weatherby, y eso, paradójicamente, lo había vuelto más sereno. Un hombre que ya carga su muerte encima tiene poco más que temer.

Isabella llegó con dos bultos. Comida y su nueva identidad.

—Esto duele —anunció el anciano cuando ella le pasó el cuello de la sotana por la cabeza.

—Todo duele. Quieto.

La sotana era negra, raída en los codos, del tipo que usaría un sacerdote de provincia en visita pastoral a la ciudad. Collar clerical de plata opaca. Breviario con las páginas suficientemente manoseadas para parecer auténtico. Ella misma se había vestido con muselina lavanda pálida, sin adornos, sin nada que llamara la atención en las calles del Marais. Una sobrina devota y su tío anciano, caminando hacia la misa de la mañana.

Beaumont se miró en el fragmento de espejo que colgaba en la pared.

—Parezco un cura de aldea.

—Ese es el objetivo.

Salieron cuando el mercado comenzaba a llenarse.

El error habría sido mirar directamente. Isabella no miró. Mantuvo los ojos en la acera, en la tienda de especias a la izquierda, en el carrito de un vendedor de castañas, en cualquier punto que no fueran los dos hombres plantados en el callejón frente al edificio.

Demasiado inmóviles. En París, nadie permanece quieto sin razón.

Siguieron caminando. A veinte pasos, la visión periférica registró el segundo detalle: una mujer en la esquina de Rue de Bretagne, capucha marrón, cesta de mimbre vacía. La misma cesta. La misma postura de quien espera sin saber exactamente qué espera.

La había visto el día anterior en el mercado de las flores.

Las coincidencias no existen en este oficio.

—Nos siguen —murmuró Isabella, sin mover los labios más de lo necesario—. Mantenga la calma. Siga caminando. Cuando yo diga «ahora», entre al mercado cubierto.

El brazo de Beaumont se tensó bajo el de ella. Los dedos apretaron el breviario.

—No puedo correr —dijo, con la honestidad brutal de quien ya no tiene tiempo para evasivas.

—Entonces rezará para que yo sea más rápida que ellos.

A dos calles del mercado, Isabella tropezó.

No fue torpeza. Fue un colapso calculado con el ángulo y el peso exactos para parecer accidente sin serlo. El bolso se derramó. Las

monedas rodaron sobre el empedrado. Beaumont se detuvo, alarmado, y en ese segundo ella calculó: los dos hombres del callejón se habían movido tres pasos hacia adelante. Vigilancia activa, no curiosidad casual.

—Ahora.

El mercado cubierto los absorbió en la marea de compradores de la mañana. Isabella guio al anciano entre puestos de verduras y especias eligiendo siempre el corredor más estrecho, el ángulo que ponía más cuerpos entre ellos y la entrada principal. En el puesto de tejidos compró un abrigo marrón en cuarenta segundos, lo negoció en veinte, y lo puso sobre los hombros de Beaumont mientras él todavía procesaba lo que ocurría.

La sotana quedó doblada entre un cajón de puerros.

Salieron por la puerta trasera a Rue de Turenne. Los vigilantes buscaban a un sacerdote de sotana negra con una joven de muselina lavanda. No vieron a un anciano de abrigo marrón acompañado por una mujer de vestido gris oscuro.

Las tres calles restantes hasta la casa de Madame Rousseau las hicieron en silencio. Solo cuando el cerrojo corrió detrás de ellos, Beaumont exhaló.

— ¿Cómo... cómo aprendiste a hacer eso? —preguntó, entre los jadeos de quien no está acostumbrado a moverse con urgencia.

Isabella ya revisaba la ventana del cuarto del fondo. Cerrojo nuevo, como había pedido.

—Cuando tienes quince años y presencias el asesinato de tu tía, porque eso es lo que fue esa ejecución —dijo, sin girarse—, aprendes rápido o mueres.

Beaumont no hizo más preguntas.

*****

Maxwell Blackwood llevaba dos horas en cubierta y no tenía intención de bajar.

El camarote era demasiado pequeño. Los de los paquebotes de correo siempre lo eran, pero los últimos cinco años habían convertido los espacios cerrados en algo difícil de tolerar: el aire se volvía espeso, las paredes se inclinaban, y con esa inclinación llegaban los recuerdos sin aviso ni invitación. Afuera, al menos, el viento del Canal cortaba con suficiente intensidad como para mantener los sentidos ocupados en algo concreto.

Francia crecía en el horizonte. Verde oscuro de costas normandas bajo un cielo de nácar y nubes bajas.

París. Cinco años sin pisar esa ciudad. Cinco años evitando todo lo que pudiera recordarme a ella. Y ahora voy directo hacia Isabella.

Apretó el pasamanos de hierro hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Había aprendido a no pensar en Isabella Holloway en ciertos contextos: no cuando llovía en Londres, no cuando alguien tocaba piano en un salón nocturno, no cuando llegaba correspondencia cifrada con sello de cera negro. Había construido esa disciplina con la meticulosidad de un ingeniero de campo. La había visto desmoronarse en el tiempo que tardó en leer cuatro líneas de código.

Pieza final encontrada. Testigo presencial 1798.

El recuerdo llegó sin permiso.

París, 1813. Él tenía veinticinco años y llevaba tres semanas rastreando una red de mensajeros civiles que filtraba información militar al continente. La redada había salido mal, tres agentes capturados y uno muerto, y en el caos de una callejuela encontró a una adolescente acorralada entre dos gendarmes.

Ojos grises. Quince años, no más. Aterrada de esa manera específica que tienen los inocentes atrapados en problemas que no comprenden del todo.

—Por favor —había dicho, en un francés demasiado perfecto para ser nativa—. No hice nada. Mi tía... ella... no sé qué hacía.

Algo en él se detuvo. Era solo una niña. Inocente.

La sacó de allí sin saber exactamente por qué. Después lo supo demasiado bien.

Maxwell la reclutó dos años más tarde porque genuinamente tenía talento: memoria que fotografiaba documentos con una sola mirada, instinto para descifrar mentiras como si fueran escritura transparente, esa capacidad de ocupar cualquier habitación convirtiéndose en lo que esa habitación necesitaba ver. La entrenó porque era brillante, la más brillante que había encontrado en diez años de servicio. Se enamoró porque era ella, porque no había otra explicación más honesta que esa.

Y la destruyó porque fue un cobarde.

—Milord. —su asistente Jennings apareció con la discreción de quien aprende a leer el silencio antes de interrumpirlo—. Llegamos a Calais en menos de una hora.

Maxwell no se giró.

—Prepara el carruaje. Salimos directamente a París esta tarde. Y envía mensaje a Corbeau. Que necesitaré sus ojos y oídos desde esta noche.

— ¿Alguna instrucción adicional para el señor Corbeau, milord?

—Que no haga preguntas que no quiera que le responda.

Jennings desapareció con la velocidad de quien ha aprendido que ciertas respuestas son suficientes.

Maxwell se quedó mirando Francia acercarse, con el viento arrastrando sal y el olor específico de lo inevitable. Si lo que lo esperaba al otro lado del Canal lo salvaría o lo condenaría, era una pregunta para la que todavía no tenía respuesta.

Solo sabía una cosa.

Isabella Holloway lleva tiempo buscando justicia para su padre. Y yo he pasado cinco desperdiciando tiempo que no era mío para desperdiciar.

Eso termina hoy.

Londres, Inglaterra — Whitehall — Esa misma tarde

Edmund Weatherby no recibía visitas en su despacho oficial. El lugar donde trabajaba de verdad era otro: un gabinete sin ventanas en el tercer piso de un edificio sin nombre en Whitehall, decorado con la austeridad de quien ha decidido que los lujos son para los hombres que aún tienen algo que demostrar.

Una lámpara de aceite. Un escritorio de caoba. Papeles ordenados con precisión milimétrica.

Lord Edmund Weatherby levantó la vista cuando su agente entró. Cincuenta y ocho años, cabello plateado, ojos de un gris pálido que no reflejaban la luz como deberían. Era la belleza que tienen ciertas serpientes: impecable, calculada, completamente desprovista de calidez.

—Lord Blackwood viajó a París esta mañana, milord.

Weatherby no se movió. Era su habilidad más perfecta: la inmovilidad absoluta ante noticias que a otros hombres arrancarían alguna reacción.

—El Alto Lord no abandona Londres sin motivo que lo justifique. —Esa cadencia pausada que sus subordinados habían aprendido a temer más que los gritos—. ¿Qué motivó su viaje?

—Recibió un mensaje cifrado, milord. Nuestros hombres interceptaron el sobre pero no pudieron descifrarlo. El código no figura en ninguno de nuestros registros.

— ¿Procedencia?

—París.

Weatherby apoyó las yemas de los dedos sobre el escritorio. Sus agentes conocían ese gesto bien: significaba que pensaba con la parte de su mente que no hacía concesiones.

— ¿Qué más?

—Nuestros contactos en el quinto distrito reportan actividad inusual en las últimas cuarenta y ocho horas. —El agente hizo una pausa—. El Camaleón está activo, milord.

Por primera vez en la conversación, algo cruzó el rostro de Weatherby. No era miedo, porque ese hombre no conocía el miedo en ningún sentido reconocible. Era reconocimiento frío.

—Camaleón —repitió.

— ¿Quiere que lo eliminemos, milord? Si Blackwood nos conduce directamente al agente...

—No. —La negativa fue suave, casi amable, lo cual la hacía más definitiva—. Camaleón ha eliminado a cuatro de mis competidores en los últimos dieciocho meses. Un fantasma con esa eficiencia tiene valor. Por ahora.

El agente esperó.

—Lo que me preocupa —continuó Weatherby, con el tono de quien comparte una reflexión filosófica— es la coincidencia. Blackwood recibe un mensaje de París. Camaleón está activo en París. El código es privado, no institucional. ¿Qué dicen nuestros informantes sobre la identidad del Camaleón?

—Contradictorios, milord. Algunos dicen hombre, otros mujer. Algunos dicen que es francés, otros que inglés. Lo único en que coinciden todos es que es letal y que nadie lo ha visto dos veces con el mismo rostro.

—Nadie lo ha visto dos veces con el mismo rostro. —Weatherby repitió la frase despacio, saboreando algo que su agente no alcanzaba a identificar—. Descripción interesante.

Se puso de pie y caminó hacia el mapa de Europa que colgaba en la única pared sin estantes, posando un dedo sobre la costa normanda.

Llevaba doce años sin pensar en el padre de Maxwell Blackwood con algo que se pareciera a remordimiento. El hombre había preguntado demasiado sobre la conspiración de 1798, había tirado de hilos que no le correspondían, y los hombres que tiran de hilos ajenos no envejecen bien en este oficio. El infarto había sido oportuno, limpio, imposible de cuestionar. Y el joven Maxwell, con esa rectitud heredada de su madre, nunca había tenido razón para dudar de la causa de la muerte.

Ese chico tiene la misma moralidad irritante que su padre, pensó Weatherby, sin el menor asomo de ironía. *Y mira cómo terminó el padre.*

—Envía a nuestros mejores hombres a París esta noche. —Retiró el dedo del mapa—. Vigilen a Blackwood. No lo interrumpan. Quiero saber con quién se reúne, qué busca, qué encuentra.

— ¿Y si descubre algo sobre el Duque de Rutherford, milord?

La sonrisa que apareció en el rostro de Weatherby no llegó a los ojos.

—El Duque de Rutherford fue ejecutado hace veinticinco años. No hay nada que descubrir.

— ¿Y si hay testigos?

—Entonces encuéntrenlos —dijo, con la placidez con que un hombre pide que le sirvan el té— antes de que Blackwood los encuentre.

París, Apartamento de Isabella

Isabella Holloway llegó cuando el reloj del edificio vecino marcaba las doce de la medianoche, verificó los dos hilos de seda que dejaba

siempre cruzados en el umbral y en el cajón del escritorio, y solo entonces permitió que los hombros le cayeran un centímetro.

Beaumont estaba seguro. Los documentos, guardados. Los vigilantes de Weatherby, despistados.

Tenía tres días antes de que Maxwell llegara a París.

Intentó dormir. Estuvo en la cama mirando las grietas del techo durante cuarenta minutos, hasta que los recuerdos empezaron a colarse por los bordes como agua por una pared mal sellada. Se levantó, encendió una vela y fue al piano.

Sus dedos encontraron las teclas sin que ella lo decidiera. La melodía empezó sola: esa pieza de Chopin en mi menor que Maxwell le había enseñado una tarde de lluvia hacía cinco años, cuando ambos todavía creían que podían tener algo parecido a un futuro.

Así, con la muñeca suelta. No la fuerces.

Su voz. Grave. Con esa precisión didáctica que usaba cuando le enseñaba algo y desaparecía por completo cuando la miraba de cierta manera.

Si dudas, mueres. Pero si vences, llevas esa carga siempre. Eso lo había dicho entrenándola en combate. Ella tenía veinte años y él la miraba como si el hecho de que fuera capaz de hacer daño lo perturbara más de lo que había anticipado.

Te amo desde hace tres años. Esperé a que crecieras.

Primera vez que lo dijo. Ella tenía dieciocho, él veintitrés, y había una taza de té sin tocar entre los dos y esa distancia de medio metro que habían mantenido durante meses porque ambos sabían exactamente lo que significaba cruzarla.

La cruzaron igual.

Isabella detuvo los dedos. Cerró la tapa del piano con un golpe seco que resonó en el apartamento vacío.

Pero el recuerdo no se detuvo donde ella quería.

Hace cinco años. La oficina de Maxwell en el segundo piso de la maison de Rue du Bac. Olía a tinta y cuero, ese olor que ella había aprendido a asociar con seguridad. Había llegado antes que él. Había visto los papeles sobre el escritorio porque Maxwell no los había guardado, o quizás porque en algún lugar de sí mismo quería que ella los encontrara.

Vigilancia de Isabella Holloway. Orden superior. Reportar actividades semanales. Conexiones. Contactos.

Su propio nombre. Con su apellido completo. En el escritorio del hombre que llevaba dos años diciéndole que la amaba.

Cuando él entró y la vio con los papeles en la mano, se quedó inmóvil en el umbral. Pálido de una manera que ella nunca le había visto.

— ¿Me vigilabas? —La voz le salió sin inflexión, porque la inflexión habría implicado que todavía podía sorprenderse—. ¿Todo fue mentira?

—Puedo explicar...

— ¿Me amaste alguna vez? —Pausa—. ¿O solo era trabajo?

Maxwell tomó entonces la peor decisión de su vida. Ella lo vio en sus ojos antes de que abriera la boca: esa resolución de quien cree que herir es una forma de proteger.

—Fuiste conveniente. Una manera de acceder a tus conexiones con los Holloway. —Cada palabra, medida—. ¿Amor? No seas ingenua, Isabella.

No lloró. Eso era lo único que se permitía recordar con algo parecido al orgullo: no lloró frente a él.

—Entiendo. —Dobló los papeles, los dejó sobre el escritorio—. Gracias por la claridad, Lord Blackwood.

Salió. Él la llamó una vez.

— ¡Isabella, espera!

No miró atrás.

De pie frente al piano cerrado, con la vela consumiéndose sobre el candelero, Isabella se miró en el pequeño espejo junto a la ventana. Ojos grises. Veinticinco años. Una mujer que había construido su vida entera sobre la premisa de que no necesitaba a nadie.

Soy el Camaleón. He fingido ser cien personas diferentes. Puedo fingir que no me duele verlo. Solo unos días. Luego él regresará a Londres y yo a mi vida.

Su reflejo no le creyó.

Las lágrimas cayeron en silencio, sin permiso, como siempre caían las únicas que no podía contener: las de medianoche, cuando nadie miraba.

Las limpió antes de que llegaran al mentón.

Tres golpes suaves en la puerta. El código de su contacto en los muelles del Sena. Abrió.

Un muchacho de no más de doce años le entregó un papel doblado sin decir palabra y desapareció escaleras abajo. Isabella lo leyó de pie, en el umbral.

Dos hombres ingleses en los muelles desde esta tarde. Preguntan por Camaleón. Descripción: no son amateurs. Equipo bueno, preguntas precisas. Pagaron bien. — V.

Abajo, el eco de cascos sobre adoquines se fue apagando hacia el río.

Weatherby sabe que estás aquí.

Maxwell llegaría mañana.

Y la cacería ya había comenzado.

Capítulo 3

Maxwell Blackwood llegó a Francia con el amanecer pegado en la espalda y cinco años de deuda sin saldar en el pecho.

El carruaje de postas traqueteaba sobre el camino real hacia el sur, levantando polvo sobre campos normandos que se extendían grises y planos bajo el cielo de octubre. Olía a tierra mojada, a heno, a ese olor específico del campo francés que no se parece a nada inglés. Cada kilómetro que avanzaba era un kilómetro más cerca de ella.

No había dormido en el barco. No tenía intención de dormir ahora.

Los primeros indicios de París llegaron por la ventanilla como un inventario de recuerdos: los molinos de viento en las colinas de Montmartre visibles desde la planicie, después los *faubourgs* con sus calles anchas y edificios de piedra caliza, y finalmente los adoquines irregulares que anunciaban que la ciudad había comenzado en serio. Voces en francés apresurándose en las aceras, vendedores ambulantes con cestas de pan recién horneado, el olor mezclado de carbón y río que era inconfundiblemente el Sena.

Ella está aquí. En algún callejón de este laberinto, siendo cien personas a la vez, como siempre.

Un rato después habían llegado. El hotel era un edificio del siglo anterior en la Rue Saint-Paul, fachada de piedra gris jaspeada de musgo en las juntas, entrada discreta bajo un arco que Maxwell había atravesado otras tres veces en los últimos diez años. El propietario no hacía preguntas. Era exactamente la clase de establecimiento que requería este oficio.

Subió directamente a la habitación reservada por mensaje desde Calais. Agua fría, ropa limpia, treinta minutos para parecer un lord inglés en viaje de placer. Estaba abrochándose el último botón del chaleco de seda gris cuando los nudillos golpearon en la puerta con el patrón que conocía: tres, pausa, dos.

—Entre.

El hombre que entró tenía cuarenta años cumplidos con evidencia. Rostro marcado, directo, sin pretensiones de elegancia. Vestía como lo que era: un ciudadano parisino de clase media capaz de pasar desapercibido en cualquier barrio de la ciudad. Solo sus ojos, evaluadores y grises, delataban décadas de trabajo de campo.

—Lord Blackwood. —Jean-Louis Corbeau cerró la puerta sin mirar atrás—. No esperaba verte en París de nuevo.

—Asunto urgente. Necesito tu ayuda.

— ¿Tiene que ver con Camaleón?

Maxwell se tensó. Fue un movimiento involuntario, apenas un milímetro en los hombros, pero Corbeau lo leyó con la facilidad de quien lleva años leyendo reacciones antes de que terminen de formarse.

— ¿Cómo...?

—Porque Camaleón envió mensaje diciendo que te reunirías con *ella* esta tarde en el Café Noir. Pronombre femenino. No fue accidente.

El silencio que siguió duró tres segundos exactos.

— ¿Sabes quién es Camaleón? —preguntó Maxwell, con el tono que en su despacho de Londres terminaba interrogatorios.

—Nadie lo sabe. —Corbeau se encogió de hombros con esa indiferencia gala que no era indiferencia sino prudencia cultivada—. Pero sé que es la mejor operativa en Francia desde 1812. Y sé que *tú* la conoces, milord. Porque ningún Alto Lord cruza el Canal en cuarenta y ocho horas por un testigo que podría extraer cualquier otro oficial.

Maxwell no respondió. No era necesario.

— ¿Qué necesitas de mí?

—Ojos en cada entrada del Café Noir a partir de las seis. Carruaje sin marcas en Rue des Francs-Bourgeois desde las siete.

—*Bien sûr.* —Corbeau ya caminaba hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo, sin girarse—. Milord. Cualquiera que sea lo que pasó entre vosotros, sugiero que lo resuelvas. Los agentes con heridas personales sin cerrar cometen errores. Y por lo que veo, en este asunto no pueden permitirse errores ahora mismo.

Salió sin esperar respuesta.

Maxwell se quedó frente al espejo del tocador: chaleco gris, corbata blanca, el abrigo negro de paño fino. El mismo que llevaba la última vez que ella lo vio en contexto profesional. Antes de todo.

Imbécil, pensó, con la lucidez desagradable de quien se conoce demasiado bien.

Se puso el sombrero y salió.

Montmartre, Taller de Pierre Aumont

El taller ocupaba el segundo piso de un edificio que llevaba décadas inclinándose hacia la Rue Lepic con la parsimonia de quien

ha decidido rendirse pero no ha encontrado todavía el momento oportuno. Olía a trementina, café frío y ambición no resuelta. Las paredes sostenían esbozos a carboncillo que nadie terminaría.

Pierre Aumont estaba de espaldas cuando Isabella entró, inclinado sobre sellos de cera y plumas de distintos grosores.

—Camaleón. *Quelle délice.* Siempre apareces cuando necesito dinero o cuando mi vida se complica. A veces las dos cosas.

Se giró. Ojos oscuros, expresión de hombre que ha visto demasiado e insiste en encontrarlo fascinante como mecanismo de supervivencia.

—Documentos —dijo ella—. Para un hombre mayor. Comerciante suizo, respetable, sin historial militar.

—Suizo. —Lo repitió como si le hubieran ofrecido algo levemente decepcionante—. ¿Por qué no austríaco? Los austríacos tienen mejor reputación en los puertos ahora mismo.

—Suizo.

—Suizo. *Parfait.* El color más seguro del mundo: el beige en forma de nación.

Abrió el armario que contenía, dependiendo de la semana, identidades de veinte países diferentes. Mientras trabajaba —con esa velocidad fluida de quien trata cada falsificación como pequeña obra de arte— habló sin dejar de mirar los papeles.

— ¿Y el hombre inglés que lleva diez minutos parado en la acera frente al Café Noir?

Isabella no cambió de expresión. Hacía años que había entrenado ese reflejo.

— ¿Qué hombre?

—Alto. Guapo de manera inconvenientemente obvia. Esa mirada de perro que perdió algo valioso hace mucho tiempo y no ha procesado el duelo de forma adecuada.

Pierre levantó los ojos del documento por primera vez.

—*Ah.* Es uno de esos.

—No es nada.

—*Chérie.* —Selló el documento con precisión de cirujano—. Llevo quince años falsificando identidades para gente que quiere ser otra persona. Sé exactamente qué cara pone alguien cuando intenta fingir que otra persona no existe. Y tú tienes esa cara ahora mismo.

Le entregó los papeles. Ella los revisó sin responder.

— ¿Cuánto?

—Para ti, precio de amiga. Aunque amiga que nunca cuenta nada es una categoría filosóficamente discutible. —Mientras Isabella pagaba, miró hacia la ventana—. El amor no resuelto es la única cosa más triste que el talento desperdiciado, ¿sabes? Yo llevo quince años siendo testigo de ambas tragedias simultáneamente.

—Gracias por los documentos, Pierre.

—Siempre. —el tono de quien ofrece consejo sabiendo que no será seguido—. Y Camaleón: quizás esta vez no finjas que el hombre no existe. Solo como experimento.

Isabella salió sin responder.

Pierre se quedó mirando su reflejo en el cristal de la ventana, junto a los esbozos de cuadros que nunca terminaría. Suspiró. Volvió a sus documentos.

Café Noir, Rue des Rosiers, El Marais

Isabella llegó veinte minutos antes.

Eligió la mesa del rincón más retirado, parcialmente oculta por una columna de piedra que había conocido tiempos mejores. Las velas en los candeleros de hierro forjado proyectaban luz cálida y amarilla, generosa con las sombras. El café olía a tabaco de pipa, a café tostado, al olor específico de las conversaciones filosóficas que llevan horas sin resolverse.

Perfecto. En este lugar, dos personas hablando en voz baja eran tan invisibles como el humo. Pidió café negro. Puso los guantes sobre la mesa, dobló las manos encima de ellos. Los dedos le temblaban apenas, y los apretó hasta que pararon.

Respira. Es solo otro contacto. Solo otra reunión de trabajo.

Sus manos no le creyeron.

Lo vio entrar antes de que él la encontrara a ella, y ese segundo de ventaja fue lo único que tuvo para prepararse.

Más alto de lo que su memoria guardaba. Primer pensamiento, involuntario. Durante cinco años había intentado reducirlo en el recuerdo a algo manejable, algo que no ocupara tanto espacio. Había fallado completamente. Abrigo negro de paño fino sobre los hombros anchos, el cabello castaño con hilos plateados en las sienes que en su recuerdo no existían, la mandíbula sin afeitar desde el día anterior. Ojeras que ningún hombre que duerme bien tiene.

¿Cuántas de esas canas son por estrés? Deja de contarlas. No es asunto tuyo.

Los ojos de él recorrieron el café con la eficiencia de agente de campo que Isabella reconocía porque ella hacía lo mismo: entradas, salidas, ocupantes, amenazas. Luego la encontraron a ella, y se detuvieron.

El impacto fue simultáneo y mutuo, aunque ninguno habría admitido la magnitud exacta de ese golpe. Caminó hacia la mesa. No se sentó de inmediato. Se quedó de pie, con una vacilación que cualquier otro habría tomado por mera pausa, pero que Isabella reconoció como lo que era: el titubeo de un hombre que ha ensayado este momento durante semanas y descubre que el ensayo no sirve de nada.

El mesero pasó entre ellos con una bandeja sin prestarles atención. Las conversaciones del café continuaban, indiferentes.

—Isabella.

Solo su nombre. Con cinco años de peso acumulado debajo.

Ella levantó la vista.

—Lord Blackwood.

La formalidad aterrizó entre los dos como lo que era: la primera piedra de una muralla que ella necesitaba construir antes de que fuera demasiado tarde.

Maxwell se encogió apenas perceptiblemente.

—Maxwell. Por favor.

—El profesionalismo es más seguro. —señaló la silla frente a ella.

Maxwell se sentó. Mantuvo una distancia cuidadosa, como si el borde de la mesa fuera una frontera que ninguno de los dos había trazado en voz alta pero que ambos reconocían.

El mesero llegó, insistente con esa dignidad profesional de los garçons parisinos que no admiten ser ignorados.

—*Café noir, s'il vous plaît* —dijo Isabella, con el acento nativo que llevaba diez años perfeccionando.

—*Thé, merci.* —la pronunciación de Maxwell era funcional, indiscutiblemente inglesa.

El mesero desapareció sin comentario.

—Tengo un testigo presencial de la conspiración de 1798 —dijo ella, porque la eficiencia era su única armadura disponible en ese momento—. François Beaumont. Traductor oficial de la embajada francesa en Londres durante el cambio de siglo. Tiene copias de las cartas falsificadas que condenaron a mi padre. Documentación de inconsistencias en caligrafía y composición química de la tinta. Y carta de un diplomático francés ya fallecido admitiendo que Weatherby pagó por un favor especial.

Maxwell se inclinó hacia adelante. El interés que cruzó su rostro era genuino, y eso lo hacía más difícil de ignorar que la indiferencia.

— ¿Confiable?

—Está muriendo. Los hombres que se saben moribundos no suelen invertir sus últimas semanas en mentiras elaboradas.

—Dios, Isabella. —tres palabras dichas en voz baja, como si el aire se le hubiera ido—. Eso podría destruir a Weatherby completamente.

—Ese es el objetivo.

Sus manos, pensó ella, mirando sin querer los dedos de él sobre la mesa. Cicatrices nuevas en los nudillos que en su recuerdo no existían. Las cicatrices viejas las conocía de memoria, cada una con su historia. Las nuevas eran territorio desconocido.

Deja de mirarle las manos. No es asunto tuyo.

— ¿Dónde está Beaumont? —preguntó él.

—Seguro.

—Necesito verificar su historia personalmente. Interrogarlo antes de comprometer recursos del Foreign Office.

—No confío en nadie más con su ubicación.

— ¿Ni siquiera en mí?

Isabella levantó la vista. Era la primera vez desde que él se había sentado que sostenían la mirada por más de dos segundos. Los ojos de Maxwell eran verde oscuro, como siempre, pero con algo diferente detrás: no la indiferencia calculada que él le había mostrado hace cinco años. Esto era otra cosa. Agotamiento, quizás. O culpa.

—Especialmente no en ti.

El mesero depositó las tazas y se fue. Nadie lo miró.

Un músico en el rincón opuesto comenzó a tocar una melodía con acordeón, suave y melancólica, completamente ajena a la tensión que ocupaba ese rincón oscuro del café.

— ¿Podrías al menos fingir que mi presencia aquí tiene algún valor? —dijo Maxwell, con un filo de ironía que ella reconocía como mecanismo defensivo.

—Estás aquí por tu barco. El barco tiene valor.

—Qué romántica.

—No vine a París a hacer romance. Vine a sacar a un testigo.

—Viniste a pedirme ayuda. Lo cual, viniendo de ti, es casi un soneto.

Ella lo miró por encima de la taza.

—No te emociones.

Maxwell no respondió de inmediato. Bebió su té con esa compostura aristocrática que nunca lo abandonaba completamente. Luego dejó la taza, y su expresión cambió a algo que no tenía nombre fácil.

—Merezco eso —dijo, en voz baja.

—Mereces más que eso. —Isabella dejó la taza—. Pero no tengo tiempo para ajustar cuentas personales.

—Isabella, yo...

—No. —La mano se levantó, gesto cortante—. Mantengamos esto profesional. Estás aquí por Beaumont. Por justicia para mi padre y el tuyo. No por lo que fuimos.

—No hay lo que fuimos. —La amargura en su voz era demasiado específica para ser actuada—. Yo lo destruí.

—Precisamente.

El silencio que siguió tenía peso y textura. El acordeón continuaba en su rincón, los artistas bohemios discutían en voz alta en las otras mesas, y entre ellos había un vacío que ninguno de los dos sabía cómo cruzar sin hacerse daño.

Isabella fue la primera en hablar, porque la misión no podía esperar lo que el silencio necesitaba.

—Tengo barco —dijo él antes de que ella pudiera comenzar—. saldrá de Le Havre. Menos vigilado que Calais.

—Lo sé. Era mi primera elección.

— ¿Cuándo?

—Tres días si organizo protección en el lado inglés. —Cruzó los brazos sobre la mesa—. Tú mantienes a Beaumont seguro aquí. Yo trabajo la ruta de llegada.

—Tres días es demasiado tiempo con Weatherby moviéndose.

—Entonces trabajamos juntos. Tú organizas el barco, yo mantengo al testigo en movimiento. Beaumont cambia de ubicación cada doce horas, nunca repite el mismo lugar.

Ella observó cómo él procesaba la estrategia, ese gesto suyo de mirar un punto fijo mientras los engranajes trabajaban, que no había cambiado en cinco años.

—Weatherby ya sabe que estás en París —dijo Isabella.

Él se tensó.

— ¿Cómo lo sabes?

—Porque sus mercenarios me siguieron desde ayer. Los perdí hace dos horas. Pero envió más. Esta ciudad tiene sus ojos en cada esquina con suficiente dinero.

—Necesitamos un plan de contingencia.

—Ya lo tengo. Tú eres el señuelo visible. El Alto Lord de Inteligencia en París es noticia que sus espías seguirán. Yo me muevo en las sombras con Beaumont. Cuando el barco esté listo: salida nocturna, sin aviso previo. —Ella lo miró con algo que en otro contexto podría haberse llamado incredulidad —Necesito confiar en que no filtrarás información hacia otros canales.

—Nunca te traicionaría —dijo él, con una firmeza que no era defensiva sino desnuda.

—Ya lo hiciste una vez, Maxwell.

—Omití cosas, tal vez te mentí aunque no con intención. Pero jamás, jamás te traicioné, ni lo haría.

—Si lo hiciste.

—Isabella, sobre eso. Necesito explicar lo que...

Ella se puso de pie. Dejó el dinero exacto sobre la mesa, se puso los guantes con movimientos precisos y tomó el bolso.

—Reunión terminada. Te contactaré mañana con el punto de encuentro para ver a Beaumont.

Salió antes de que él pudiera responder.

Pero cuando iba por el callejón, la mano de Maxwell cerró sobre su brazo antes de que Isabella llegara a la esquina.

Era el primer contacto en cinco años. Los dos se detuvieron al mismo tiempo, como si el tacto hubiera activado algo que ningún mecanismo de defensa alcanzaba a controlar. A través del guante y la manga del vestido de lana, el calor de esa mano era específico e inconfundible, exactamente igual a como lo recordaba.

—Suéltame. —No se movió para liberarse.

—Necesito decir algo primero.

—No hay nada...

—Mentí.

El callejón era estrecho, con paredes de piedra que absorbían el frío de octubre y la luz que quedaba del día llegaba solo en diagonal, dorada y escasa. Isabella giró despacio hasta quedar frente a él. Sus caras estaban a centímetros.

— ¿Sobre qué específicamente? —La voz le salió más fría de lo que pretendía, porque el frío era lo único que tenía—. Mentiste sobre tantas cosas que necesito clarificación.

—Sobre no amarte.

El pulso le golpeó en la garganta.

Las palabras que siguieron salieron de Maxwell apresuradamente, como si las hubiera contenido tanto tiempo que ya no tenían freno:

—Mentí cuando dije que fuiste conveniente. Mentí cuando dije que no significabas nada. —hizo una pausa breve, antes de lo más difícil—. Fui cobarde. Pensé que si te hacía suficiente daño, si conseguía que me odiaras, podrías seguir adelante sin la carga de lo que yo era. El hijo del hombre que ayudó a matar a tu padre. El oficial que te espiaba por orden de sus superiores. Pensé que las

palabras crueles eran un favor. —su voz bajó—. Me equivoqué en todo.

Isabella no respondió. El estómago se le había contraído hasta volverse algo duro y pequeño.

—Te amaba. —tres palabras sin adorno—. Te amo. Nunca dejé de amarte. Y dejarte ir fue el error más grave de mi vida.

—No puedes decir eso. —le salió en susurro—. No después de cinco años.

—Lo sé. —se lo sostuvo, sin moverse hacia ella, sin retroceder—. Pero si algo sale mal en esta misión, si Weatherby gana y no hay una segunda oportunidad, necesitabas saber que no fuiste conveniente. Que fuiste todo.

Estaban demasiado cerca. La respiración de ambos se mezclaba en el aire frío del callejón. Isabella podía oler el tabaco y la tinta que siempre lo acompañaba, ese olor que su memoria había guardado con una fidelidad que la enfurecía.

Sus cuerpos se inclinaron hacia adelante sin que ninguno lo decidiera conscientemente.

—No puedo amarte de nuevo —susurró ella.

—No te pido eso. Solo que sepas la verdad.

Isabella se apartó. El movimiento fue deliberado, limpio, la única decisión completamente suya en esa conversación.

—La verdad no cambia nada, Maxwell. Me destrozaste. El daño está hecho. —Las lágrimas llegaron sin permiso, dos o tres, que ella no pudo detener—. Cinco años preguntándome qué había de malo en mí.

—Nada. —La palabra salió rota—. Nunca hubo nada malo en ti. Fui yo. Todo yo.

—No puedo hacer esto aquí. —Se limpió la mejilla con el dorso del guante—. Trabajo. Solo trabajo. Es todo lo que podemos ser ahora.

Se fue sin mirarlo.

Desde el tejado, dos siluetas en ropa oscura observaban el callejón con la paciencia de quienes cobran por hora.

—El Alto Lord y el Camaleón se conocen —murmuró el primero, sin quitar los ojos del punto donde la figura femenina había doblado la esquina—. Weatherby tenía razón.

— ¿Los seguimos?

—No. Vigilancia solo. Weatherby quiere saber qué buscan antes de actuar.

— ¿Y si ya encontraron lo que buscaban?

El primero recogió su catalejo lentamente.

—Entonces Weatherby cambiará las instrucciones.

Apartamento de Isabella, El Marais

Cerró la puerta. Se apoyó contra ella. Las rodillas cedieron despacio hasta que quedó sentada en el suelo frío, con la espalda contra la madera, los guantes todavía puestos, el bolso todavía en la mano.

Te amo. Nunca dejé de amarte. Fuiste todo.

El temblor llegó desde adentro hacia afuera, ese tipo de temblor que no tiene que ver con el frío. Lloró en silencio, sin sollozos, solo lágrimas que llevaban cinco años sin encontrar salida y que ahora caían con la persistencia discreta de la lluvia sobre el Sena.

Se permitió dos minutos. Exactamente dos.

Luego se puso de pie, se limpió la cara, se quitó los guantes con movimientos mecánicos. Y entonces lo vio.

La puerta del apartamento había estado cerrada con llave. Los dos hilos de seda que dejaba cruzados en el umbral interior, intactos. Pero el cajón del escritorio estaba un centímetro más abierto de cómo lo había dejado. El libro que servía de calibre para medir si alguien lo había tocado, girado dos grados.

Alguien había entrado. Alguien con habilidad suficiente para no dejar rastros evidentes. Casi suficiente.

Sobre el escritorio, doblada con cuidado, había una nota escrita con letra elegante e inclinada hacia la derecha.

Sabemos dónde está Beaumont. Entrégalo y vive. Resiste y muere. Tienes veinticuatro horas para decidir. — W.

Isabella leyó la nota dos veces. La dejó sobre el escritorio con la misma calma con que habría dejado una factura de la lavandera.

Mentira. Si supieran dónde estaba Beaumont, ya no necesitarían negociar.

Pero eso significaba que tenían una filtración. En algún lugar de la cadena, alguien había hablado demasiado.

Veinte horas. Le quedaban veinte horas antes de que el ultimátum venciera, Maxwell aún no tenía el barco listo, y las lágrimas que acababa de llorar por un hombre que decía amarla eran el único lujo que podía permitirse esa noche.

Se sentó al escritorio, tomó papel limpio y comenzó a escribir en código.

Halcón: cambio de planes. El calendario se adelanta. Necesito ese barco en cuarenta y ocho horas. No en setenta y dos. — C.

Capítulo 4

La nota seguía sobre el escritorio. Isabella la había leído dos veces, pero antes de responderle a Maxwell necesitaba entender exactamente qué había ocurrido en ese apartamento.

No había entrado corriendo. Había entrado despacio, con la daga en la mano derecha y la espalda contra la pared, verificando cada ángulo antes de avanzar al siguiente. El protocolo era lo único que funcionaba cuando el instinto quería acelerar y el entrenamiento ordenaba lo contrario.

La cerradura no tenía marcas visibles. Ganzúa, entonces, trabajo de alguien que había hecho esto suficientes veces como para no dejar rastro en el metal. En el umbral, apenas perceptibles en el polvo fino que ella misma distribuía sobre el suelo cada vez que salía, dos pares de huellas: botas de tacón bajo y talla grande, botas de trabajo con suela más ancha. Dos hombres. Profesionales.

Los libros del estante estaban en el orden correcto pero con la inclinación equivocada. Alguien los había sacado, revisado los cantos en busca de documentos ocultos y los había devuelto sin recordar el ángulo exacto al que estaban antes. El cajón del escritorio, ya lo había notado al entrar. El piano, intacto. El dormitorio, sin tocar.

Buscaban documentos. Solo documentos.

Una silla volcada junto al escritorio era el único detalle descuidado de toda la operación, el único momento en que la frustración había podido más que la disciplina. No habían encontrado nada. Los documentos de Beaumont estaban cosidos al forro interior de su abrigo con hilo encerado, como siempre que salía a reuniones importantes. Los habían llevado con ella al Café Noir.

Releyó la nota una vez más.

Sabemos dónde está Beaumont. Entrégalo y vive. Resiste y muere. Tienes veinticuatro horas. — W.

Weatherby usaba la táctica más antigua del oficio: hacer creer al adversario que estaba más expuesto de lo que realmente estaba, esperar que el pánico hiciera el trabajo que sus mercenarios no habían conseguido.

Pero la nota confirmaba algo más grave. Alguien en la cadena había hablado. No del paradero exacto de Beaumont, eso seguía siendo seguro. Sin embargo, Weatherby sabía que Camaleón lo tenía, sabía que existía como amenaza concreta. Eso no se deducía: se proporcionaba.

Tenía que identificar la filtración antes de que se volviera un problema terminal.

Abrió el baúl y sacó la bolsa de viaje de cuero oscuro que siempre tenía preparada. Empacó con la economía de movimientos que se aprende cuando huir rápido deja de ser opción y pasa a ser habilidad de supervivencia. La daga en el cinturón. Las dos pistolas pequeñas en el bolsillo lateral. Los cuchillos envueltos en cuero. Los documentos cifrados, atados con cuerda encerada. Efectivo en tres denominaciones distintas, guardado en lugares separados para que perder uno no significara perderlo todo.

Ropa después: dos vestidos de lana oscura en los que podía correr si era necesario, la camisola extra, nada que pesara más de lo que valía.

Se detuvo frente al piano.

Once años lo había arrastrado de un apartamento a otro, pagado a mozos de cuerda que le preguntaban por qué una mujer sola necesitaba un instrumento en el tercer piso de un edificio. Nunca había respondido esa pregunta.

—Lo siento —dijo, con una mano sobre la tapa cerrada—. Volveré por ti. Siempre vuelvo.

Apagó la única vela encendida y salió.

*****

Hôtel Particulier Saint-Paul, El Marais

Eran pasadas las once de la noche. El portero del hotel la miró con la expresión cuidadosamente neutra que desarrollan los hombres de establecimientos discretos que han aprendido que las preguntas cuestan clientes. Isabella le dio el nombre del huésped del segundo piso, depositó una moneda de plata sobre el mostrador de caoba y subió sin esperar respuesta.

Tres golpes en la puerta. Pausa. Uno más. Los pasos llegaron del otro lado sin el arrastre de quien acaba de despertar. Maxwell abrió, y durante un segundo completo ninguno de los dos habló.

Estaba en mangas de camisa, el chaleco de seda gris desabrochado sobre el pecho, la corbata blanca deshecha y colgando sin anudar. Descalzo. El cabello con ese desorden específico del hombre que lleva horas dando vueltas en vez de dormir. Era la primera vez en cinco años que Isabella lo veía sin la armadura completa, sin el abrigo y los guantes y esa compostura aristocrática que en público llevaba como segunda piel, y el impacto de encontrarlo así, reducido a lo que era debajo de todo eso, le golpeó el estómago antes de que pudiera prepararse.

Los ojos de él la recorrieron en un segundo: la bolsa de viaje, la postura que pretendía ser neutral y no lo conseguía del todo.

— ¿Isabella? ¿Qué...?

—Necesito refugio. —le costó decirlo, y se notó—. Una noche.

Él se hizo a un lado sin hacer más preguntas. Ella entró.

La habitación olía a tabaco apagado y tinta, ese olor tan específico que su memoria había guardado con una fidelidad que la enfurecía. Una vela encendida sobre la mesa de trabajo, papeles con anotaciones en los márgenes, el abrigo sobre el respaldo de la silla. Las señales de un hombre que tampoco había podido dormir después del café.

— ¿Qué pasó?—cerró la puerta y corrió el cerrojo.

—Weatherby dejó un mensaje en mi apartamento mientras yo estaba contigo. Entraron dos hombres. Profesionales.

Él se tensó. No fue dramático, solo un milímetro de cambio en los hombros, pero ella lo leyó porque llevaba años leyendo ese cuerpo específico.

— ¿Estás herida?

—No estaba allí cuando llegaron. —Dejó la bolsa sobre el suelo—. Pero el apartamento está comprometido. No puedo volver esta noche.

—Te quedarás aquí.

—Una noche. Mañana encuentro otro lugar.

—Isabella...

—Por favor. —le salió antes de que pudiera armarlo mejor, más desnudo de lo que pretendía—. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Él guardó silencio un momento. Luego asintió, sin el argumento que ella se había preparado para rechazar.

—Yo tomo el sofá. Tú la cama.

—Puedo tomar el sofá.

—La cama. —La firmeza en su voz no era autoritaria sino resuelta, que era algo diferente—. No es negociable.

Demasiado agotada para pelear esa batalla específica, Isabella soltó el argumento que ya tenía a punto. Él fue al armario, sacó una camisa de lino limpia y la dejó sobre la cama sin ceremonia. Ella la tomó. Olía a él, a almidón y a ese olor suyo que en diez años no había cambiado, y tuvo que respirar despacio para que la reacción no llegara a la cara.

— ¿Por qué haces esto?—La pregunta salió sin permiso—. Después de cómo te hablé esta tarde.

Él se había dado la vuelta hacia la ventana, mirando los adoquines mojados de la calle debajo.

—Porque aunque me odies, necesitas estar segura. Y yo necesito que estés segura.

—No te odio.

Se giró. La miró con algo que ella no supo leer del todo.

— ¿No?

—Te odié durante tres años. —Honestidad en vez de armadura, porque ya era tarde para ponérsela—. Los dos últimos... solo te extrañé. Eso fue considerablemente peor.

El silencio que siguió tenía el peso de las cosas que llevan cinco años sin decirse en voz alta.

—Yo te extrañé cada segundo de estos cinco años. —Tres palabras que no eran confesión sino constancia de un hecho—. Sin excepción.

—Maxwell...

—Lo sé. —Una mano levantada, breve—. No quieres escucharlo. Pero es verdad, y alguien debería decirlo.

Isabella tomó la camisa y fue al baño antes de que la distancia entre ellos se convirtiera en algo que ninguno de los dos supiera cómo manejar.

Mucho más tarde, cuando la vela se había consumido hasta el platillo. La habitación era oscuridad completa y el sonido de París filtrándose por los postigos cerrados: cascos sobre adoquines, una voz lejana en francés, el Sena invisible pero presente en el olor húmedo que se colaba por los bordes de la ventana.

Isabella estaba en la cama con los ojos abiertos. La camisa de Maxwell era enorme sobre ella, la tela de lino suave contra los brazos. En el sofá, él tampoco dormía. Lo sabía porque su respiración no tenía el ritmo del sueño, sino ese ritmo irregular y contenido del hombre que está pensando demasiado para descansar.

Veinte minutos de silencio habitado.

— ¿Por qué dijiste esas cosas hace cinco años?

— ¿Realmente importa ahora?

—Cinco años preguntándome qué hice mal. —Sus propias palabras, en la oscuridad, más directas que en cualquier otro

contexto que hubiera tenido esa noche—. Eso me da derecho a entender.

El sofá crujió cuando él se incorporó.

— ¿Quieres la versión corta o la completa?

Isabella se incorporó también, abrazándose las rodillas sobre la cama.

—Completa. Tenemos toda la noche.

La silueta de Maxwell era solo una forma en la oscuridad. Su voz llegó con la claridad específica de los cuartos sin luz, donde la verdad resulta más fácil porque nadie tiene que ver la cara del otro mientras habla.

—Cuando tenía veinte años, encontré documentos en el estudio de mi padre. Cartas dirigidas a Weatherby. Planes detallados contra el Duque de Rutherford. Evidencia de que la conspiración que lo condenó no fue descubierta sino fabricada, y que mi propio padre había contribuido a fabricarla.

Isabella no respondió. Lo dejó continuar.

—Confronté a mi padre esa misma noche. Esperaba negación. Quizás explicación. Algo que me permitiera entender cómo el hombre que me enseñó lo que era el honor había sido capaz de eso. En cambio, admitió todo sin remordimiento. Me dijo: *Hice lo necesario para nuestra familia. Y tú harás lo mismo.*

El silencio que siguió duró exactamente lo que tardó Isabella en procesar esas palabras.

—Lo reporté a mis superiores esa semana. Pensé que era lo correcto. Lo honorable. —su voz era completamente plana, la voz de

alguien que ha contado esta historia para sí mismo muchas veces y ha aprendido a narrarla sin emoción para poder terminarla—. Tres semanas después, mi padre murió. Infarto, dijeron. Pero yo...

Se detuvo.

—Creo que lo ejecutaron en secreto. Por sus crímenes. Y que yo firmé esa sentencia sin saberlo.

Isabella no habló de inmediato. La oscuridad del cuarto era lo bastante completa como para que ninguno viera la cara del otro, y eso era, quizás, lo único que hacía posible esta conversación.

—Heredé un título manchado. —La voz de Maxwell continuó con esa cadencia del hombre que ha aprendido a narrar su propio daño sin inflexión—. Pasé años limpiando el apellido Blackwood. Operaciones exitosas, la confianza del Foreign Office, logros acumulados como prueba de que yo no era mi padre.

—Entonces me encontraste.

—Entonces te encontré. Tenías quince años y dos gendarmes a punto de arrestarte por conexión con tu tía. Vi tu expediente: Isabella Holloway, hija del Duque de Rutherford. El mismo hombre que mi padre había ayudado a destruir.

El estómago de Isabella se contrajo.

—Debía dejarte. El hijo del traidor que contribuyó a matar a tu padre no tenía ningún derecho de salvarte. Pero algo en tus ojos... terror, sí, pero también una fiereza que no concordaba con la chica asustada que pretendías ser. Sabía que eras inocente. Y no pude.

—Me ocultaste tres años.

—Te protegí tres años. —La corrección fue suave—. Luché contra lo que empezaba a sentir porque eras menor y porque entre nosotros no había solo diferencia de edad. Había culpa. Mi familia debía a la tuya una deuda que ningún apellido limpio podría pagar.

—Pero igual te enamoraste.

No era pregunta. Era constatación.

—Cuando cumpliste dieciocho, ya no pude seguir negándolo. —hubo una pausa larga mientras encontraba las palabras—. Te recluté porque genuinamente tenías el mejor instinto operativo que había visto en diez años de servicio. Te entrené porque eras brillante. Cada conversación, cada noche que pasamos juntos fue real. Nunca fingí eso.

—Pero me vigilabas.

—Pero te vigilaba. —Las palabras cayeron con el peso exacto que merecían—. Weatherby me lo ordenó personalmente. Dijo que la hija de un traidor podría serlo también. Que reportara tus actividades, tus contactos, tus movimientos. No sabía entonces que Weatherby era el arquitecto de toda la conspiración. Lo obedecí porque era mi superior y porque era cobarde.

Isabella tenía los puños cerrados sobre las rodillas. Se obligó a abrirlos.

—Planeaba renunciar. —La voz de él bajó un tono—. Planeaba contarte todo: la vigilancia, mi padre, la deuda que cargaba. Siempre después de una misión más. Pero encontraste los informes antes de que yo encontrara el valor.

—Recuerdo esa tarde.

—Cuando entraste con esos papeles en la mano y me miraste, entendí que todo había terminado. Y tomé la peor decisión de mi vida.

—Dijiste que había sido conveniente. —Las palabras de Isabella salieron planas, sin el temblor que ella habría preferido—. Que me habías usado para limpiar tu apellido.

—Pensé que si te hacía suficiente daño, si conseguía que me odiaras, podrías seguir adelante. Libre de mí y de todo lo que yo representaba. Pensé que las palabras crueles eran un favor.

—No lo fueron.

—Lo sé. Solo logré destruirte. Y a mí mismo. Cada palabra fue mentira, Isabella. Excepto una verdad que dije sin querer entre todas las mentiras.

— ¿Cuál?

—Que eras la persona más extraordinaria que había conocido. Eso lo dije en serio. Solo que lo envolví en veneno para que no lo oyeras.

El silencio que siguió tenía otra textura, menos como pared y más como agua quieta.

— ¿Y ahora esperas que te perdone?

—No. —Sin vacilación—. Solo quería que supieras que cada palabra cruel fue mentira. Que te amé. Que te amo. Esa siempre fue y sigue siendo la única verdad.

Isabella se levantó de la cama.

Necesitaba distancia, algo concreto donde poner los ojos mientras procesaba todo lo que acababa de escuchar. Si se quedaba tumbada

en esa oscuridad con su voz llenando el cuarto iba a hacer algo de lo que no podría volver.

Fue a la ventana, abrió apenas uno de los postigos. París de madrugada: los faroles de gas proyectando halos amarillos sobre los adoquines mojados por la llovizna reciente, el perfil de los tejados contra el cielo que nunca era completamente negro sobre la ciudad.

—Durante cinco años me pregunté qué había hecho mal. —Sus palabras salieron hacia la ventana, no hacia él—. Qué había en mí que no merecía amor real. Que merecía exactamente lo que me diste.

El sofá crujió. Sus pasos sobre el suelo de madera.

—Dios, Isabella. —Se detuvo a un metro detrás de ella—. No.

—Tomé misiones cada vez más peligrosas. —No lo miró—. Las busqué. Me ofrecí para las que nadie quería. Casi...

Se detuvo.

—Casi deseando no regresar de algunas.

—Isabella. —Su nombre, en su voz, con todo el peso de lo que no había podido decir en cinco años.

—Porque si moría en misión, al menos tenía sentido. Significaba algo. —La llovizna golpeaba los adoquines debajo con un sonido suave y constante—. Pero si simplemente me consumía por dentro desde que te fuiste, eso era solo patético.

Maxwell acortó la distancia. No la tocó. Se quedó a medio metro, lo bastante cerca como para que ella percibiera el calor de su cuerpo contra su espalda.

—No eres patética. —Lo dijo con la voz de quien lleva mucho tiempo pensando exactamente lo contrario—. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido, y te hice creer durante cinco años que había algo deficiente en ti. Ese es mi crimen. El más grave de todos.

Ella se giró.

Sus caras estaban a treinta centímetros. En la escasa luz que entraba por el postigo entreabierto, Isabella podía ver la cicatriz nueva en su mentón que no estaba en su recuerdo, las ojeras que llevaba días intentando no notar, la línea de su mandíbula tensa con todo lo que él también estaba conteniendo.

—No puedo hacer esto de nuevo. No dejaré que me destroces otra vez. No lo sobreviviría. No esta vez.

—Entonces no me ames. —se acercó otro centímetro—. Déjame amarte a mí. Déjame demostrarte que fui idiota pero nunca mentí sobre mis sentimientos.

— ¿Y después? ¿Cuándo esto termine y Weatherby esté preso y ya no quede misión que justifique que estemos en el mismo cuarto? ¿Volverás a decidir que no me mereces?

—Nunca pensé que tú no me merecieras. —La corrección llegó rápida—. Pensé que yo no merecía tenerte.

—Eso es lo mismo.

—No. —negó despacio—. Uno es sobre tu valor. El otro es sobre mi cobardía. Son cosas distintas, Isabella.

El pulso le golpeaba en la garganta, ahí donde él siempre supo leerlo. Podía oír la llovizna, el París adormecido debajo, su propia respiración que ya no era del todo regular.

—Esto no cambia nada.

—Lo sé.

—Seguimos siendo solo profesionales.

—Lo sé.

—Cuando esto termine, vuelvo a mi vida. Tú a la tuya.

—Lo sé. —Toda la pena de esas dos palabras—. Lo sé, Isabella.

Sus rostros estaban a centímetros. La llovizna continuaba afuera, París dormía ajeno a los dos, y el espacio entre ellos era tan pequeño que ya no tenía nombre propio.

Se inclinaron al mismo tiempo, sin decidirlo.

Isabella cerró los ojos un segundo antes de que ocurriera. Y entonces los abrió, y se apartó. Un paso atrás. Luego otro.

—No puedo. —Sin escudo, sin armadura—. No esta noche.

Regresó a la cama. Se acostó de lado, de espaldas a él, con los ojos fijos en la pared oscura y la camisa de él todavía sobre su piel, que era la única contradicción que no tenía energía para resolver.

Maxwell se quedó inmóvil en el centro del cuarto durante un momento que ninguno de los dos contó. Luego sus pasos volvieron al sofá. El cuarto quedó en silencio.

Ninguno durmió.

Afuera, la llovizna sobre los adoquines continuaba con esa paciencia específica que tiene el agua cuando sabe que el tiempo está de su parte. Dentro, en ese cuarto a oscuras, algo había

cambiado en el tejido del aire entre ellos. No tenía nombre todavía. No era perdón ni rendición ni reconciliación.

Era solo una grieta. Pequeña, sí. Pero real.

Capítulo 5

Ninguno había dormido. Las horas habían transcurrido con esa lentitud específica de las madrugadas donde el cuerpo quiere descansar y la mente no se lo permite. Maxwell Blackwood llevaba dos horas mirando el techo desde el sofá, escuchando la respiración de Isabella en la cama, que tampoco era la respiración del sueño. Ambos fingían. Era lo más seguro que podían hacer con todo lo que flotaba sin nombre en ese cuarto oscuro.

Luego llegó el sonido. Pasos en el pasillo, demasiado lentos para ser un huésped regresando tarde. Demasiado cuidadosos. El tipo de pasos que hace alguien que no quiere ser escuchado, y que por eso mismo se escucha con claridad absoluta para un oído entrenado.

Maxwell se levantó del sofá sin hacer ruido. En la oscuridad, vio que Isabella ya estaba sentada en la cama con la daga en la mano.

Se miraron.

—Quédate aquí —susurró él.

—No lo creo —respondió ella, con un hilo de voz que no necesitaba volumen para comunicar exactamente lo que pensaba de esa sugerencia.

Se posicionaron a ambos lados de la puerta con la coordinación silenciosa de dos personas que han trabajado juntas el tiempo suficiente para que el cuerpo del otro resulte legible. Él a la izquierda, más cerca del picaporte. Ella a la derecha, daga lista y ojos en la ventana por si había que calcular una salida alternativa.

El picaporte se movió despacio, alguien al otro lado aplicando presión gradual, probando la cerradura.

Maxwell levantó tres dedos. Dos. Uno. La puerta explotó hacia adentro.

El primer mercenario entró con el hombro por delante y la pistola levantada, y no llegó a apuntarla porque el puño de Maxwell conectó con su mandíbula con la eficiencia sin adornos del hombre que ha peleado en condiciones peores que esta. Cayó contra la pared y se resbaló hasta el suelo.

El segundo entró medio segundo después, apuntando directamente a Maxwell. No llegó a disparar porque la daga de Isabella le atravesó la muñeca de lado a lado con la precisión de quien lleva diez años practicando ese lanzamiento exacto. La pistola golpeó el suelo de madera. El hombre siguió al suelo un instante después, inconsciente.

Diez segundos. El silencio que siguió era del tipo que tiene pulso propio.

Maxwell e Isabella se miraron sobre los dos cuerpos en el suelo, respirando con esa irregularidad que deja la adrenalina cuando el peligro pasa y el cuerpo todavía no lo sabe. La escasa luz del farol de gas que se colaba por los postigos los iluminaba en fragmentos: el pecho de él subiendo y bajando bajo la camisa abierta, los músculos del antebrazo todavía tensos, los ojos verde oscuro con algo adentro que ya no era solo adrenalina.

Ella llevaba su camisa de lino. Grande, sobre los muslos, el cabello negro completamente suelto. Sangre del mercenario salpicada en el lino blanco. Los ojos grises salvajes todavía, con ese brillo específico que tienen ciertas personas después del combate cuando la sangre corre demasiado rápido y el cuerpo no sabe adónde mandar todo lo que le sobra.

Nadie dijo nada. No había nada que decir. O había demasiado, que venía a ser lo mismo.

Maxwell dio un paso hacia ella.

Isabella lo vio venir. Lo vio clarísimo. También vio los dos hombres inconscientes en el suelo, el desorden del cuarto, la ventana que podía convertirse en problema antes del amanecer. Vio todo eso y se obligó a verlo porque era más seguro que la otra opción.

—Los cuerpos —dijo. La voz le salió razonablemente firme.

Maxwell se detuvo.

Un segundo. Dos. Ella contó.

—Los cuerpos —repitió él, y fue aceptación más que pregunta.

Trabajaron en silencio con esa coordinación de dos personas que no necesitan hablar para entenderse. Isabella extrajo su daga de la muñeca del segundo mercenario y ató las manos de ambos con la cuerda de su bolso: nudos de marinero en cuatro movimientos, el tipo que requiere un cuchillo para deshacerse. Maxwell revisó sus bolsillos y encontró lo que buscaba: un sello, una nota cifrada, información que podrían usar después.

Ella sacó papel del bolso. Escribió cuatro palabras en francés y firmó con su inicial.

Maxwell leyó por encima de su hombro: *Dile a tu jefe que Camaleón no corre. Lo espero. — C.*

—Eso es peligroso.

—Esa es la idea. —Se puso el chal—. Si Weatherby cree que lo desafío directamente, moverá piezas. Y cuando los hombres se mueven con prisa cometen errores que los quietos no cometen.

Él la miró durante un segundo con esa expresión que ella había aprendido a reconocer como la que tenía cuando algo lo había sorprendido y no quería demostrarlo.

Se puso el abrigo. Ninguno de los dos se miró mientras lo hacían, y eso en sí mismo decía exactamente todo lo que ninguno de los dos iba a decir en voz alta.

Salieron del cuarto con los mercenarios atados en el suelo y todo lo que no había pasado flotando entre ellos como algo que todavía podía pasar.

Las calles de París a las cuatro de la madrugada tienen el color específico del humo y la piedra mojada. Caminaron pegados a las fachadas, él medio paso delante por instinto y ella tolerándolo porque el callejón era estrecho y había al menos dos ventanas encendidas que no le gustaban. No hablaron. La adrenalina no se había ido. Ese era el problema. La adrenalina tarda en irse, y mientras tanto el cuerpo sigue en estado de emergencia, y el estado de emergencia de Isabella en ese momento tenía mucho menos que ver con los mercenarios de Weatherby y mucho más con el hombre que caminaba a veinte centímetros de ella y cuya respiración todavía no había vuelto del todo a la normalidad.

Corbeau tenía una habitación en la pensión de Madame Voclain que nadie conocía excepto ellos dos. Seis minutos a pie. Suficiente.

El cuarto era pequeño. Una cama estrecha, una mesa, una ventana que daba a un patio interior.

Maxwell cerró la puerta. El pestillo hizo un sonido seco en el silencio.

Y entonces ninguno de los dos encontró nada más en qué concentrarse que no fuera el otro.

Maxwell dio un paso hacia ella. El crujido de sus botas sobre las tablas del suelo resonó en la habitación como un disparo en la quietud cargada de la noche. Los mercenarios yacían inconscientes a sus pies, sus cuerpos inertes apenas un borrón en la periferia de la visión de Isabella. Ella no retrocedió. No parpadeó siquiera. Sus ojos, oscuros como el abismo de los cinco años que los habían separado, se mantuvieron fijos en los de él, desafiándolo, invitándolo, midiendo la distancia que aún los separaba.

Eso fue suficiente.

La boca de él encontró la suya con la urgencia de cinco años de silencio descargándose en un solo punto de contacto. No fue un beso delicado. Fue la clase de beso que no pide permiso porque el permiso ya estaba dado en la manera en que ninguno se había apartado, en las horas sin dormir que ambos habían acumulado como deuda, en todo lo que se habían dicho en la oscuridad de sus propias mentes sin saber que lo estaban diciendo en voz alta con cada mirada esquiva, con cada carta que nunca se escribió, con cada noche en que ella había presionado la palma contra su propio pecho para calmar el latido que aún llevaba su nombre.

Isabella le enredó los dedos en el cabello, aquel cabello que recordaba más oscuro, más largo, y lo encontró más corto, más áspero, pero igual de suave entre sus dedos cuando lo atrapó. Lo atrajo hacia ella con una fuerza que no tenía nada de duda, con la desesperación contenida de quien ha pasado cinco años diciéndose que no necesita esto para descubrir en el primer roce que lo ha necesitado cada segundo de cada uno de esos días.

Olía a él. A tabaco apagado, a pólvora reciente, a cuero envejecido, y a algo más caliente debajo, algo más profundo que solo era su piel, su aliento, su esencia. El sabor de su boca era exactamente como su memoria lo había guardado, aunque ella había pasado cinco años diciéndose que no lo recordaba, que lo había olvidado, que aquel verano en la casa de campo había sido una

anomalía juvenil de la que había sanado por completo. Mentira. Su lengua contra la de ella, explorando, reclamando, y su mano grande y callosa abierta sobre su mandíbula, inclinando su cabeza hacia atrás para tener mejor acceso a su boca, a su cuello, a todo lo que ella estaba entregando sin condiciones.

—Dime que pare —murmuró contra sus labios, su voz una vibración ronca que le recorrió la columna vertebral. Se separó apenas lo suficiente para mirarla, sus ojos oscuros buscando en los de ella la respuesta que necesitaba—. Dime que pare, y te juro que me iré. Me pondré en ese maldito caballo y desapareceré de tu vida para siempre, si eso es lo que quieres.

—No pares. —Las palabras salieron sin construirlas, directas desde algún lugar que no consultaba con la razón, con la prudencia, con los cinco años de distancia que había construido como un muro. Su voz tembló, pero no por duda—. Por favor, no pares, Maxwell. No esta noche. No después de todo esto.

La empujó contra la pared y ella lo dejó. Sintió el frío del empapelado a través de la fina tela de la camisa de él que llevaba puesta, una prenda que había tomado prestada hacía días y que aún conservaba el olor de su armario. El contraste entre la pared helada y el calor abrasador del cuerpo de él contra el suyo le arrancó un gemido que quedó ahogado en la boca de él.

Le jaló la camisa fuera del pantalón con dedos que no estaban del todo firmes, que temblaban con una mezcla de anticipación y miedo. Dos botones de nácar saltaron al suelo, rodando sobre la madera con un sonido obscenamente delicado en medio de la violencia contenida de sus movimientos. Él encontró el dobladillo de su camisa —de la suya que ella llevaba puesta— y se la pasó por la cabeza en un solo movimiento, sin la paciencia que había mostrado con sus propios botones.

En el segundo en que el lino desapareció y quedó solo la camisola fina sobre su piel, Maxwell retrocedió un centímetro involuntario, solo para mirarla. Sus ojos recorrieron cada centímetro de ella con una lentitud que fue una caricia más devastadora que cualquier toque. Los pechos bajo la tela, el pezón derecho endureciéndose bajo su mirada como si ella pudiera sentir el calor de sus ojos. La curva de su cintura, las caderas que se abrían como una invitación. El cuello expuesto, la clavícula que se elevaba y descendía con su respiración agitada.

—Dios —dijo, en voz baja, como si fuera la única palabra disponible en todo el idioma. Su voz sonó rota, maravillada, y ese sonido le llegó a Isabella directamente al centro de su ser.

Ella le quitó el resto de la camisa de los hombros. Sus manos encontraron el pecho de él, desnudo ahora bajo sus palmas, y sintió las cicatrices nuevas que no estaban en su recuerdo. Una larga que cruzaba desde la clavícula hasta el hombro, otra más pequeña sobre las costillas, como una costura mal hecha. El calor de su piel contra sus palmas era casi insoportable, y algo dentro de ella cedió un centímetro que no había planeado ceder. Sus dedos trazaron esas marcas con una suavidad que no había pretendido, preguntándose en silencio qué historias de dolor y batalla se ocultaban tras cada una. Maxwell cerró los ojos y dejó que ella lo hiciera. Había algo más íntimo en esa rendición que en cualquier otra cosa: el hombre que nunca se permitía ser vulnerable, desnudo no solo de ropa sino de defensas, dejando que ella viera el mapa de todo lo que había sufrido.

La llevó a la cama. Los pasos de él eran seguros aunque ella sentía su pulso acelerado bajo los dedos que aún tenía sobre su pecho. Los mercenarios seguían inconscientes en el suelo, sus respiraciones pesadas apenas un rumor en el fondo. A ninguno de los dos les importó. El mundo entero podía arder y ellos solo habrían notado las llamas si hubieran amenazado con consumir este momento.

La acostó sobre el edredón de raso desgastado, y la tela fría se deslizó contra su espalda desnuda mientras él se inclinaba sobre ella. Le bajó la camisola por los hombros con una lentitud que contrastaba dramáticamente con la urgencia de los últimos minutos, como si ahora que la tenía, ahora que la tenía desnuda bajo él, necesitara ir despacio para no despertar de un sueño del que temía no volver. El roce de sus nudillos contra su piel mientras deslizaba la tela le erizó los brazos, le endureció los pezones hasta hacerlos doler.

Sus labios encontraron la curva de su cuello, ese punto exacto donde la mandíbula se encuentra con la garganta, y ella inclinó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole más. Él mordió con suavidad, chupó, dejando una marca que ardería hasta la mañana. Luego descendió, su boca caliente trazando el camino de su clavícula, el hueco entre sus pechos, mientras sus manos sostenían sus costillas con una firmeza que la mantenía inmóvil bajo él.

Y entonces sus labios encontraron sus pechos. La boca de él sobre sus pezones, caliente y deliberada, enviaba electricidad directa hasta la base de su columna, hasta el centro de su sexo que ya latía con una humedad creciente. Él tomó un pezón entre sus labios y succionó con una lentitud que la hizo arquear la espalda contra él, un sonido escapándose de su garganta —un gemido, un lamento, su nombre tal vez— que no intentó suprimir porque suprimir sonidos requería un tipo de control que ya no tenía disponible. Su lengua rodeó la punta erecta una y otra vez, mientras su mano libre encontró el otro pecho, acariciando, pellizcando, girando el pezón entre sus dedos con una precisión que parecía recordar exactamente cómo la volvía loca.

Isabella le enredó los dedos en el cabello, sosteniéndolo ahí, sus dedos presionando su cráneo para mantenerlo contra ella, mientras la respiración se le convertía en algo difícil de administrar. Sentía cómo la humedad entre sus muslos se intensificaba, cómo su cuerpo entero se preparaba para recibirlo.

—Maxwell —susurró, su nombre una súplica y una orden.

Sus manos bajaron por su abdomen, sintiendo cómo los músculos se contraían bajo sus dedos. Encontraron el borde de las enaguas —la ropa interior de batista que ella misma había cosido— y las bajaron con la paciencia de alguien que sabe exactamente qué hay debajo y quiere saborear cada segundo del descubrimiento. El aire fresco de la habitación rozó su sexo desnudo, y ella sintió un escalofrío que no era de frío.

Cuando sus dedos encontraron su sexo, húmedo y cálido, ella apretó los muslos contra su mano por reflejo, un instante de pudor residual antes de abrirlos para él, ofreciéndole todo. Él dejó escapar un sonido, algo entre un gemido y un gruñido, al sentir cuánto lo deseaba.

—Estás tan mojada —dijo, su voz ronca, asombrada—. ¿Es por mí? ¿Siempre has estado así de mojada por mí, Isabella?

—Siempre —respondió ella, sin pensar, sin filtro, la verdad saliendo a borbotones—. Solo tú. Siempre solo tú.

Sus dedos exploraron sus labios íntimos, separándolos lentamente, con una reverencia que bordeaba lo sagrado. La carne rosada y sensible quedó expuesta al aire, y ella gimió al sentir el roce de sus yemas sobre su clítoris, un círculo lento que le hizo morderse el labio para no gritar.

—Maxwell —dijo de nuevo, su nombre en su voz, con cinco años de todo lo que no había dicho—. Por favor.

—Estoy aquí —respondió él, contra su piel, su aliento cálido sobre su sexo antes de que su boca descendiera y la envolviera.

El primer contacto de su lengua fue una revelación. Caliente, húmeda, precisa. Isabella arqueó la espalda, sus manos aferrándose

a las sábanas con una fuerza que blanqueó sus nudillos. Él trabajó sobre ella con una devoción que no recordaba, o quizás sí, quizás siempre había sido así y ella había pasado cinco años borrando ese recuerdo para poder sobrevivir. Su lengua dibujaba figuras sobre su clítoris, lentas al principio, luego más rápidas, más insistentes, mientras sus dedos la sostenían abierta para él, sus pulgares separando sus labios íntimos para tener mejor acceso.

El placer era un oleaje que crecía desde su interior, construyéndose capa por capa. Ella podía sentir cómo se acercaba al borde, cómo su cuerpo entero se tensaba como una cuerda a punto de romperse. Pero justo cuando estaba a segundos de caer, él se detuvo, elevándose sobre ella con una sonrisa que era pura malicia.

—No tan rápido —murmuró, besando la comisura de sus labios—. Quiero estar dentro de ti cuando te corras.

Se incorporó sobre ella, y sus ojos encontraron los de Isabella en la penumbra. La única luz provenía de una vela casi consumida sobre la cómoda, que lanzaba sombras danzantes sobre las paredes empapeladas. Los dos se detuvieron. Ese segundo tenía todo adentro: la pregunta que no necesitaba ser formulada, la respuesta que ya estaba en sus ojos, los cinco años entre medio y la decisión de todas formas, a pesar de todo, de seguir adelante.

Ella asintió. No hizo falta más.

Él se colocó sobre ella, su miembro rozando la entrada de su sexo, la punta presionando contra sus labios íntimos que aún palpaban por la caricia anterior. Isabella sintió cómo se abría para él instintivamente, cómo su cuerpo lo reconocía y lo recibía como si nunca hubiera habido distancia. Él entró despacio, centímetro a centímetro, y ella sintió cada uno, sintió cómo la llenaba, cómo la estiraba, cómo la poseía de una forma que ninguna otra persona podría jamás.

Los dos se quedaron inmóviles, él completamente dentro de ella, ella completamente llena de él. Era más que el físico, aunque el físico era suficiente para dejar sin aire a cualquiera: la presión, el calor, la forma en que sus paredes internas se contraían alrededor de él como si quisieran atraparlo para siempre. Era el reconocimiento. La manera en que sus cuerpos se recordaban mutuamente con una precisión que ningún argumento racional había conseguido borrar. Cinco años y seguían siendo exactamente lo mismo: el ajuste de dos cosas que en algún momento habían aprendido a encajar, como una llave en su cerradura, como un barco en su puerto.

No pienses en eso, se dijo ella. *No lo pienses. No pienses en lo que significa. No pienses en lo que sentías antes de que todo se rompiera.*

Pensó en eso de todas formas. No podía evitarlo. Cada latido de él dentro de ella era un recordatorio de todo lo que había perdido, de todo lo que quizás podría recuperar, de todo lo que nunca debería haber dejado ir.

Maxwell empezó a moverse, despacio primero, con esa contención del hombre que quiere quedarse porque sabe que lo que tiene entre las manos puede desaparecer en cuanto la razón regrese. Cada embestida era profunda, deliberada, como si estuviera midiendo cada reacción de ella, aprendiendo de nuevo su cuerpo con la paciencia de un cartógrafo trazando un territorio que ya conocía pero que quería redescubrir.

Isabella lo recibió con las caderas marcando el ritmo que los dos necesitaban, encontrando el ángulo que hacía que él llegara más profundo. Sus manos en su espalda encontraron las cicatrices nuevas que memorizó sin querer: tres en la espalda baja, una larga que recorría la columna. Su mente se preguntó en qué batallas las había ganado, pero su cuerpo solo se importaba por la textura bajo sus dedos, por la forma en que él gemía cuando ella las acariciaba.

El ritmo se aceleró. Lo que había sido control se convirtió en necesidad, en urgencia, en un hambre que ninguno de los dos podía seguir disimulando. Sus embestidas se hicieron más rápidas, más duras, más profundas, y ella lo recibía todo, sus gemidos convirtiéndose en gritos ahogados, sus uñas hundiéndose en la espalda de él.

La urgencia que había iniciado el encuentro regresó con otra textura, menos desesperada y más profunda, la diferencia entre querer y necesitar, entre elegir y no tener otra opción. Maxwell enterró la cara en su cuello y ella escuchó su respiración contra su piel, irregular, contenida, el sonido de alguien perdiendo la batalla que se había propuesto librar.

—Eres... Dios, Isabella... —No terminó la frase. No pudo. Su voz se rompió en un gemido cuando ella apretó los músculos de su sexo alrededor de él, un movimiento deliberado que la había visto hacer otras veces y que lo desarmaba por completo.

—No hables —susurró ella contra su oído, sus labios rozando el lóbulo, su aliento caliente—. Solo... más. Más profundo. Más rápido. Todo. Dame todo.

Él obedeció. Sus uñas encontraron su espalda, dejando surcos rojos sobre las cicatrices. Él respondió con una profundidad que la dejó sin palabras propias, una embestida tan profunda que ella sintió cómo su cuerpo entero se sacudía.

El placer se construía desde la base hacia arriba con esa acumulación que solo ocurre cuando los cuerpos se conocen, cuando el otro sabe exactamente qué ángulo y qué presión y en qué momento. El sudor cubría sus cuerpos, uniendo sus pieles en una sola entidad. El olor a sexo, a sudor, a ellos, llenaba la habitación. El crujido de la cama, el sonido húmedo de sus cuerpos uniéndose, los gemidos que escapaban de sus labios sin control: todo era una sinfonía que los envolvía.

Isabella se aferró a él, los muslos apretados contra sus caderas, los talones presionando en sus nalgas para atraerlo más profundo aún, aunque no quedara espacio. Su respiración se había convertido en algo que ya no podía regular, jadeos cortos que precedían a su perdición.

Te amo.

Las palabras aparecieron en su mente completas y sin aviso, con esa claridad brutal de las verdades que se niegan en voz alta durante años. Las mordió antes de que llegaran a la boca, clavando los dientes en su propio labio con suficiente fuerza para tener algo concreto donde concentrarse, para no decirlo, para no decirlo porque decirlo lo haría real y real significaba vulnerable y vulnerable significaba que él podría romperla de nuevo.

El clímax los encontró casi al mismo tiempo, como si sus cuerpos hubieran negociado ese detalle sin consultarlos. Ella se arqueó contra él con un sonido ahogado en su hombro, su cuerpo entero tensándose en un arco perfecto antes de que las contracciones comenzaran, oleada tras oleada de placer que la sacudían desde el centro de su ser. Él siguió medio segundo después, con el nombre de ella en sus labios "Isabella", susurrado como una oración, como un juramento, como un perdón, los músculos tensos bajo las manos de ella como cuerda al límite de su tensión antes de quebrarse.

Permanecieron así, abrazados, sus cuerpos todavía unidos, sus respiraciones agitadas llenando la habitación con el único sonido de su pasión compartida. La vela parpadeó y se apagó, sumiéndolos en una oscuridad completa donde solo existían el calor de sus pieles, el latido de sus corazones, y el silencio cargado de todo lo que aún no se habían dicho.

Solo la respiración de los dos, entremezclada, y el París de las cinco de la mañana afuera, indiferente a todo.

Maxwell se movió primero. Se apartó de ella con cuidado, consciente del peso de su cuerpo sobre el de Isabella, y quedó tumbado de lado en la cama estrecha con la respiración todavía irregular y los ojos en el techo.

Treinta segundos. Quizás menos. La realidad tardó exactamente eso en regresar.

Se incorporó en la cama, pasó los pies al suelo.

—Dios. Isabella, yo...

—No. —Ella se sentó al mismo tiempo, jalando la sábana para cubrirse con un movimiento que era armadura tan definitiva como cualquier cosa que hubiera dicho en voz alta.

—Esto fue... no debimos...

—Fue sexo. —Lo dijo mirando hacia la ventana, no hacia él—. Adrenalina. Nada más.

Maxwell se quedó inmóvil.

— ¿Nada más?

— ¿Qué esperabas?

—Esperaba... —Se detuvo. Pasó una mano por el cabello con ese gesto que ella ya sabía que significaba que estaba eligiendo las palabras con más cuidado del que el momento merecía—. No sé qué esperaba.

Isabella se levantó de la cama. Recogió la camisola del suelo, se la puso de espaldas a él con movimientos precisos y sin prisa, la clase de calma deliberada que se construye cuando el interior está haciendo todo lo contrario.

¿Qué hice? ¿Qué demonios acabo de hacer?

Las manos no le temblaban. Eso era lo único que podía decirse a su favor en ese momento.

Fue como antes. Mi cuerpo lo recuerda todo. Cada ángulo, cada detalle. Cinco años y no olvidó absolutamente nada.

Mentirosa. Le dijiste que no significó nada y te mentiste a ti misma en el mismo aliento.

Se puso el vestido de lana con la eficiencia de quien necesita estar vestida antes de poder pensar con claridad.

—Sobre lo que dijiste antes... —empezó Maxwell, desde detrás de ella—. Cuando dije que fuiste conveniente...

Isabella se giró.

—No me hables así.

Él frunció el ceño.

— ¿Qué?

—Como si fuera frágil. —Los ojos de ella, directos, sin el escudo húmedo de las lágrimas que había tenido antes—. Como si necesitaras manejarme con cuidado ahora que cogimos.

Maxwell abrió la boca. La cerró.

—No fue eso lo que...

—Sí lo fue. —Dio un paso hacia él, no por amenaza sino por claridad—. Pensaste que esto me haría perdonarte. O que significa

que todavía te amo y que por tanto tienes ventaja sobre mí. No tienes ventaja sobre mí.

—Isabella...

—No soy la chica de veinte años que destrozaste. —Lo dijo sin rabia, que era lo que hacía que pesara más—. Soy el Camaleón. Y no me rompes dos veces.

Maxwell se quedó sin palabras. La miraba con una expresión que combinaba el dolor con algo que en otra circunstancia podría haber sido admiración, y ese contraste era suficientemente incómodo como para que ninguno lo nombrara.

—Tenemos trabajo —dijo Isabella, y cruzó hacia la ventana para verificar que el exterior seguía en calma—. Weatherby sabe dónde estás. Debemos mover a Beaumont antes del amanecer.

—Corbeau puede organizar el traslado. —La voz de Maxwell volvía a ser la del Alto Lord de Inteligencia, cuidada y firme—. Confío en él completamente—El barco de Le Havre puede redirigirse. Conozco al capitán. Una hora de margen y lo tengo en Dieppe.

—Bien—dijo ella. Ninguno de los dos cruzó los ojos del otro.—Necesitamos mover a Beaumont ahora. —Se puso el abrigo, los dedos abotonándolo con automatismo—. Esta noche. Antes de que despierten y antes de que Weatherby reciba el reporte.

—Corbeau puede tener el carruaje listo en una hora.

—Mándalo buscar. Yo voy a casa de Madame Rousseau a preparar a Beaumont.

—No irás sola.

—Iré perfectamente bien sola, igual que...

—No irás sola —repitió él, con esa firmeza desprovista de condescendencia que era más difícil de rechazar que cualquier orden —. No esta noche. Weatherby tiene hombres en la calle y tú eres el objetivo que más le interesa eliminar ahora mismo.

El argumento era lógico. Isabella lo sabía. Lo que la irritaba no era el argumento sino la manera en que la lógica de él siempre encontraba el ángulo exacto donde ella no podía contradecirlo sin parecer imprudente.

—Una hora —concedió—. Corbeau primero, Beaumont después, juntos.

Maxwell asintió.

Salieron del cuarto sin mirarse, con la cama deshecha detrás de ellos y todo lo que había pasado en el medio, flotando en el aire del pasillo sin que ninguno de los dos encontrara las palabras para nombrarlo.

Rue Saint-Paul, al amanecer.

El París de las seis de la mañana olía a pan de las primeras hornadas y a niebla del Sena mezclada con el humo de las chimeneas que empezaban a encenderse. La luz era esa luz gris y rosada específica del amanecer sobre la piedra caliza, la que hacía que la ciudad pareciera más vieja y más hermosa simultáneamente.

Jean-Louis Corbeau estaba apoyado contra la pared del hotel con los brazos cruzados y la expresión de un hombre que lleva suficiente tiempo esperando como para haber perdido la impaciencia.

— ¿Problemas, *mon ami*? —dijo, cuando los vio salir.

—Necesitamos tu ayuda. Y discreción.

Corbeau desvió la mirada hacia Isabella. Había en sus ojos oscuros algo que no era simple curiosidad: era reconocimiento.

— ¿Esta es...? —le preguntó a Maxwell, aunque sin apartar los ojos de ella.

—Sí.

Corbeau se separó de la pared y ejecutó una pequeña inclinación de cabeza, breve, pero genuina.

—Es un honor, mademoiselle. Llevo meses oyendo hablar del Camaleón.

— ¿Me conoces? —preguntó Isabella, porque en el negocio que ejercía, las personas que la conocían podían clasificarse en dos grupos: las que la admiraban y las que querían matarla, y a veces los grupos se solapaban.

—Todos en inteligencia francesa saben del Camaleón, aunque no conozcan su rostro. —Corbeau sonrió, y en su sonrisa había algo demasiado sincero como para ser peligroso—. Eres leyenda, chérie. Aunque nadie conoce tu cara. Yo tampoco, hasta ahora.

—Y seguirás sin conocerla —dijo ella, y Corbeau rio, un sonido breve y apreciativo.

—Sí. Definitivamente una leyenda.

Maxwell ya estaba describiendo la situación con la precisión concisa del militar que también había sido: dos mercenarios de Weatherby neutralizados y atados en la habitación 14, un testigo en ubicación segura que debía moverse, una ruta de extracción hacia Dieppe que necesitaba organizarse con menos de setenta y dos horas de margen.

Isabella no escuchaba. Tenía los ojos en el callejón al otro lado de la calle, donde una sombra había estado un momento antes.

O creía haberla visto.

Una figura encapuchada, quieta como algo que observa y no quiere ser observado. Y luego el callejón estaba vacío, con la misma naturalidad perturbadora de las cosas que desaparecen demasiado rápido para ser casuales.

—Maxwell —dijo en voz baja, interrumpiendo la explicación sin disculparse por ello.

Él la miró al instante.

—El callejón. —Señaló con un movimiento apenas perceptible de la barbilla—. Alguien nos estaba observando.

Los tres miraron. El callejón estaba vacío, la niebla moviéndose entre los adoquines con indiferencia.

— ¿Estás segura? —preguntó Corbeau, sin incredulidad, solo verificando.

—Nunca digo que vi algo, si no lo vi. —Isabella ajustó el bolso sobre su hombro—. Lo cual significa que Weatherby tiene más ojos en este barrio de los que calculamos.

—O —dijo Maxwell, en voz igualmente baja— que alguien más sabe que estamos aquí.

Los tres se miraron en la niebla del amanecer parisino. Corbeau fue el primero en moverse.

—Entonces será mejor que dejemos de estar aquí. —Señaló hacia el este con un gesto tranquilo—. Conozco un café que abre a esta

hora. Se habla mejor sobre problemas con café caliente, y peor sin él.

Maxwell asintió. Isabella ya estaba caminando.

París seguía durmiendo a su alrededor, ajena al par de mercenarios atados en el cuarto piso de un hotel discreto, a la nota que esperaba sobre el pecho de uno de ellos, a la figura que había observado desde un callejón y había desaparecido con una rapidez que no presagiaba nada bueno.

El sol no había salido todavía. Cuando lo hiciera, Isabella tendría exactamente setenta y dos horas para sacar a Beaumont de Francia con vida.

Solo setenta y dos horas. Y Maxwell Blackwood caminando a dos pasos detrás de ella, con los nudillos rozados de la pelea y el recuerdo de sus manos en ella todavía demasiado reciente como para ignorarlo.

Magníficas circunstancias.

Capítulo 6

El café Le Sablier era un espacio estrecho en la Rue Lepic que a esa hora de la mañana solo ocupaban dos obreros soñolientos y el olor a café recién tostado mezclado con el humo de las chimeneas del barrio. Jean-Louis Corbeau lo había asegurado antes de que llegaran: una mirada al propietario, unas monedas sobre el mostrador y la compra implícita de una hora de silencio y olvido selectivo.

Corbeau ya tenía tres tazas sobre la mesa cuando Isabella y Maxwell entraron.

—Siéntense. —señaló las sillas con el gesto de quien no hace invitaciones sino declaraciones—. *Le café est chaud.* Aprovechen que no siempre hay lujos en este oficio.

A los cuarenta años, Jean-Louis Corbeau era el tipo de hombre que pasa desapercibido en cualquier calle de París precisamente porque parece pertenecer a todas. Rostro marcado por años de campo, manos que habían sostenido armas y documentos con igual familiaridad, y esos ojos grises que evaluaban sin hacer el movimiento obvio de evaluar. Había sido soldado. Se notaba en la postura, en la economía de sus gestos, en la manera en que su espalda nunca tocaba el respaldo de la silla.

—Entonces tú eres la mujer que rompió el corazón de hierro de Blackwood. —Lo dijo mirando a Isabella con esa franqueza que no pedía disculpas.

—No rompí nada. —Ella tomó la taza sin apresurarse—. Él lo hizo solo.

Corbeau soltó una carcajada breve, genuina—*Mon Dieu.* Me gusta. Tiene fuego.

—Corbeau. —la voz de Maxwell tenía ese tono de hombre que necesita redirigir la conversación antes de que se convierta en algo inconveniente—. Necesitamos extraer a un testigo de París a Londres sin que Weatherby lo detecte. Testigo presencial de una conspiración que lleva veinticinco años enterrada.

— ¿Contra Weatherby directamente?

—Contra Weatherby directamente.

El francés apoyó los codos sobre la mesa y se tomó un momento que no era duda sino cálculo.

—Ambicioso. —bebió su café—. ¿Pueden hacerlo?

—Por eso estamos aquí.

—El precio será alto. El riesgo, mayor. —Miró a Isabella—. ¿Y la bella espía está de acuerdo con los términos?

—Todo lo que vale la pena lo es. —dejó la taza—. El precio no es el problema. El tiempo sí.

Corbeau asintió, como si esa respuesta hubiera confirmado algo que ya sospechaba.

El plan tomó forma sobre la mesa durante los veinte minutos siguientes, entre tazas vacías y el sonido distante de las primeras carretas de mercado subiendo la colina. Mover a Beaumont cada ocho horas en vez de doce, más impredecible. Señuelos: Corbeau tenía tres agentes capaces de fingir ser un anciano en distintos puntos de la ciudad mientras el verdadero se movía en dirección opuesta. La ruta de salida no sería Le Havre sino Dieppe, puerto más pequeño en la costa normanda, menos vigilado y con conexiones directas a la costa inglesa para embarcaciones privadas.

—Cuatro días —dijo Maxwell—. El barco estará listo en cuatro días.

—Cuatro días en París con Weatherby buscando activamente. —Corbeau hizo una mueca que no era pesimismo sino aritmética—. Factible. Pero requiere que ustedes dos funcionen como unidad. Sin fricciones.

Isabella y Maxwell no se miraron. Eso, por sí solo, era suficiente respuesta.

—La misión es prioritaria. —Maxwell con esa compostura que usaba cuando quería que una conversación terminara.

—*Bien sûr.* Como el clima es irrelevante para quien se ahoga. —Corbeau recogió su taza—. En mi experiencia, hay dos tipos de parejas de agentes: los que se matan entre ellos y los que matan a todos los demás. Intenten ser el segundo tipo. Será más útil para todos.

—Soy profesional —dijo Isabella.

—Como ella dijo —añadió Maxwell.

Corbeau los miró alternativamente con la expresión de un hombre que ha sobrevivido suficientes operaciones como para saber que esa clase de respuestas coordinadas significan exactamente lo contrario de lo que pretenden comunicar. No dijo nada más sobre el tema.

*****

Casa de Madame Rousseau

François Beaumont llevaba dos días moviéndose entre ubicaciones y ya tenía la palidez específica del hombre que ha agotado su

reserva de nervios y ha llegado a esa calma extraña que hay al otro lado del miedo extremo.

Madame Celeste Rousseau abrió la puerta antes de que Isabella pudiera llamar, los miró a los dos con esos ojos que no perdían agudeza, y se hizo a un lado sin comentario. Su mirada, sin embargo, se detuvo una fracción de segundo extra en Isabella, luego en Maxwell, y de vuelta en Isabella, con la precisión de una mujer que ha leído personas durante cuarenta años y ya no necesita más de un vistazo.

Pierre Aumont estaba en la cocina con medio baguette y un trozo de brie, expresando opiniones sobre la situación política de Europa a nadie en particular.

—*Ah, Camaleón.* —Levantó el pan como si fuera un saludo formal —. Y tú debes ser el inglés.

Maxwell se detuvo en el umbral de la cocina.

— ¿Quién es este hombre?

—Pierre —dijo Isabella, con el tono de quien presenta un fenómeno natural inevitable—. El mejor falsificador de París.

—Prefiero *artista documental*. —Pierre lo examinó con la atención clínica de quien ha reproducido rostros para pasaportes durante quince años—. La mirada. El mentón. El aire de hombre que cometió un error monumental y lleva años sin recuperarse. Reconocible desde tres metros.

Maxwell miró a Isabella con una expresión que decía con claridad: *¿en serio?*

—Lo sé —respondió ella.

Madame Rousseau aprovechó el momento en que Maxwell se acercó a hablar con Beaumont para tomar el brazo de Isabella y llevarla hacia la ventana.

— ¿Pasó algo entre ustedes? —En voz baja, directa como siempre.

—No.

—Mentirosa. —La anciana la miró con esos ojos que no admitían evasivas—. Los ojos te brillan como mujer satisfecha.

El calor que subió por el cuello de Isabella fue completamente traicionero y completamente inconveniente.

—Fue un error.

—Los errores no te ponen así. —Madame soltó su brazo—. Lo que sea que fue, no lo llames error. Los errores no cuestan eso.

Isabella no respondió. Cruzó la cocina hacia el baúl donde había dejado el material de disfraz la noche anterior.

Pierre, desde su posición junto al queso, sin mirarlos:

—El amor no resuelto crea pésima concentración en campo. Lo menciono como observación profesional. Pueden hacer lo que quieran con la información.

Beaumont estaba sentado en la silla junto a la ventana cuando Isabella se acercó con el baúl. La peluca gris transformó su cabello negro en blanco plateado en menos de dos minutos. El relleno en las mejillas, dos piezas pequeñas de fieltro comprimido que ella misma había preparado, redondearon su cara hasta volverla irreconocible. La ropa de comerciante próspero, chaleco de paño oscuro y casaca

marrón, reemplazó la sotana. El bastón nuevo lo hizo apoyar el peso en el lado contrario, cambiando el patrón completo de su marcha.

Maxwell lo estudió desde la puerta durante un momento largo.

—No lo habría reconocido.

—Ese es el objetivo. —Isabella recogió el material sobrante—. Mi método.

—Yo habría sugerido mantener el cabello claro. Menos llamativo en los puertos.

—El cabello claro llama más la atención en Dieppe en octubre que el oscuro. Los comerciantes del norte tienen cabello oscuro. —Levantó la barbilla un centímetro—. Mi método funciona mejor.

Maxwell guardó silencio un momento. Luego asintió, sin argumento.

— ¿Cómo aprendiste esto? —preguntó Beaumont, mirando su propio reflejo en el cristal de la ventana con la expresión de alguien que no se reconoce.

—Necesidad. —Isabella cerró el baúl—. Cuando tienes quince años y eres huérfana en París, aprendes a ser invisible o aprendes a ser alguien más. Yo aprendí las dos cosas.

Pierre se limpió los dedos, recogió tres sobres sellados del armario y los entregó a Isabella.

—Tres identidades completas. Suizo para la primera ruta, austríaco para la segunda, danés por si acaso. El danés tiene mejor historia de fondo. Incluí una esposa fallecida para darle profundidad emocional. Los guardias de puerto son más compasivos con los viudos.

—Gracias, Pierre.

—De nada. —Volvió a su baguette—. Y Camaleón, por si acaso: el inglés te mira de una manera que debería ser catalogada como peligro público. Solo lo menciono.

Isabella salió de la cocina sin responder.

*****

El apartamento de Corbeau, era funcional con la austeridad de quien no vive en él sino que lo usa: dos habitaciones, una con cama, la otra con cajas apiladas hasta el techo que contenían, según Corbeau, materiales de trabajo que no podían almacenarse en otro lugar con seguridad.

—Es todo lo que tengo disponible. —Corbeau lo explicó con el desinterés de quien presenta hechos y no situaciones—. Una habitación está ocupada. La otra tiene cama.

Isabella miró las cajas. Maxwell miró la cama. Ninguno miró al otro.

—Tomaré el suelo —dijo él.

—No seas ridículo. —ella dejó la bolsa—. La cama tiene espacio suficiente.

—Después de esta mañana, no creo que sea prudente...

—Dormiremos vestidos, en lados opuestos, como adultos con trabajo pendiente. —Lo dijo con la firmeza de quien cierra una negociación—. No es complicado.

Corbeau los observó desde el umbral con esa expresión que ya habían aprendido a reconocer como su versión de la diversión.

—En París, nadie juzga un romance. —Lo dijo con la neutralidad de quien ofrece un dato geográfico—. En Londres, sin embargo. Lord Blackwood y una espía misteriosa. El escándalo duraría al menos dos temporadas.

—Es afortunado que nadie en Londres sepa dónde estamos. —Isabella abrió la bolsa y sacó las armas sin más comentario.

Corbeau asintió, satisfecho con algo que ninguno de los dos había confirmado pero que tampoco habían negado, y salió a ocuparse del carruaje para el traslado nocturno de Beaumont.

La habitación quedó en silencio.

Maxwell se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la única silla disponible. Isabella sacó la daga y empezó a limpiarla con el trapo de cuero que llevaba siempre en el bolso lateral, movimientos automáticos que no requerían atención consciente y que por tanto dejaban la mente libre para todo lo que no quería pensar.

Maxwell sacó los documentos de Beaumont del bolso interior del abrigo y los extendió sobre la mesa. Isabella limpiaba la daga. El sonido del trapo sobre el acero era lo único que ocupaba el silencio durante los primeros minutos.

—Dijiste que Weatherby te ordenó vigilarme.

—Sí. —Sin levantar los ojos de los papeles.

— ¿Qué más te ordenó hacer?

—Reportar tus contactos. Tus movimientos. Con quién hablabas, en qué contexto, con qué frecuencia.

— ¿Y lo hiciste?

—Al principio, sí. —Los papeles quedaron quietos bajo sus manos —. Pero mis reportes estaban... editados.

Isabella levantó la vista.

— ¿Editados?

—Omitía cosas. Cuando Weatherby preguntaba sobre un contacto específico tuyo, yo decía que no tenía información suficiente para confirmar. Protegía a tus fuentes. Protegía a las personas que tú protegías.

— ¿Por qué?

—Porque incluso mientras lo hacía, sabía que estaba mal. —Lo dijo con la llaneza de quien ha tenido años para examinar ese hecho y ya no necesita defenderse de él—. Y no podía entregarte completamente. No pude nunca.

Isabella dejó la daga sobre la mesa. La miró un momento, como si el acero tuviera algo que decir que ella todavía no había escuchado.

—Hace seis años —continuó él—, Weatherby ordenó una operación contra el Duque de Montclair. Tú estabas infiltrada en su casa.

Ella levantó los ojos despacio.

—Lo recuerdo.

—El plan original era arrestarte en el acto. Exposición pública, proceso formal, tu nombre vinculado a espionaje francés. —Las palabras salieron sin inflexión, lo cual las hacía más pesadas—. Habría destruido cualquier posibilidad de que siguieras operando. Y habría destruido a tu familia en Londres con el escándalo.

El estómago de Isabella se contrajo.

— ¿Qué hiciste?

—Cambié las órdenes. Dije a Weatherby que eras demasiado valiosa para quemarte en una exposición pública, que podías ser útil como activo doble. Cedió porque la idea de tener al Camaleón trabajando para él le resultaba más interesante que destruirte.

—Me salvaste.

—Te salvé esa vez. Y otras tres donde Weatherby quería exponerte. Dos donde agentes rivales querían eliminarte por competencia directa. Una vez donde alguien descubrió que eras una Holloway y quiso usarte como moneda de cambio con una facción francesa.

Isabella se quedó quieta— ¿Qué le pasó a esa persona?

Maxwell la miró directamente por primera vez desde que habían llegado al apartamento.

—Ya no es problema.

El significado de esas cuatro palabras aterrizó entre los dos con todo su peso. Isabella procesó lo que implicaban, lo que habían costado, lo que decían sobre el hombre sentado frente a ella que durante cinco años había cargado todo eso sin decírselo.

— ¿Por qué no me lo dijiste? —Su voz salió más baja de lo que pretendía—. Cuando me confrontaste hace cinco años, cuando dije que te preguntaba si me habías amado alguna vez, ¿por qué no dijiste nada de esto?

Maxwell apartó los papeles. Se recostó en la silla con ese gesto de hombre que ha guardado algo durante demasiado tiempo y empieza

a notar el peso.

—Porque si hubieras sabido cuánto arriesgué por ti, cuántas veces elegí tu seguridad sobre mis órdenes, sobre mi posición, sobre mi propio cuello, te habrías sentido en deuda. —Lo dijo despacio, eligiendo cada palabra—. Y no quería tu amor por obligación. Quería que fueras libre de irte. De construir algo que no tuviera mí sombra encima.

Isabella lo miró durante un momento largo.

—Así que me destruiste para liberarme.

—Soy idiota. Lo sé ahora.

—Lo eras entonces también. —Sin crueldad, solo constatación—. Podrías haberme dicho la verdad y dejarme decidir si quería quedarme o irme. Pero decidiste por mí. Los hombres siempre deciden por las mujeres lo que es mejor para ellas. Incluso los que dicen amarlas.

Maxwell no respondió. Había algo en su silencio que no era defensivo sino simplemente honesto, el silencio de quien reconoce que el argumento que acaba de escuchar no tiene réplica válida.

—Tienes razón —dijo finalmente—. No hay manera de justificarlo que no suene a excusa.

Isabella tomó la daga de nuevo. La examinó sin verla realmente, pasando el pulgar por el filo con la automaticidad de quien necesita que las manos estén ocupadas para que el resto pueda funcionar.

El silencio que siguió era diferente a los anteriores. Menos como muro y más como agua después de la tormenta, cuando la superficie todavía tiembla pero el fondo empieza a asentarse.

—Corbeau tiene razón en algo —dijo Isabella, sin mirarlo.

— ¿En qué parte específica? Porque dijo varias cosas cuestionables esta mañana.

—En que este trabajo requiere confianza. —Dejó la daga—. No puedo trabajar contigo si estoy esperando que me traiciones en cada decisión.

—No te traicionaré.

—Lo sé. —Las palabras le salieron antes de que pudiera evaluarlas, y en cuanto las dijo supo que eran ciertas—. No sé cuándo empecé a creerlo de nuevo, pero lo creo.

Maxwell se levantó de la silla. No rápido, no con urgencia, sino con el movimiento deliberado de quien ha aprendido que la prisa cuesta caro en los momentos que importan.

Se acercó hasta quedar de pie frente a ella.

—Isabella.

—No hagas algo que los dos tengamos que ignorar mañana.

—Solo déjame...

Le tocó la mejilla con los dedos, despacio, como si estuviera pidiendo permiso con el gesto en vez de con las palabras. No era el contacto urgente de la madrugada anterior. Era otra cosa completamente: la caricia de alguien que quiere quedarse, que no tiene prisa porque sabe que si se apresura ella puede recordar todas las razones para alejarse.

Isabella cerró los ojos un segundo.

Odio que mi cuerpo no recuerde que esto es mala idea.

—Dime que pare.

—Debería.

—Pero no lo harás. —Lo dijo sin triunfo, solo como constatación.

—Es la peor idea que hemos tenido. —Pero no se movió.

—La segunda peor. La de esta mañana fue la primera.

Algo en eso, en el sarcasmo tan específicamente suyo, hizo que el último centímetro de resistencia cediera.

Sus bocas se encontraron despacio, de forma exploratoria, completamente distinta al incendio de las cuatro de la mañana. Este beso tenía paciencia. Tenía el sabor de algo que no necesitaba demostrar su urgencia porque sabía lo que era. La mano de Maxwell en su mandíbula, inclinando su cabeza hacia él con esa gentileza que era casi más difícil de resistir que la intensidad, porque la intensidad se podía combatir y esto no.

Sus dedos encontraron el cabello de Isabella, suelto ya a esa hora de la tarde, y ella los dejó quedarse. Las manos de ella encontraron su pecho, el calor de su cuerpo a través de la tela de la camisa.

La llevó hacia la cama sin prisa, sin soltar su boca, y cayeron juntos sobre el cubrecama con la ropa puesta, lo cual era simultáneamente un límite declarado y la cosa más íntima que habían hecho en todo el día. Las manos de Maxwell recorrieron la curva de su cintura a través del vestido de lana, memorizando con los dedos lo que los ojos no podían ver. Ella arqueó la espalda hacia él con un sonido suave que él recibió contra su boca.

—Eres... —Empezó a decir algo. Se detuvo.

— ¿Qué?

—Lo que iba a decir te haría salir corriendo.

—Dilo de todas formas.

—Eres lo único que no he podido reemplazar. En cinco años. —Sus labios encontraron la línea de su cuello—. Intenté no pensar en ti. Funcionó exactamente cero veces.

Isabella enredó los dedos en su cabello y lo sostuvo ahí, contra su cuello, con los ojos en el techo del apartamento y el pulso acelerado hasta volverse difícil de administrar.

No lo digas. No lo digas.

Tres golpes en la puerta. Secos, urgentes.

Los dos se separaron.

Corbeau no esperó respuesta.

—Tenemos problema. —Entró sin mirarlos con demasiado detenimiento—. Beaumont fue visto. Tenemos menos de una hora antes de que los hombres de Weatherby lleguen a la nueva ubicación.

Isabella estaba de pie antes de que él terminara la frase.

— ¿Cómo nos encontraron?

—Eso es lo que necesito que me expliquen. —La voz de Corbeau había perdido toda la ligereza de la mañana—. Porque la nueva ubicación solo la conocíamos nosotros tres. Madame Rousseau. Y Pierre.

Maxwell se levantó, tomó el abrigo de la silla.

— ¿Estás seguro de que nadie más...?

—Seguro. —Corbeau los miró a los dos—. Movimos a Beaumont hace cuatro horas. La información viajó en menos de tres.

Isabella recogió la daga de la mesa. Su cara era completamente plana, la cara del Camaleón, sin rastro de lo que había estado ocurriendo diez minutos antes en esa cama.

—Entonces uno de nosotros es traidor.

Capítulo 7

Apartamento seguro en Rue du Temple

Corbeau levantó el puño antes de que llegaran al segundo rellano. Todos se detuvieron. En el silencio del edificio, el sonido que había hecho levantar ese puño era perfectamente audible: pasos en la planta baja, demasiados y demasiado distribuidos para ser vecinos. El tipo de movimiento coordinado que hace un grupo de hombres que ha aprendido a rodear un edificio antes de entrar.

Isabella ya tenía la daga en la mano.

Maxwell señaló hacia arriba con dos dedos. Subir. Ella asintió. Corbeau cubrió la retaguardia mientras los tres continuaban por las escaleras traseras, con Beaumont entre Maxwell e Isabella, moviéndose tan rápido como el estado del anciano permitía.

Encontraron a François Beaumont en el tercer piso, apretado contra la pared junto a la única ventana del cuarto, con los ojos de un hombre que ha escuchado suficiente para saber que lo que viene no es bueno.

—Abajo —fue todo lo que dijo Isabella, tomándolo del brazo—. Ahora.

Los pasos llegaron antes de que pudieran alcanzar la escalera del tejado.

Cuatro hombres subiendo, sin el disimulo de quien cree que tiene tiempo. Maxwell empujó a Beaumont hacia el rincón más alejado de la puerta y se giró hacia la escalera en el mismo movimiento. Corbeau llegó al primer mercenario con la eficiencia de un soldado que lleva veinte años sin olvidar cómo pelear en espacios estrechos: bloqueo con el antebrazo, rodilla en el costado, cabeza contra el

pasamanos. El segundo llegó por encima del primero y Corbeau lo recibió con un codo en la mandíbula que lo hizo retroceder cuatro escalones.

Maxwell interceptó al tercero antes de que pisara el rellano. Fue breve y brutal, sin elegancia, el tipo de combate que aprenden los hombres que han operado en campo suficiente tiempo para que el refinamiento les sobre: dos golpes, el segundo en la mandíbula, y el mercenario encontró el suelo antes de encontrar la oportunidad de usar su pistola.

El cuarto entró por Isabella.

Era más grande, con la ventaja de quien usa el peso como argumento. En el corredor estrecho esa ventaja se convertía en problema, porque no había espacio para girar. Isabella lo dejó entrar un paso más de lo que él esperaba, se metió debajo de su guardia y le clavó el codo en las costillas. Cuando él se dobló, ella le empujó el pie con el talón y el mercenario perdió el equilibrio hacia las escaleras. Cayó hacia adelante. La daga de Isabella encontró su hombro antes de que terminara de caer, clavándose con precisión suficiente para desarmar sin matar.

Diez segundos, quizás doce.

—Tejado —dijo Corbeau, sin aliento pero funcional—. *Vite.*

Beaumont trepó los últimos escalones aferrado al brazo de Maxwell con esa determinación silenciosa de los moribundos que han decidido que hoy no es el día. El aire de la noche los recibió en el tejado: frío, con olor a lluvia reciente sobre pizarra, París extendiéndose en todas direcciones bajo un cielo sin estrellas.

El edificio siguiente estaba a metro y medio. Un salto razonable para alguien de veinticinco años en buenas condiciones. Para un anciano con cáncer era otra conversación.

—No puedo —dijo Beaumont, mirando el hueco entre tejados.

—Puede. —Maxwell ya le tenía el brazo sobre los hombros—. Yo lo llevo.

Isabella saltó primero para mostrar el ángulo, aterrizando con las rodillas flexionadas sobre la pizarra mojada. Corbeau cubrió desde el tejado anterior mientras Maxwell cruzaba con Beaumont, aferrándolo con ambos brazos, el salto más corto pero más pesado. Aterrizaron juntos, Maxwell absorbiendo el impacto, el anciano jadeando pero entero.

Corbeau saltó último.

Tres tejados más y una escalera de servicio después, la ciudad los había absorbido.

Media hora después todos estaban en la *Bodega en Rue Vieille du Temple.* Corbeau la conocía desde los años en que París había sido campo de operaciones regulares, cuando ciertos rincones de la ciudad eran más útiles si nadie los registraba en ningún documento oficial. Cuatro paredes de piedra, una trampilla de entrada, una lámpara de aceite que producía más sombra que luz.

Beaumont se derrumbó en el único banco de madera con el cuerpo de quien ha gastado sus últimas reservas y necesita que el mundo le dé un momento antes de pedirle algo más. Isabella se arrodilló frente a él, revisando su pulso con dos dedos en la muñeca.

—Resiste. —lo dijo sin condescendencia—. Pocos días más.

—Si sobrevivo... —empezó él.

—Sobrevivirás. Lo prometo. Y yo no prometo cosas que no puedo cumplir.

Beaumont la miró con esos ojos agotados que sin embargo todavía guardaban algo reconocible: la convicción específica de quien lleva años cargando culpa y finalmente ve el final del camino.

Corbeau dejó la lámpara sobre el suelo y se giró hacia los otros dos.

— ¿Cómo nos encontraron? —Maxwell, directo.

—Alguien sabía la ubicación exacta. No el barrio, no el edificio aproximado. El apartamento. El piso. —Corbeau lo dijo con la precisión de quien ya ha estado pensando en eso desde que recibió el aviso—. Eso no es suerte. Es información específica.

—Solo cuatro personas sabíamos. —Isabella se levantó—. Nosotros tres y Madame Rousseau.

—Madame Rousseau no es traidora. —dijo ella— Es mi aliada de cinco años.

—Y yo llevo ocho con Corbeau. —dijo Maxwell mirando al francés directamente.

—Pero ahora mismo, ninguno de los dos está por encima de sospecha—soltó Isabella.

Corbeau se tensó.

— ¿Me acusas?

—Acuso a quien sea hasta probar lo contrario. Es protocolo, no personal.

—Hay cosas que son las dos al mismo tiempo. —la voz de Corbeau tenía un filo que no había tenido durante todo el día.

—Corbeau lleva ocho años... —empezó Maxwell.

—Y ya dije que Madame Rousseau lleva cinco ayudándome. —Isabella no levantó la voz—. ¿Qué prueba eso?

—Prueba que algunos somos capaces de lealtad sostenida. Es una observación.

El silencio que siguió tenía bordes cortantes.

— ¿Eso fue un golpe hacia mí?

—Fue una observación.

—Qué conveniente cuando empiezas a usar mi vocabulario.

Maxwell abrió la boca. La cerró. Algo en su expresión recorrió el camino desde la defensa hasta el reconocimiento de que el argumento que iba a dar no iba a mejorar las cosas.

Corbeau recogió su abrigo del suelo.

—Voy a revisar el perímetro. —lo dijo con la velocidad de alguien que prefiere cualquier callejón oscuro de París, a lo que estaba a punto de desarrollarse en esa bodega.

La puerta de la trampilla se cerró sobre él.

—No era un golpe. —Maxwell, en voz más baja.

—Lo sé. —Isabella no lo miraba.

El silencio que siguió era diferente, menos combativo y más cansado, el silencio de dos personas que llevan demasiadas horas demasiado cerca con demasiadas cosas sin resolver.

Maxwell se acercó un paso.

—Sobre lo de antes, en el apartamento de Corbeau...

—No ahora. —lo cortó sin brusquedad pero sin margen—. Trabajo primero.

—Isabella...

—Fue un error. Como esta mañana. —Los ojos de ella encontraron los de él por primera vez desde que habían llegado—. No volverá a pasar.

Él guardó silencio un momento y luego habló— ¿Eso es lo que crees que fue?

—Es lo que fue.

—Entiendo. —Dos palabras que no eran acuerdo sino rendición estratégica, la clase que hace un hombre que ha aprendido que ciertas batallas no se ganan en el momento en que se presentan.

Se alejó hacia la pared opuesta y sacó los documentos de Beaumont del bolso interior, extendiéndolos sobre el cajón de madera que servía de mesa. Isabella observó ese gesto, la manera en que él encontraba siempre algo concreto que hacer con las manos cuando la conversación llegaba a un punto que no podía resolver, y apartó la mirada antes de que ese detalle se convirtiera en algo que no podía permitirse.

—Necesito volver al apartamento comprometido. —Lo dijo hacia los papeles, no hacia él.

Maxwell levantó la vista.

—Eso es...

—Necesario. —Lo dijo antes de que él terminara—. Alguien dejó información sobre cómo encontrarnos. Esa información tiene origen. Quiero leer la escena antes de que Weatherby mande a alguien a limpiarla.

—Es peligroso volver ahí.

—Todo en este trabajo es peligroso. —Se puso el chal—. Me iré y volveré antes de que Corbeau termine con el perímetro. Nadie lo sabrá.

—Yo lo sé.

—Y cuando regrese con la respuesta, me lo agradecerás. —se detuvo en el umbral, sin girarse—. No me sigas. Lo haré más rápido sola.

Subió por la trampilla antes de que él pudiera responder. Maxwell la dejó ir.

No porque estuviera de acuerdo, sino porque conocía suficientemente bien a Isabella Holloway como para saber que seguirla sería exactamente la clase de error que confirmaría todo lo que ella pensaba sobre su incapacidad para respetar sus decisiones. Se quedó en la bodega, revisó los documentos de Beaumont por tercera vez sin procesar realmente su contenido, y esperó con la paciencia específica del hombre que ha aprendido que ciertos tipos de control son ilusión.

Corbeau regresó por la trampilla veinte minutos después, sacudiéndose el frío de los hombros.

—Perímetro limpio. Por ahora. —Miró alrededor—. ¿Dónde está ella?

—Investigando.

— ¿Sola?

—Me lo prohibió expresamente.

Corbeau lo miró con esa expresión que reservaba para las situaciones que encontraba simultáneamente predecibles y absurdas.

—*Évidemment.* —Se sentó sobre un cajón—. ¿Todavía la amas?

Maxwell no levantó los ojos de los papeles.

—Corbeau.

—Es una pregunta directa. El frío hace que pierda paciencia para los rodeos.

—Nunca dejé de amarla. —Lo dijo con la resignación de quien confirma un hecho que lleva años siendo inconveniente—. Lo cual no tiene ninguna relevancia práctica en este momento.

—Tiene toda la relevancia. —el francés se inclinó hacia adelante —. ¿Ella?

—Me odia. Con razón suficiente.

—No creo que te odie. Creo que tiene miedo de amarte todavía.

—Es lo mismo.

—No. —Corbeau lo dijo con la firmeza del hombre que ha pensado suficientemente en la diferencia—. El odio es definitivo. El miedo puede vencerse. Son cosas completamente distintas, *mon ami*, y confundirlas es el error más caro que puedes cometer.

Maxwell no respondió. Pero tampoco contradijo.

Corbeau miró hacia la trampilla, luego de vuelta a él, con ese gesto suyo de hombre que ha decidido que hay cosas que conviene decir aunque no hayan sido solicitadas.

—Hace dos años, en París. ¿Recuerdas a la viuda Sévigné?

—Vagamente.

—Hermosa. Rubia. Quería contratarte para una misión de recuperación de documentos familiares. Dijo que habías sido recomendado.

—La rechacé.

—Lo sé. Yo estaba en el pasillo. Te pregunté después por qué. Dijiste que tenías trabajo suficiente.

Maxwell dejó los papeles sobre el cajón.

— ¿Adónde vas con esto?

—A ningún lado específico. —Corbeau se encogió de hombros con esa forma tranquila que tenía para los momentos que otros habrían cargado de drama—. Solo que lo que le dijiste a esa mujer no fue que tenías trabajo suficiente. Fue que tu corazón pertenecía a alguien más. Yo lo escuché desde el pasillo. Y ella también, porque salió con esa expresión que tienen las mujeres cuando han entendido que la batalla está perdida antes de empezar.

El silencio que siguió tenía la textura de las verdades dichas sin permiso pero sin malicia.

—Corbeau.

—Sí.

—Cierra la boca.

—Será un placer —Se recostó contra la pared de piedra con la expresión satisfecha de quien ha dicho lo que tenía que decir y ya no necesita añadir nada.

*****

Isabella tardó cuarenta minutos. Cuando bajó por la trampilla, tenía el chal húmedo por la llovizna y un papel arrugado en la mano que depositó sobre el cajón con el cuidado de quien transporta algo frágil.

—Ventana forzada desde adentro. —empezó sin preámbulo, de pie, con ese tono del Camaleón que no hacía presentaciones—. Las astillas caían hacia afuera, no hacia adentro. Quien salió por ahí lo hizo con tiempo suficiente para forzar la cerradura desde el interior y crear la apariencia de entrada por efracción. Las huellas en el polvo iban hacia la ventana, no desde ella.

Maxwell se levantó.

—Alguien que ya estaba adentro.

—Alguien que entró con llave. —depositó el papel sobre la mesa —. Lo encontré bajo el escritorio. Escritura en francés, tinta con menos de cuatro horas de secado cuando lo recogí.

Corbeau se inclinó sobre el papel. Su expresión cambió en un segundo: no dramáticamente, sino con ese movimiento específico de los músculos del rostro que ocurre cuando algo esperado se confirma de la peor manera posible.

—Es de Marcel.

— ¿Lo reconoces?

—Su letra. —Corbeau tocó el borde del papel sin levantarlo—. Y ese sello en la esquina inferior. Lo usa en toda su correspondencia privada. Dice que es marca de autenticidad.

—Dice que es vanidad de falsario —corrigió Isabella—. Pero en este caso nos sirve.

—Marcel es mi contacto. Lo uso desde hace tres años. —la voz de Corbeau tenía algo que no era exactamente vergüenza pero se le parecía—. Lleva mis mensajes, gestiona ubicaciones de seguridad, coordina transporte.

—Y aparentemente informa a Weatherby sobre ubicaciones de seguridad. —Isabella lo dijo sin crueldad pero sin suavizarla tampoco —. Corbeau. Te debo una disculpa. No fuiste tú.

Él la miró durante un momento.

—Acepto la disculpa. Aunque entiendo por qué sospechaste.

—Ese bastardo. —Se levantó, con los puños cerrados a los lados —. Ocho años en este trabajo y me traiciona con un contacto de tres. Lo mataré.

—No. —Maxwell, inmediato—. Lo usaremos.

Isabella ya lo había pensado. Lo vio en la cara de él, esa expresión de cuando la estrategia llega antes que la reacción emocional.

—Marcel todavía cree que su filtración funcionó —dijo ella—. Weatherby confía en su información.

—Le alimentamos datos falsos. —Maxwell completó el argumento —. Marcel reportará que movemos a Beaumont a Le Havre.

—Cuando en realidad irá a Dieppe. —Corbeau procesó eso durante un segundo, y la satisfacción que cruzó su cara tenía algo de venganza cuidadosamente reencausada—. *Élégant.* Hacemos que Weatherby persiga fantasmas.

—Le damos dos días de ventaja. Para cuando descubra el engaño, Beaumont ya está en aguas inglesas. —Isabella recogió el papel—. Necesito que contactes a Marcel mañana. Casualmente, como si no supieras nada. Le mencionas que escuchaste que la extracción va por Le Havre. Sin detalles específicos, solo suficiente para que lo reporte.

—Puedo hacerlo. —Corbeau asintió—. Tengo excusa natural para verlo: le debo pago por trabajo anterior.

—Perfecto.

Maxwell la miró con esa expresión que ella ya identificaba como cuando algo lo había sorprendido en una dirección que no esperaba.

—Cuando regresé dije que me lo agradecerías. —Isabella guardó el papel en el bolso interior—. No hace falta decirlo en voz alta.

Él no lo dijo. Pero tampoco apartó la mirada.

*****

Beaumont dormía por fin en el banco de madera, envuelto en el abrigo de Corbeau. El francés había tomado el turno de guardia junto a la trampilla, con esa capacidad de los soldados veteranos para funcionar en privación de sueño como si fuera condición permanente de existencia.

Isabella estaba contra la pared de piedra, con las rodillas recogidas y los brazos cruzados sobre el pecho. El frío de la bodega

se filtraba por la ropa con esa insistencia específica de los espacios subterráneos que el cuerpo tarda en procesar hasta que ya no puede ignorarla.

Maxwell se sentó a su lado sin anunciarlo.

—Toma. —el abrigo, extendido hacia ella.

—Estoy bien.

—Estás temblando.

—Dije que estoy bien.

Él le puso el abrigo sobre los hombros de todas formas, sin argumento adicional, con la eficiencia de quien ha decidido que algunas discusiones no necesitan ganarse verbalmente para resolverse.

Isabella no lo quitó.

Quedaron juntos en el silencio de la bodega, con el olor a piedra húmeda y vino viejo, y la respiración de Beaumont al fondo como metrónomo irregular.

—Esa mujer que mencionó Corbeau. —Las palabras salieron antes de que Isabella decidiera si quería decirlas—. la viuda.

— ¿La viuda Sévigné?

—Solo curiosidad. Profesional.

—La rechacé. —Sin dramatismo—. No hubo nada.

—No es asunto mío.

—Pero lo preguntas.

—Curiosidad.

—Mentirosa. —lo dijo en voz baja, sin el filo que habría tenido esa misma palabra horas antes.

Isabella no respondió. Miró hacia Beaumont durmiendo, hacia la trampilla donde la silueta de Corbeau era visible, hacia cualquier punto que no fuera los ojos de Maxwell a treinta centímetros de los suyos en la penumbra.

—En cinco años —dijo él, despacio, como quien entrega algo sin estar del todo seguro de si es regalo o error—, no hubo nadie. No porque no tuviera oportunidad. Sino porque cualquier comparación terminaba en el mismo lugar.

Isabella giró la cabeza hacia él.

La lámpara de aceite proyectaba luz suficiente para ver la línea de su mandíbula, la cicatriz nueva en el mentón, los ojos verde oscuro que no se apartaban de los suyos.

—Eso no cambia nada —dijo ella.

—Lo sé.

—Sigo siendo el Camaleón y tú sigues siendo el hombre que tomó decisiones sobre mi vida sin consultarme.

—Lo sé.

—Entonces por qué me lo dices.

—Porque mereces saberlo. Independientemente de lo que hagas con esa información.

La distancia entre ellos se había reducido sin que ninguno lo hubiera decidido conscientemente, esa mecánica de los cuerpos que llevan demasiado tiempo en proximidad y pierden la capacidad de mantener fronteras geométricas.

Sus bocas estaban a centímetros.

Isabella cerró los ojos.

Beaumont tosió.

No fue suave. Fue el tipo de tos que sacude el cuerpo entero, que interrumpe el sueño con una violencia que no pide disculpa, y que cuando terminó dejó un sonido nuevo en el silencio de la bodega: húmedo, profundo, con ese timbre particular que los dos reconocieron inmediatamente aunque ninguno lo hubiera escuchado antes en esa voz específica.

Sangre. En la manga, cuando Beaumont levantó la mano hacia la boca.

Isabella cruzó la bodega en tres pasos.

—François. —se arrodilló, dos dedos en su muñeca—. Mírame.

El anciano la miró con ojos que seguían siendo lúcidos, pero con esa transparencia nueva de quien acaba de recibir un recordatorio físico de que el tiempo tiene límite.

—El cáncer. —lo dijo con la calma de quien ha tenido meses para acostumbrarse a esa palabra—. Avanza más rápido cuando me esfuerzo.

—Lo sé. —Isabella no apartó la mano de su muñeca—. Pero Dieppe está a dos días. Solo dos.

Maxwell estaba detrás de ella, de pie, con esa expresión que él reservaba para los momentos donde la acción no era opción y solo quedaba la espera.

Corbeau llegó de la trampilla.

—Tengo mensaje urgente. —El papel en su mano, el tono que usaba cuando las noticias no eran buenas—. Marcel. Encontrado muerto hace una hora. Callejón en Saint-Germain.

El frío que entró en la bodega no era del exterior.

—Weatherby eliminó su propia fuente. —Isabella se levantó despacio.

—Significa que ya sabe que lo engañamos. —Maxwell, con esa calma de quien procesa rápido precisamente porque no puede permitirse no hacerlo—. Sabe que no vamos a Le Havre.

—Peor. —Corbeau dobló el papel—. Si mató a Marcel antes de que pudiéramos usarlo como canal... significa que tiene otra fuente. Alguien que le confirmó que la información de Marcel era falsa.

Los tres se miraron en el silencio de la bodega.

Beaumont tosió de nuevo en el rincón.

—Alguien más cercano a nosotros —dijo Isabella, en voz baja.

Nadie respondió. Porque no había respuesta que ninguno de los tres estuviera dispuesto a decir en ese momento.

Capítulo 8

Corbeau se había llevado a Beaumont al amanecer, con la eficiencia silenciosa de quien conoce París lo bastante como para moverse por ella sin dejar rastro visible. Antes de salir, se había detenido en el umbral de la trampilla con esa manera suya de soltar información como si fuera observación casual.

—Isabella. —la miró desde arriba—. Ese contacto tuyo en Montmartre, el que te ayuda con documentos. Jean-Luc. ¿Todavía trabajas con él?

—A veces. ¿Por qué?

—Nada importante. Ten cuidado. Ese tipo tiene reputación con las mujeres que lo rodean.

La trampilla se cerró sobre él. La bodega quedó en silencio.

Isabella volvió a la lámpara de aceite y a la pistola que estaba limpiando, con los movimientos metódicos de quien ocupa las manos para que la cabeza pueda trabajar. Llevaban una noche entera buscando la segunda filtración sin encontrarla. El cansancio era una presión específica detrás de los ojos, del tipo que no se resuelve con voluntad.

— ¿Qué contacto? —Maxwell, desde la pared opuesta.

—Jean-Luc Renard. Falsificador. Trabaja en Montmartre.

— ¿Reputación con las mujeres?

Isabella levantó la vista del arma. Lo leyó en un segundo: la tensión en los hombros, la mandíbula, los ojos verde oscuro con algo que no era exactamente preocupación operativa.

— ¿Te importa?

—Debería importarme. —Se corrigió a sí mismo antes de que ella pudiera responder—. Quiero decir...

— ¿Por qué? —Lo dijo con más filo del necesario, pero el cansancio y los días acumulados habían erosionado los filtros—. No tienes derecho.

— ¿Estuviste con él?

La pistola quedó sobre el cajón con más ruido del que ella pretendía.

— ¿Qué?

—En estos cinco años. —Se levantó—. ¿Estuviste con alguien?

Isabella se puso de pie también. La incredulidad que cruzó su cara era completamente genuina.

—Eso no es asunto tuyo.

—Responde.

—No. —La palabra salió cortante—. No estuve con nadie. ¿Feliz? ¿Eso satisface tu curiosidad aristocrática?

Algo en la postura de Maxwell se aflojó un milímetro. Suficiente para ser visible. El alivio que cruzó su expresión fue tan involuntario y tan completo que resultó más honesto que cualquier cosa que hubiera podido decir.

Isabella lo vio. Lo procesó. Y entonces atacó porque era lo único que sabía hacer cuando algo la golpeaba en el lugar correcto.

— ¿Y tú? —Su voz no fue suave—. Cinco años son mucho tiempo. ¿Cuántas mujeres después de mí?

—Ninguna.

Se lo dijo mirándola directamente, sin el escudo habitual.

Isabella soltó una carcajada corta que no tenía nada de humor—Mentiroso.

—Tampoco soy un santo. Hubo intentos. —lo admitió con esa honestidad que en él siempre llegaba tarde pero llegaba entera—. Dos, quizás tres veces en que pensé que podía seguir adelante. Pero cada vez que alguien me tocaba, solo te veía a ti. Así que paré. Porque era injusto para ellas y era... doloroso para mí.

—No puedes decir cosas así. —Isabella retrocedió un paso sin darse cuenta.

Maxwell avanzó el mismo paso.

— ¿Por qué no?

—Porque me confundes. —La espalda encontró la pared de piedra. Fría, húmeda, real—. Porque no sé si odiarte o...

Él estaba a treinta centímetros. Luego a veinte.

— ¿O qué?

—O amarte todavía. —Las palabras salieron en susurro, arrancadas desde algún lugar que llevaba meses sin ventilación—. Y no sé cuál de las dos opciones es más peligrosa.

—Isabella.

—Cállate y bésame.

Su boca encontró la de él antes de que ninguno terminara de procesar lo que había dicho. No fue suave. Fue el beso de dos personas que llevan días evitando exactamente esto y han agotado la reserva de razones para seguir haciéndolo. Sus dientes chocaron al principio, sus lenguas se encontraron con esa urgencia que no tiene paciencia para las cortesías.

Maxwell la tomó por la cintura con ambas manos, jalándola contra él, y el calor de ese contacto después de horas de bodega fría era suficientemente intenso para ser casi doloroso.

—Dime que no fue nadie más. —Contra su boca, su voz baja y áspera—. Dime que solo yo.

—Solo tú. —Admisión que la aterraba en la misma proporción en que la liberaba—. Siempre solo tú.

La cargó. Los pies de Isabella encontraron su cintura por instinto, cruzándose detrás de él, y él caminó hacia el rincón donde Corbeau había dejado mantas sobre un cajón ancho, el único espacio en esa bodega que tenía algo parecido a comodidad.

La recostó. Sus manos encontraron los botones del vestido de lana con una impaciencia que no era descuido sino urgencia demasiado grande para disimular.

Isabella le quitó la camisa del pantalón, jaló la tela hacia arriba con dedos impacientes. Las palmas de sus manos encontraron el pecho de él, el calor de su piel, las cicatrices viejas y nuevas que su memoria táctil reconocía sin necesidad de luz.

El vestido desapareció. La camisola después. Las enaguas en segundos.

En la luz escasa de la lámpara de aceite, Maxwell se incorporó sobre ella y la miró con esa expresión que ella no podía nombrar sin que le costara demasiado. Sus ojos recorrieron cada curva con la deliberación de quien tiene tiempo y quiere usarlo, y el calor de esa mirada sobre su piel desnuda era tan tangible como cualquier contacto físico.

—No. —Isabella puso una mano en su pecho y lo empujó con suficiente firmeza para que se moviera—. Esta vez yo.

Invirtió las posiciones. Quedó sobre él, con las rodillas a ambos lados de sus caderas, mirándolo desde arriba con una mezcla de desafío y algo más vulnerable que prefería no examinar.

Maxwell la miró con los ojos oscuros y los pulmones trabajando más de lo habitual.

—Tuya —dijo, en voz baja—. Soy tuyo. Completamente.

Isabella bajó despacio, tomando su miembro con la mano, guiándolo. Cuando lo recibió dentro de sí, el sonido que salió de ambos fue simultáneo e involuntario. El calor de él, la sensación de llenar algo que había estado vacío demasiado tiempo, le robó el aliento antes de que pudiera prepararse para recibirlo.

Ninguno se movió durante un momento.

El olor de él la rodeaba, tabaco y piel y algo más cálido debajo, y el sonido de su respiración contra su cuello era lo más cercano a paz que Isabella había tenido en días. Lo registró todo antes de que la razón pudiera intervenir: el sabor del beso anterior todavía en sus labios, el roce de sus manos grandes abiertas sobre sus caderas, la textura de su pecho contra sus pechos cuando se inclinó hacia adelante.

Empezó a moverse.

El ritmo lo puso ella, despacio primero, con esa concentración de quien aprende algo que en realidad ya sabe. Las manos de Maxwell encontraron sus caderas pero no las controlaron, solo las acompañaron, dejándola liderar con una paciencia que en él era nueva y que por tanto resultaba más erótica que cualquier urgencia.

—Mírame. —La voz de él, desde abajo—. Quiero verte.

Isabella lo miró. Era la parte más difícil: mantener los ojos abiertos cuando todo lo demás quería cerrarse, sostener esa conexión que no tenía nada de segura ni de fácil. Los ojos verde oscuro de él, sin escudo, con todo lo que llevaba meses sin decir visible en ellos.

—Eres mía, Isabella. —Lo dijo con esa firmeza tranquila del hombre que ha tardado cinco años en poder decirlo y ahora que lo dice no tiene intención de retractarse—. Siempre fuiste mía.

El ritmo se aceleró bajo sus caderas.

—Y tú eres mío. —Le salió desde algún lugar que no consultaba con la estrategia ni con el autocontrol—. Aunque te odie por ello.

Maxwell la volteó entonces, quedando encima, y el cambio fue tan fluido que ninguno perdió el contacto. Se enterró más profundo y ella arqueó la espalda contra él con un gemido que la bodega devolvió en eco.

El ritmo que él tomó no tenía nada de tentativo: profundo, sostenido, con esa cadencia que los cuerpos aprenden juntos y no olvidan aunque la mente insista en que debería ser así. Isabella clavó las uñas en su espalda y él respondió con una profundidad que le quitó las palabras.

—Dime que me amas. —Contra su oído, la voz áspera, los labios rozando el lóbulo.

—No. —Respiración entrecortada.

—Dímelo. Aunque sea mentira.

—No puedo.

— ¿Por qué?

Las palabras llegaron antes de que pudiera detenerlas, arrancadas por el placer y la honestidad y el agotamiento de cinco años de guardar todo:

—Porque si lo digo, es real. —Un hilo de lágrima en la comisura del ojo—. Y si es real, puedes destruirme otra vez.

Maxwell se detuvo. Solo un segundo. Tomó su cara entre las manos y besó las lágrimas con una ternura que contrastaba con todo lo que había ocurrido en los últimos minutos y que por eso mismo era más devastadora.

—Nunca más —dijo—. Nunca volveré a lastimarte. Te lo juro.

—No puedes prometer eso.

—Puedo. —Un beso en su frente, en su mejilla, en la comisura de su boca—. Y lo cumpliré.

El ritmo volvió, más profundo que antes, cargado con todo lo que acababan de decirse y con todo lo que ninguno había podido decir todavía. El placer se construyó desde la base hacia arriba con esa acumulación que ya no tenía nada de mecánico y todo de irreversible.

—Eres mía. —La voz de Maxwell contra su cuello, los músculos tensos bajo las manos de ella—. Di que eres mía.

—Tuya. —las palabras arrancadas desde el alma—. Soy tuya—dijo entre gemidos.

—Y yo soy tuyo. —Un último movimiento, profundo y completo—. Para siempre.

El clímax los encontró simultáneamente. Isabella pronunció su nombre con un sonido que no fue suave ni calculado sino completamente real, el tipo de sonido que ocurre cuando el cuerpo y la emoción colapsan en el mismo punto. Él enterró la cara en su cuello y repitió una palabra contra su piel como si fuera plegaria o promesa o las dos cosas a la vez.

Mía. Mía. Mía.

La respiración de ambos fue lo único que existió durante un tiempo que ninguno midió.

Maxwell se apartó de su peso con ese cuidado específico que tenía cuando era consciente de la diferencia de tamaño entre los dos, y quedó de lado junto a ella, un brazo jalándola contra su pecho antes de que el espacio entre ellos pudiera reinstalarse. Isabella lo dejó. Esa fue la primera concesión, pequeña y enorme al mismo tiempo: no moverse, no reconstruir la distancia, quedarse exactamente donde él la había puesto.

El techo de piedra de la bodega era lo mismo que había sido una hora antes. La lámpara de aceite proyectaba las mismas sombras. Afuera, París empezaba a despertar con sus primeros ruidos de mercado y carros, completamente ajeno.

Dije que era suya. Lo admití en voz alta.

Las manos de Isabella estaban quietas sobre el pecho de él, sobre el latido que todavía no había recuperado su ritmo normal. La piel de

Maxwell olía a sudor y a algo más cálido debajo, ese olor suyo específico que su memoria había guardado sin permiso.

Se sintió como volver a casa. Y eso es exactamente el problema.

Mentirosa. Lo amas. Llevas cinco años amándolo y nunca dejaste de hacerlo.

—Esto no cambia nada —dijo, contra su pecho.

La mano de Maxwell continuó su movimiento sobre su espalda, ese trazo lento y circular que no pedía nada.

—Lo sé.

—Seguimos siendo imposibles.

—Lo sé.

—Cuando esto termine...

—No pienses en eso ahora. —Lo dijo sin urgencia, solo como petición.

Isabella se incorporó sobre un codo. Lo miró.

—Tengo que pensar en eso. Porque si no lo hago, empezaré a creer que podemos tener esto. Tenernos. Y no podemos.

— ¿Por qué no?

La pregunta era directa, sin trampa. Eso la hizo más difícil de responder que cualquier argumento elaborado.

—Porque eres hijo del hombre que conspiró contra mi padre. — Las palabras llegaron ordenadas, como si las hubiera ensayado, lo

cual quizás era verdad—. Porque me traicionaste con suficiente eficiencia como para que tardara tres años en dejar de esperar que regresaras. Porque yo soy espía sin apellido respetable en Londres, al menos todavía, y tú eres Alto Lord con responsabilidades que no incluyen a mujeres que limpian dagas a las cuatro de la mañana en bodegas parisinas.

Maxwell la escuchó sin interrumpirla.

—O —dijo, cuando ella terminó—, porque tienes terror. De que esto sea real. De que yo te ame tanto como digo. De que puedas perdonarme y eso te haga vulnerable a algo que todavía no sabes controlar.

Isabella no respondió de inmediato.

—Me haces daño, Maxwell. —Lo dijo sin rabia, que era lo que hacía que pesara más que cualquier acusación—. Tu amor me hace daño. Y no sé si puedo sobrevivir que me lastimes otra vez de la misma manera.

—Entonces déjame demostrarte que no lo haré.

— ¿Cómo?

—Dame tiempo. —Se incorporó también, frente a ella, con esa expresión que ella ya identificaba como la del hombre que está pidiendo algo que sabe que puede costarle más de lo que tiene—. Esta misión. Cuatro días. Déjame protegerte. Déjame mostrarte que el apellido Blackwood puede significar algo distinto a lo que significó para tu padre.

Isabella lo miró durante un momento largo.

—Cuatro días. Y después de eso, decido yo.

—Después de eso, decides tú. Sin presión.

Asintió. Era una concesión pequeña en papel y enorme en práctica, y los dos lo sabían.

Se vistieron en silencio.

Pero era un silencio diferente al de los capítulos anteriores, menos cargado de defensa y más parecido a la calma específica de dos personas que han dicho lo más difícil y han sobrevivido a ello. Isabella se abrochó los botones del vestido desde abajo hacia arriba con los movimientos automáticos del cansancio.

Las manos de Maxwell aparecieron en su espalda antes de que llegara a los de la parte superior.

Los abrochó despacio, uno por uno, con esa atención doméstica que era de alguna manera más íntima que todo lo que había ocurrido antes. Sus dedos rozaron la nuca de ella al terminar, apenas, sin intención declarada.

Isabella no se movió.

—Aquí. —Maxwell tomó su brazo con gentileza, girándolo hacia la luz de la lámpara. El moretón empezaba en el codo y llegaba casi hasta el hombro, colores de violeta oscuro contra su piel clara.

—Fue el mercenario. En las escaleras. —Lo dijo antes de que él preguntara—. No es grave.

Él inclinó la cabeza y presionó los labios sobre el moretón, despacio, desde el borde inferior hasta el superior, con la ternura específica de quien no puede deshacer el daño pero necesita hacer algo con las manos.

Isabella observó ese gesto sin quitarle los ojos de encima.

—Odio que te lastimen. —Lo dijo contra su piel.

—Viene con el trabajo.

—Lo sé. —Se incorporó, sin soltar su brazo—. Y eres extraordinaria en ese trabajo. Eso no significa que no pueda detestarlo cuando te hace daño.

—Maxwell...

—Prométeme algo.

Ella lo miró con la cautela de quien ha aprendido que las promesas tienen un precio variable.

— ¿Qué?

—Que cuando estemos en situación peligrosa, no harás un sacrificio heroico. Que no morirás por mí. —Lo dijo con esa firmeza que no era orden sino petición disfrazada de exigencia porque la vulnerabilidad real todavía le costaba—. Que sobrevivir es parte del plan.

—No puedo prometerte eso.

—Isabella.

—Haré lo necesario para completar la misión. —Lo dijo sin crueldad—. Siempre lo hago. Es quien soy.

Maxwell la tomó por los hombros, no con fuerza sino con suficiente peso para que ella sintiera la urgencia detrás del gesto.

—No esta vez. Esta vez, sobrevives. Por lo que más quieras, sobrevives.

— ¿Por qué te importa tanto esta vez en particular?

Los ojos de él la recorrieron durante un segundo antes de responder.

—Porque si mueres, yo muero contigo. —Lo dijo con la sencillez terrible de las cosas absolutamente ciertas—. No físicamente. Pero aquí. —Tocó su propio pecho, sobre el corazón—. Donde importa. Y no puedo operar con ese peso, así que necesito que me des algo con qué funcionar.

Isabella procesó eso. Las palabras, el tono, la mano de él todavía sobre su pecho.

—Lo intentaré. Es lo máximo que puedo prometerte honestamente.

—Lo acepto.

Lo dijo con la expresión de quien sabe que eso es exactamente lo más que podía pedir y aun así es suficiente para sostenerse.

*****

La trampilla se abrió veinte minutos después.

Corbeau entró con el frío de la calle todavía en el abrigo y esa expresión suya de hombre que ha evaluado una situación antes de reportarla.

Miró a Maxwell. Miró a Isabella. Miró el espacio entre los dos, que era diferente al de antes, y algo en su cara se asentó con la satisfacción tranquila de quien acaba de ganar una apuesta consigo mismo.

—Finalmente.

— ¿Finalmente qué? —Maxwell, con el tono que usaba cuando quería parecer neutral y no lo conseguía del todo.

—Nada. Solo estaba contando los días. —Se sirvió agua de la jarra sobre el cajón con toda la calma del mundo—. Gané.

— ¿Qué apostaste? —Isabella arqueó una ceja.

—Conmigo mismo. El único adversario en quien confío sin reservas. —Bebió—. Beaumont está seguro en la nueva ubicación. Nadie lo siguió.

— ¿Y la segunda filtración? —preguntó Maxwell.

—Sin rastro. Lo cual es en sí mismo información. —Dejó la jarra —. Pero primero necesito saber si están funcionando como equipo o si siguen en la fase de mirarse con furia productiva. Porque lo que tengo que decir requiere que los dos estén operativos.

—Estamos operativos. —Isabella lo dijo con la suficiente firmeza para cerrar ese ángulo—. ¿Qué tienes?

Corbeau se sentó en el cajón, con los codos sobre las rodillas y esa postura de quien va a decir algo que preferiría no tener que decir.

—Weatherby no está solo en París. Lo sabíamos. Pero mis fuentes confirman que trajo a alguien de Londres. Alguien importante, no mercenario de alquiler. Alguien del círculo de los Holloway.

El estómago de Isabella se contrajo.

— ¿Mis hermanos?

—No lo sé con certeza. Pero alguien con acceso directo a su mundo. Podría ser agente infiltrado que Weatherby usa sin que ellos lo sepan. O podría ser alguien que colabora conscientemente.

—Ninguna de las dos opciones es buena. —Maxwell, con esa calma que usaba cuando procesaba rápido.

—No. —Corbeau no intentó suavizarlo.

Isabella se puso de pie. Caminó hasta la pared opuesta, con los brazos cruzados y los ojos en el suelo, siguiendo el hilo de las implicaciones con la disciplina del agente que necesita pensar antes de reaccionar.

Si alguien de Londres está aquí, con acceso a los Holloway... Si Alistair o Edmund descubren que estoy nuevamente con Maxwell, que me he acostado con el hijo del hombre que conspiró contra papá...

¿Qué les digo? ¿Cómo explico que el apellido Blackwood ya no significa lo mismo que significaba hace cinco años? ¿Qué le creo cuando dice que no sabía? ¿Qué estoy en la cama con el enemigo histórico de nuestra familia y que no me arrepiento?

La respuesta a esa última pregunta era la más incómoda de todas.

La carta llegó por la trampilla antes de que ninguno de los tres la esperara: un sobre pequeño, sin sello, pasado desde arriba por la mano de algún mensajero que no esperó respuesta. Isabella lo recogió del suelo.

Lo reconoció por el papel. Su contacto en los muelles de Dieppe usaba ese papel específico, grueso y ligeramente azulado, para precisamente esa razón: que quien lo recibiera supiera de inmediato que la información era urgente y verificada.

Rompió el sello. Leyó. Leyó dos veces. La tercera vez no fue necesaria porque las palabras ya estaban grabadas.

— ¿Qué dice? —Maxwell, que la había observado leer con esa atención suya de quien lee a las personas tan bien como los documentos.

Isabella dobló el papel despacio.

—Mi hermano está en París. —Lo dijo con una voz completamente plana, la voz que usaba cuando necesitaba que la emoción esperara —. Alistair llegó esta mañana en el primer carruaje desde Calais.

El silencio de la bodega tenía otro peso ahora.

— ¿Sabe que estás aquí?

—Sí, pero no sabe exactamente donde—Isabella levantó los ojos del papel hacia los de Maxwell—. Está buscándome. Y preguntando por el Camaleón.

Capítulo 9

Hôtel de Beauharnais, Rue de Lille

Isabella Holloway se puso el vestido azul marino antes de que Maxwell despertara. No fue descuido. Fue decisión: esta conversación la tendría con la cara de Lady Isabella, no del Camaleón, porque la diferencia entre las dos no era disfraz sino peso, y Alistair merecía al menos eso en tierra extranjera.

El Faubourg Saint-Germain tenía esa calidad específica de los barrios que han sobrevivido revoluciones y cambios de régimen porque la piedra caliza no toma partido. La fachada neoclásica del Hôtel de Beauharnais, con sus columnas y ventanas enmarcadas en molduras doradas, era exactamente el alojamiento que elegiría un duque inglés que no quería llamar la atención pero no podía evitarlo.

El conserje la midió en tres segundos.

—El Duque de Rutherford, si me hace el favor.

—Suite del segundo piso. Tercera puerta a la derecha.

Subió sin prisa. Tocó tres veces.

Los pasos del otro lado fueron inmediatos, como si él también hubiera pasado la noche esperando sin poder dormir del todo. Cuando la puerta se abrió, Alistair Holloway se quedó completamente inmóvil durante un segundo.

—Isabella.

—Hola, hermano.

El abrazo fue diferente al que habían tenido en Luckway Manor, menos formal, con los brazos de él completamente alrededor de ella esta vez, la mandíbula apretada contra su cabello. No era el abrazo de un hombre que saluda a su hermana. Era el de alguien que ha pasado semanas calculando si sigue viva.

Cuando se apartó para mirarla, lo que Isabella encontró en su cara no fue sorpresa sino algo más difícil de nombrar: alivio y furia trabajando en la misma expresión.

—Tres semanas sin señal. —lo dijo con esa calma de quien ha ensayado el tono durante el viaje entero—. Acordamos comunicación cada diez días.

—Los canales estuvieron comprometidos. —Isabella pasó junto a él hacia el interior, evaluando el espacio por instinto antes de ordenarse parar—. Weatherby tiene informantes en las rutas que usábamos.

—Lo sé. Por eso vine yo mismo.

Se sentó en el sillón junto a la chimenea con esa postura del Duque que no desaparecía ni en habitaciones de hotel parisinas. Las ojeras que llevaba decían que el cruce del canal no había incluido sueño.

Isabella se quitó los guantes, dedo por dedo.

—La carta que recibiste. La que te convocaba a París diciendo tener información sobre el Camaleón.

— ¿Sabes de ella?

—La envió Weatherby, o alguien bajo sus órdenes. —lo dijo sin rodeo—. Ningún contacto mío usa ese canal ni esa fórmula. Es trampa, Alistair. Te trajo aquí para usarte contra mí.

Él procesó eso con la economía de gestos que era su versión de la alarma: un músculo en la mandíbula, los dedos cerrándose brevemente en el apoyabrazos.

— ¿Cómo palanca?

—Si Weatherby establece que el Duque de Rutherford está en París en este momento, tiene algo que yo no sacrificaré por la misión. Alguien.

— ¿Cuánto tiempo lleva sabiendo quién eres?

—No lo sé con certeza. Sospecha que Camaleón tiene conexión con los Holloway desde el Consejo. Pero no tiene confirmación todavía. Por eso la trampa en lugar del ataque directo.

Alistair se levantó, cruzó hacia la ventana con esa manera suya de pensar mejor cuando podía ver algo en la distancia.

El Sena no era visible desde la Rue de Lille, pero los tejados grises del Faubourg sí, con sus chimeneas y sus palomas, ese París de piedra vieja que Isabella había aprendido a leer como mapa de intenciones.

— ¿Encontraste al testigo?

—Beaumont está protegido. Tiene los documentos originales sobre la falsificación del caso de papá. En dos semanas puede estar en Inglaterra con todo lo necesario para presentar ante el Consejo. —Isabella se acercó hacia él—. El trabajo avanza, Alistair. Pero necesito que regreses a Londres tan discretamente como llegaste. Si Weatherby ve que el Duque vino, se reunió con alguien, y partió sin contacto rastreable conmigo, habremos neutralizado su trampa.

— ¿Y Maxwell Blackwood?

Ahí estaba. El nombre aterrizando con ese peso que tenía en conversaciones Holloway desde que ella les explicó en Londres que lo que creían historia era en realidad el nudo central del caso.

—Maxwell está colaborando. Tiene acceso a archivos que yo no puedo alcanzar sola. —El pulso le latió en la garganta un segundo antes de controlarlo—. La situación es más complicada de lo que anticipé.

— ¿Complicada cómo?

Isabella no respondió de inmediato. Alistair la conocía demasiado bien para que el silencio fuera respuesta insuficiente.

—Ya veo… parece que los sentimientos regresan—dijo sin que fuera reproche. Yo…tengo algo que decirte sobre una información que llegó a mí, hace poco. Tu Maxwell, renunció a un ascenso hace dos años. — lo dijo antes de que ella pudiera cambiar el ángulo—. Posición permanente en Londres, acceso directo al gabinete. Rechazó porque requería no salir de Inglaterra. Tengo contactos en el Foreign Office, Isabella. El rechazo se comentó porque fue inesperado.

Ella se quedó quieta.

—Hace dos años era Lyon. La misión Valmont. —dijo ella — Cuando Corbeau me sacó por los tejados y estuve tres semanas sin comunicación segura. Yo no tenía forma de saber si había alguien esperando que apareciera. Los brazos se cruzaron solos, gesto que contenía algo que no era frío—No me lo dijo.

—Por supuesto que no. —Alistair volvió a mirarla—. Hacerlo habría sido usarlo como presión emociona, me imagino. Y ese hombre parece haber aprendido, a fuerza de errores muy concretos, que darte información para que te sientas en deuda, no es amor.

— ¿Lo defiendes?

—Por Dios santo, claro que no. Nisiqiuiera lo conozco en persona, pero tampoco soy ciego.

Isabella apartó la mirada hacia los tejados. Afuera, el sonido lejano de los vendedores del mercado de la Rue de Buci llegaba amortiguado por la piedra, ese rumor de París que había tardado semanas en dejar de parecerle amenaza y que ya era simplemente el sonido de la ciudad.

— ¿Viniste a decirme eso, o a verificar que seguía viva?

—Las dos cosas. Y a recordarte que ya no trabajas sola. Aunque la misión lo requiera, aunque sea más eficiente así.

—El trabajo es mío, Alistair.

—La vida también es tuya. Eso no cambia cuando cruzas el canal.

Era eso lo que hacía posible hablar con él: que no convirtió la preocupación en exigencia ni en reproche. Solo la dejaba existir entre los dos sin reclamar resolución.

Isabella soltó el aire que llevaba un momento reteniendo.

—Beaumont necesita escolta discreta hacia el puerto dentro de dos semanas. —Volvió al trabajo con esa transición suya de cuando ya había tomado una decisión que no planeaba elaborar—. Si puedes coordinar el lado inglés desde Londres, el tránsito será más seguro que sí lo manejamos solo desde aquí.

—Lo haré. —sin condiciones—. Y cuando esto termine, cuando estés de vuelta en Inglaterra, quiero una conversación completa. No de misión. De futuro.

Isabella asintió, una vez, que era su forma de estar de acuerdo.

Al mediodía en el refugio, Maxwell estaba de pie junto a la mesa con los mapas cuando Isabella entró, con Alistair medio paso detrás.

El alivio cruzó su cara al verla, limpio e incontrolable, y duró exactamente el tiempo que tardó en registrar al hombre a su espalda. Luego vino el reconocimiento, y luego algo que no era culpa pero se le parecía en la arquitectura.

Corbeau evaluó la situación desde el rincón en dos segundos. Recogió el mapa con eficiencia impecable.

—Voy a revisar el carruaje. —Lo dijo con la serenidad del hombre que comprende cuándo su ausencia es más útil que su presencia.

La trampilla se cerró.

Los dos hombres se miraron. Isabella los miró a los dos.

—Maxwell, te presento a mi hermano, Alistair Holloway, Duque de Rutherford.

La reverencia de Maxwell fue correcta, con esa compostura del aristócrata que no lo abandonaba cuando más la necesitaba.

—Excelencia.

Alistair no devolvió la cordialidad de inmediato. Tenía esa manera suya de estudiar a alguien antes de decidir qué darle, que Isabella había visto funcionar en salones y que ahora tenía un peso completamente diferente.

—Lord Blackwood. Tu padre conspiró contra el mío.

—Sí. —Maxwell no desvió los ojos—. Lo reporté cuando descubrí sus crímenes. Lo cual no deshace el daño, pero es el único punto de partida que tengo.

—El daño no se deshace. —lo dijo como constancia, no como acusación—. Mi padre murió colgado por traición. Isabella creció sola. Mis hermanos fueron separados de mí, perdieron años.

—Lo sé. —dos palabras sin adorno—. Trabajo cada día intentando compensar lo que puedo compensar.

Alistair lo estudió un momento más, con esa evaluación que no terminaba nunca del todo.

—Mi hermana dice que eres confiable en esto.

—Haré todo lo necesario para que Beaumont llegue a Inglaterra y para protegerla en lo que queda de misión.

—No hablo de la misión.

Maxwell no vaciló.

—La lastimé de la manera más irreparable que un hombre puede lastimar a alguien. Y he pasado cinco años sin un día en que no lo lamentara con toda la precisión que eso merece.

— ¿La amas?

—Con cada parte de mí que todavía funciona. —Sin construcción retórica, sin ornamento—. Eso no cambia ni cambiará.

— ¿Y si no puede perdonarte?

—Entonces pasaré el resto de mi vida demostrándole que el perdón estaría justificado. Aunque no llegue nunca. No es

negociación. Es lo que haré.

Alistair miró a Isabella.

Ella había estado escuchando desde el rincón con los brazos cruzados y la expresión plana que mantenía cuando estaba conteniendo demasiadas cosas al mismo tiempo. Él vio lo que necesitaba ver: la manera en que sus ojos seguían a Maxwell sin que ella lo decidiera, esa atención involuntaria que era la única que no administraba.

Extendió la mano.

—Por ahora tenemos un enemigo en común. Cuando Weatherby caiga, hablaremos con más calma.

Maxwell la estrechó.

Isabella soltó el aire que no sabía que había estado reteniendo.

*****

Más tarde, Corbeau regresó con noticias del carruaje. Maxwell salió a verificar la ruta de evacuación hacia el norte del Marais, donde el segundo refugio esperaba con Beaumont adentro. Alistair revisó los documentos que Isabella extendió sobre la mesa con esa atención metódica suya, la misma que había usado para leer el diario de su padre la primera vez.

El silencio entre hermanos era el silencio del trabajo compartido, que era también su versión más honesta de la cercanía.

— ¿Cuándo fue la última vez que dormiste más de cuatro horas seguidas? —Alistair lo dijo sin levantar los ojos del papel.

—No recuerdo.

—Eso me parecía.

—El trabajo lo requiere.

—El trabajo que elegiste. —levantó la vista—. Que es tuyo completamente y que respeto. Pero ya no lo haces sola, Isabella. Eso debería cambiar algo en cómo te tratas a ti misma.

Ella no respondió. Desde abajo llegó el sonido de Maxwell revisando el cerrojo de la puerta trasera, dos veces, siempre dos veces.

— ¿Cómo está Eloise?

—Esperando que su cuñada regrese viva. Y preguntando cuándo podrá verte de nuevo sin que estés en una misión activa.

—Pronto.

—Eso dijiste hace dos meses.

La trampilla se abrió antes de que pudiera responder. Corbeau subió con la cara que Isabella ya reconocía como señal de problema que no admitía preámbulo. Detrás de él llegó Maxwell con la misma expresión.

—Problema. Grande. —La ironía habitual de Corbeau estaba completamente ausente.

Alistair se puso de pie.

— ¿Qué pasó?

—Weatherby descubrió que el Duque está en París. —Corbeau colocó el papel sobre la mesa—. Sabe que está con Camaleón.

Alguien envió mensaje a sus hombres desde dentro de este refugio. En la última hora.

El silencio que siguió tenía el filo específico de las cosas sin buena explicación.

Los cuatro se miraron. Solo ellos habían estado en ese espacio desde la llegada de Alistair. Beaumont, arriba, durmiendo.

Isabella fue la primera en moverse. Las escaleras interiores, dos en dos, sin correr pero sin detenerse. La puerta del cuarto superior, empujada de golpe.

La habitación estaba vacía.

La manta en el suelo. La ventana abierta sobre los tejados de París.

Beaumont había desaparecido.

Capítulo 10

La habitación superior estaba vacía con esa quietud específica de los espacios que alguien acaba de abandonar: la manta sobre el suelo conservaba todavía el calor del cuerpo, la lámpara de aceite parpadeaba como si el aire que la había apagado no tuviera más de un minuto.

Isabella Holloway recorrió el cuarto en ocho pasos. No corriendo. Despacio, con los ojos en el suelo, en las paredes, en la ventana abierta que dejaba entrar el frío de la calle.

La ventana tenía las bisagras empujadas hacia afuera. No forzadas desde fuera, sino abiertas desde dentro, con la presión deliberada de alguien que había calculado el ángulo antes de actuar. En el suelo, marcas de arrastre de pies hacia el alféizar, no el patrón de una lucha sino el de alguien que caminaba despacio, con vacilación, como quien sabe adónde va pero no está del todo seguro de querer llegar.

La ropa de Beaumont estaba doblada sobre la silla.

Isabella se detuvo frente a ella. La tocó con dos dedos. Doblada con cuidado, no tirada en el suelo de alguien que huía con urgencia. Se había cambiado antes de salir. Preparación consciente, no fuga impulsiva.

Fue directamente a la cama. Levantó la almohada.

El papel estaba debajo, doblado en cuatro, con la letra temblorosa de un anciano enfermo que había escrito despacio porque sus manos no le respondían del todo.

Lo leyó en silencio primero. Luego en voz alta, para los tres que esperaban en el umbral.

—Lo siento. Me prometieron que mi familia vivirá si entrego los documentos. No tuve opción. Perdóname. Weatherby envió carta con mechón de cabello de mi nieta. Ella tiene siete años. No pude arriesgarla. — F.B.

El silencio que siguió tenía varios estratos distintos.

—Nos traicionó. —Maxwell, con esa calma que en él era siempre más peligrosa que la rabia.

—O lo coaccionaron. —Alistair, desde la puerta.

—Ambas cosas. —Isabella dobló el papel—. Weatherby encontró el punto débil y lo usó. Es su método clásico: no compra lealtad cuando puede comprar miedo.

Corbeau se apoyó contra el marco de la puerta con los brazos cruzados y esa expresión suya de hombre que suma en silencio antes de hablar.

—Sin Beaumont, no tenemos testigo.

—Sin Beaumont, no tenemos caso. —Maxwell se giró hacia Isabella—. Dos años en los que estuviste coordinando este caso desde Londres. Todo depende de un anciano que acaba de…

—No. —lo cortó sin brusquedad—. Beaumont sigue siendo útil.

— ¿Cómo? —Alistair la miró—. Si se fue con Weatherby...

—Exactamente porque se fue con Weatherby. —Isabella cruzó hasta su abrigo, que colgaba del gancho junto a la ventana. Sus dedos encontraron el forro interior, un corte cuidadoso cosido con hilo encerado—. Weatherby lo quiere por los documentos. Lo cual significa que todavía no los tiene.

Extrajo tres páginas dobladas y las sostuvo en alto.

—Los moví hace dos días. Le pedí a Beaumont que los transcribiera de su puño y letra. Empleó cinco horas en ello. Creía que esas transcripciones eran los únicos ejemplares que quedaban. Yo conservé los originales.

Corbeau soltó aire lentamente.

—*Toujours un coup d'avance.*

—No sobrevives cinco años confiando en que el escondite permanente es suficiente. —Volvió a guardar los documentos en el forro—. Beaumont creyó que entregaba la evidencia real. Weatherby creerá lo mismo hasta que intente usarla ante alguien que sepa leer caligrafía.

— ¿Qué quieres decir? —Alistair la miró.

—Una transcripción hecha a mano no tiene el desgaste natural del papel original. Ni las marcas de los pliegues de veinte años. Un notario, un archivero, cualquier hombre con oficio lo detectaría en diez minutos. Lo cual nos da tiempo. No mucho, pero tiempo.

—Cuando descubra que son copias... —Maxwell no terminó la frase porque no necesitaba hacerlo.

—Lo matará. —Isabella lo dijo con la frialdad de quien nombra un hecho para poder trabajar con él—. Tenemos horas. Quizás menos si Weatherby es rápido en verificar.

Alistair se puso de pie.

—Entonces vamos a rescatarlo.

Muelles del Sena, Quai de la Tournelle — Dos horas después

El almacén ocupaba el extremo del muelle con esa solidez anónima de los edificios que llevan décadas siendo útiles sin ser notorios. Paredes de piedra gris, ventanas altas cegadas con tablones, el olor del Sena mezclado con alquitrán y madera mojada que impregnaba todo el barrio portuario al anochecer.

Corbeau había tardado cuarenta minutos en confirmar la ubicación. Era tiempo suficiente para que Isabella se cambiara.

Maxwell la vio salir del cuarto trasero y se quedó un momento sin los recursos habituales.

Pantalón negro de paño grueso, camisa de lo mismo abotonada hasta el cuello, botas de cuero oscuro que llegaban a la rodilla. El cabello negro trenzado apretado contra la nuca, la cara con una capa fina de carbón que difuminaba el brillo de su piel en la oscuridad. Dos dagas en el cinturón, una tercera visible en la bota derecha, la pistola pequeña en el bolsillo izquierdo. Cuchillos adicionales que él ni siquiera podía contar desde donde estaba.

No era Lady Isabella Holloway. Era el Camaleón.

—Eres... —Empezó.

—Letal. —Lo dijo antes de que él terminara—. Es diferente a lo que ibas a decir.

—Eres ambas cosas.

Ella lo miró durante un segundo con esa expresión que él ya reconocía como la que tenía cuando algo lo pillaba en el ángulo correcto y no tenía defensa preparada.

El plan era simple en estructura y complicado en ejecución: Isabella por el techo, entrada silenciosa a través de la claraboya que Corbeau había confirmado en el extremo norte del edificio. Maxwell y Corbeau por la puerta principal, distracción directa. Alistair en el exterior con el carruaje, punto de extracción y vigilancia perimetral.

—Yo no me quedo afuera. —Alistair lo dijo con la firmeza del hombre acostumbrado a que sus objeciones se tomen en cuenta.

—No es sugerencia. —Isabella usó la voz que él no le había escuchado todavía, plana y sin margen, la voz de alguien que ha comandado operaciones el tiempo suficiente para que la autoridad sea postura corporal antes que palabras—. Eres el Duque de Rutherford. Si Weatherby te captura dentro de ese edificio, el escándalo internacional es el menor de los problemas. Permaneces en punto de extracción.

Alistair abrió la boca.

La cerró.

La miró con esa expresión de quien acaba de encontrarse con algo que no esperaba en el lugar donde esperaba a su hermana pequeña.

—De acuerdo —dijo, con una voz que tenía algo nuevo adentro—. Pero si no sales en veinte minutos...

—Entras. Lo sé. No necesitarás hacerlo.

Maxwell la tomó por el brazo antes de que se girara.

—Tú promesa.

—Sobreviviré. —Lo dijo mirándolo directamente.

—No es suficiente. Necesito escucharlo sin matices.

—Maxwell...

—Por favor.

Ella lo besó. Rápido, con los dedos en su mandíbula, la boca firme sobre la de él durante tres segundos que cargaban todo lo que ninguno tenía tiempo de decir. Cuando se separó, la expresión de él era la del hombre que acaba de recibir algo que no sabía que necesitaba.

—Sobreviviré —repitió, contra su boca—. Pero tú también.

Interior del almacén — Minutos después

En el interior del almacén, minutos después, desde la ventana lateral, Alistair vio a su hermana descender del techo.

No lo había planeado. Había permanecido en el carruaje exactamente cuatro minutos antes de que el sonido de la entrada de Maxwell y Corbeau por la puerta principal, dos disparos y un grito, lo pusiera en movimiento. No hacia adentro. Hacia la ventana lateral tapiada con tablones que tenía una grieta suficiente para ver.

Lo que vio lo detuvo completamente.

Isabella descendía por una cuerda desde la claraboya con movimientos que no eran los de alguien que aprende sino los de alguien que ha hecho esto cientos de veces, fluidos y silenciosos, como si la gravedad fuera colaboradora y no obstáculo. Aterrizó detrás del primer mercenario sin ruido perceptible.

El brazo alrededor del cuello fue preciso. No violento, sino quirúrgico, la presión en el ángulo correcto durante exactamente el

tiempo necesario. El hombre se desplomó y ella lo recostó en el suelo con la misma delicadeza con que se deja un objeto frágil.

Lo noqueó. Pudo matarlo y lo noqueó.

El segundo mercenario la vio. Disparó. Isabella ya no estaba donde había estado, rodando detrás de una hilera de cajas con una velocidad que su hermano no supo que era posible en un cuerpo humano. La daga salió de su mano y encontró la muñeca del hombre antes de que él pudiera apuntar de nuevo. La pistola cayó. Isabella emergió de detrás de las cajas, una patada giratoria a la cabeza, y el hombre siguió al suelo.

Esa es mi hermana pequeña.

Alistair no se movió del sitio.

El tercero y el cuarto llegaron juntos, con espadas desenvainadas, flanqueándola. Isabella no tenía armas visibles ya. Por un segundo, desde la ventana, Alistair apretó los puños sin darse cuenta.

El mercenario de la derecha atacó. Isabella no bloqueó: se giró, usó el impulso del golpe para llevarlo hacia el otro, y los dos cayeron juntos en un entrelazamiento de extremidades y maldiciones. Ella recogió la espada caída antes de que ninguno se incorporara y golpeó con el pomo, primero uno, luego el otro.

Cuatro hombres en el suelo. Treinta segundos.

La subestimé. Dios mío, la subestimé completamente durante toda mi vida.

Recordó a Isabella con cuatro años, llorando en el umbral de la casa de su tía Harriet, con los brazos levantados hacia él, diciendo su nombre con esa desesperación pequeña e infinita de los niños que no entienden por qué los abandonan.

Quiero quedarme contigo, Ali, le decía mientras él sentía que su corazón simplemente se rompía en pedazos.

La mujer que estaba al otro lado de esa ventana no era esa niña. Era algo que esa niña había construido sola, sin él, sin ninguno de sus hermanos, a fuerza de años que nadie le había facilitado.

Alistair tuvo que apoyar una mano en la pared para estabilizarse.

Weatherby tenía la pistola en la sien de Beaumont cuando Isabella llegó a él.

Edmund Weatherby era más viejo de lo que las descripciones sugerían: sesenta años mal llevados, el cabello blanco sobre una cara que había aprendido a expresar autoridad pero no había aprendido a esconder el cálculo detrás de ella. Sus ojos, cuando encontraron los de Isabella, tenían esa frialdad específica de quien lleva décadas usando a las personas como instrumentos y ya no distingue entre ambas categorías.

—Un paso más, Camaleón, y muere el viejo.

Isabella se detuvo. Calculó distancias, ángulos, el tiempo que necesitaría para cruzar los cinco metros entre su posición y la de Weatherby.

Demasiado. Con la pistola ya amartillada, demasiado.

—Los documentos. —Weatherby extendió la mano libre—. Ahora.

—Los tengo. —Lo dijo sin moverse—. Pero antes liberas a Beaumont.

—No negocio con espías de segunda categoría.

—Negociarás conmigo o no verás esos documentos nunca. Están escondidos. Solo yo sé dónde. Sin mí, tienes a un anciano moribundo y ninguna evidencia que destruir.

Beaumont lloraba en silencio, con los ojos cerrados y las manos atadas detrás de la silla.

—Mi nieta —susurró—. Me dijeron que mi nieta...

—Lo sé. —Isabella no levantó la voz, pero la dirigió directamente hacia él—. Está bien. Tu familia está protegida. Lo arreglé antes de venir.

Era mentira. Pero era la mentira necesaria, y Beaumont la necesitaba más que la verdad en ese momento.

Weatherby frunció el ceño. La distracción de un segundo.

Maxwell emergió de la sombra por detrás.

La pistola de Weatherby cayó al suelo antes de que él pudiera procesar lo que había ocurrido, y el hombre siguió un paso después, reducido al suelo con los brazos inmovilizados, maldiciéndolos a todos con la especificidad de quien tiene vocabulario para ello.

Isabella cruzó hacia Beaumont en tres pasos y empezó a desatar los nudos. Los tres mercenarios restantes llegaron juntos desde el fondo del almacén.

Alistair entró por la ventana lateral en ese momento exacto, con el tablón arrancado y los nudillos raspados, y lo que vio desde el umbral fue suficiente para dejarlo completamente inmóvil durante un segundo que no podía permitirse.

Isabella se giró hacia el primero con la silla rota en las manos, el respaldo convertido en arma improvisada. El golpe en el estómago

fue directo y sin ornamento. El hombre se dobló. Ella ya estaba girándose hacia el segundo, una combinación de movimientos que mezclaba técnicas que Alistair no supo nombrar, el codo en las costillas, la rodilla en el muslo, el golpe final en la nuca que lo mandó al suelo con los ojos en blanco.

El tercero era grande. Dos cabezas más alto que ella, con el tipo de constitución que hace que los hombros parezcan pared.

La agarró por detrás, los brazos alrededor de su torso, levantándola del suelo.

Isabella no luchó contra el agarre. Cabezazo hacia atrás, el cráneo contra la nariz de él, el crujido audible desde donde Alistair estaba parado. El hombre aflojó lo suficiente. Ella pisó el empeine, codo en las costillas, y cuando él la soltó del todo, se giró en el aire y la patada encontró su rodilla con un ángulo que produjo un sonido que nadie en esa habitación quiso analizar demasiado. El puño cerrado en la mandíbula fue la conclusión, y el hombre grande cayó como caen las cosas pesadas: de golpe, sin gradaciones, levantando polvo del suelo de madera.

Treinta segundos. Siete hombres en el suelo.

Isabella estaba de pie entre ellos, respirando con la boca ligeramente abierta, cubierta de polvo y carbón y una mancha oscura en el hombro derecho que podía ser sangre ajena. La trenza seguía intacta.

— ¡Isabella!

Ella se giró con la daga levantada antes de que él terminara su nombre. Cuando lo reconoció, bajó el arma despacio, pero sus ojos ya lo recorrían con la evaluación rápida del agente que comprueba daños antes de hablar.

— ¿Qué haces aquí? Te dije que esperaras afuera.

Alistair abrió la boca. La cerró. Miró los mercenarios inconscientes en el suelo, a Beaumont medio despierto en la silla con los nudos a medio desatar, a Maxwell que sostenía a Weatherby con el brazo retorcido contra la espalda.

—Yo... —empezó, y no encontró el final de la frase.

Isabella cruzó hacia él con los pasos del agente que verifica heridas antes que cualquier otra cosa.

— ¿Estás herido?

—Yo no. —Alistair la miró de una manera que ella no le había visto nunca—. Te vi. Por la ventana. Todo.

Ella se tensó con esa contracción específica de quien se prepara para un juicio que lleva años anticipando.

—Sé que no es lo que se espera de una dama. Que si alguien en Londres llegara a saber de qué manera...

—Isabella, detente.

—Lo siento si te avergoncé, Alistair. No era mi intención que lo vieras de esa forma, si hubiese podido evitar que...

— ¿Avergonzarme?

Lo pronunció con una voz que no le pertenecía al hermano formal que ella había visto esa mañana en el hotel, ni al duque de compostura impecable que había estrechado la mano de Maxwell con reserva aristocrática. Era otra voz, más vieja y más directa, cargada de algo que tardó un segundo en identificar como emoción que ya no cabía dentro.

—Estoy más orgulloso de ti de lo que he estado de nadie en toda mi vida.

Isabella no dijo nada.

—Te vi enfrentar a ocho hombres. —Alistair señaló el suelo del almacén con un gesto que abarcaba todo—. Ganaste. Y lo hiciste con precisión que ningún soldado que conozco igualaría. Vi compasión, porque noqueaste cuando podías haber matado. Vi liderazgo, porque esta operación la comandaste tú desde el principio, y todos te seguimos sin cuestionar.

—Es mi trabajo. Es lo que llevo años entrenando para...

—Vi a mi hermana. —La interrumpió con gentileza, pero con firmeza—. A la mujer en que se convirtió mientras yo miraba hacia otro lado.

Los ojos de Isabella se llenaron de lágrimas sin que ella lo decidiera.

—Pensé que querrías que fuera diferente. Toda mi vida lo pensé. —la voz le salió más pequeña de lo que pretendía—. Como Eloise, o como las esposas de nuestros hermanos. Elegante, refinada, capaz de entrar a un salón sin calcular las salidas de emergencia. No cubierta de carbón con siete hombres inconscientes a sus pies en un almacén del Sena.

Alistair la miró durante un momento largo.

—Eloise es valiente a su manera, y la admiro profundamente por ello. —Se acercó un paso—. Beatrice y Anabelle también lo son, cada una con sus propias formas de enfrentarse al mundo. Pero tú, Isabella, eres guerrera. Y el mundo necesita guerreras tanto como necesita damas. Más, quizás, porque las guerreras hacen el trabajo que nadie más puede hacer.

— ¿De verdad lo crees?

—Mi única vergüenza genuina en este momento es que te dejé crecer sola. Que no insistí en buscarte antes, en los años intermedios. Que podrías haber muerto en cualquier misión de los últimos cinco años y yo ni siquiera lo habría sabido hasta demasiado tarde. —la voz se le quebró en el tramo final—. Eso es lo que me avergüenza, Isabella. No tú. Nunca tú. Jamás.

Alistair abrió los brazos.

Ella tardó exactamente un segundo en cruzar la distancia. El abrazo fue largo y sin apuro, con la frente de él contra su cabello trenzado y los brazos de ella alrededor de su torso con la fuerza de quien lleva años soltando cosas que no podía sostener sola.

Isabella lloró en silencio. No de tristeza, sino de la descarga específica de algo sostenido durante demasiado tiempo: el miedo de toda una vida a que las personas que importaban vieran quién era realmente y decidieran que esa versión no encajaba en ningún lugar reconocible.

—Gracias —dijo, contra su hombro—. Por no avergonzarte de mí.

—Jamás. —Lo dijo sin dudar, sin rodeos—. Y cuando regresemos a Londres, Sebastian y Julian sabrán todo. Y estarán igual de orgullosos, te lo prometo. Todos nosotros deberíamos haber estado ahí para verte. Y a partir de ahora, estaremos.

Desde el fondo del almacén, Maxwell observó la escena sin moverse.

Corbeau estaba a su lado, asegurando las muñecas de Weatherby con cuerda, con esa discreción suya de hombre que sabe cuándo no mirar directamente a algo que no le corresponde.

—Ella necesitaba eso. —Corbeau habló en voz muy baja.

—Toda su vida lo necesitó. —Maxwell no apartó los ojos de Isabella y su hermano.

— ¿Y tú? —El francés anuló el último nudo con un tirón preciso—. ¿Qué necesitas tú, *mon ami*?

Maxwell guardó silencio el tiempo suficiente para que la pregunta pesara.

—Solo ella. Pero todavía no sé si puedo tenerla.

Corbeau se incorporó con ese crujido de rodillas que arrastraba desde Waterloo, se sacudió el polvo del abrigo con parsimonia y lo miró con la paciencia de quien ha sobrevivido suficiente como para no desperdiciar palabras.

—Has pasado cinco años sin nadie más. Rechazaste un ascenso que cualquier hombre en tu posición habría tomado sin pensarlo. Cruzas el canal cada vez que hay un susurro de que el Camaleón podría necesitar apoyo. La pregunta no es si puedes tenerla. La pregunta es si tienes el valor de pedirlo sin condiciones.

Maxwell no respondió. Pero tampoco lo contradijo.

*****

Casa de Madame Rousseau

Weatherby había escapado en los últimos minutos de confusión, deslizándose por una salida lateral que ninguno había cubierto, y la rabia de Isabella ante ese hecho había durado exactamente el trayecto en carruaje hasta la Rue Saint-Jacques, donde fue reemplazada por algo más urgente.

Beaumont apenas podía mantenerse erguido en el asiento.

Madame Rousseau abrió antes de que llamaran, con esa capacidad de las mujeres que han sobrevivido demasiado para necesitar que las sorprendan. Vio el estado de Beaumont, hizo un gesto con la cabeza y los condujo a la habitación mejor del primer piso, con chimenea encendida y sábanas limpias que olían a lavanda y a orden doméstico.

—Hay médico dos calles arriba. Lo mando buscar ahora mismo.

El médico llegó en veinte minutos. Era un hombre de mediana edad con manos precisas y la expresión de quien ha aprendido a dar malas noticias sin añadir crueldad innecesaria.

Salió de la habitación, cerró la puerta con cuidado y los miró a los cuatro.

—Horas. No días. El pulmón izquierdo lleva meses cediendo, y el esfuerzo de esta noche aceleró considerablemente lo que ya era inevitable en semanas. —Miró a Isabella directamente—. Lo siento, madame.

—No. —Isabella pronunció la palabra con una calma que no admitía la noticia como definitiva—. Tiene que llegar a Inglaterra. Tiene declaración escrita y firmada, pero un tribunal británico querrá al hombre en persona.

Alistair se puso de pie.

— ¿Qué propones exactamente?

—El barco zarpa mañana. —Sus ojos buscaron a Maxwell de una forma que no pedía permiso sino confirmación.

—No está listo. Acordamos pasado mañana con el capitán Duval porque los suministros...

—Entonces hacemos que esté listo esta noche. —Lo interrumpió sin dureza pero sin espacio para negociación—. Pagamos lo que sea necesario. Sobornamos si hace falta. Porque si esperamos otro día, perdemos al único testigo dispuesto a hablar ante un tribunal, y no voy a dejar que eso ocurra ahora que estamos a dos días de terminar esto.

Maxwell la miró durante un segundo. Luego asintió.

—Iré al puerto al amanecer.

París dormía con ese sonido específico de la ciudad cuando baja la guardia: algún carro tardío sobre los adoquines del Quartier Latin, el Sena invisible pero constante unas calles más abajo, el viento entre las chimeneas irregulares de los tejados grises.

Isabella estaba apoyada en la barandilla de hierro forjado con los brazos cruzados y el abrigo sobre los hombros cuando Maxwell salió al balcón. No dijo nada. Se apoyó junto a ella, las manos sobre el hierro frío, sus codos separados de los de ella por un centímetro que ambos eran conscientes de no cruzar.

—Tu hermano te quiere mucho.

—No esperaba que reaccionara así. Toda mi vida preparé la versión de esa conversación donde el final era decepción. Y en cambio...

—En cambio te dio lo que mereces. —Maxwell lo dijo sin adorno.

Isabella giró la cabeza hacia él.

— ¿Tú estás orgulloso de mí?

—Cada segundo de cada día desde que te conozco. —Sin pausa, sin construcción previa.

Lo amo. El pensamiento llegó sin anuncio y se quedó completamente formado, sin margen para reinterpretación ni para la defensa habitual. *Todavía lo amo. Nunca dejé de amarlo en cinco años de intentarlo. Y eso me aterra más que cualquier mercenario en cualquier almacén de París.*

— ¿Qué hacemos? —dijo en voz alta—. Después de que esto termine.

—Eso depende de ti.

—No quiero que dependa solo de mí.

Maxwell se giró hacia ella. La expresión que tenía era la del hombre que ha soltado los últimos escudos disponibles y ya no tiene energía para reponerlos.

—Quiero despertar contigo cada mañana. —Lo dijo con la voz de quien lee algo que lleva demasiado tiempo guardado en un lugar sin ventilación—. Quiero protegerte aunque no necesites protección. Quiero conocer cada versión de ti que todavía no he visto, porque llevas cinco años siendo alguien que yo solo atisbo por los bordes. Quiero envejecer a tu lado, Isabella. Quiero todo lo que sea posible contigo.

— ¿Y si no puedo darte eso todavía?

—Entonces acepto lo que puedas darme y soy agradecido por ello. Sin condiciones ni plazos.

—Tengo miedo. —Lo admitió sin disfrazarlo, sin la armadura habitual.

—Yo también. —Esa honestidad suya que siempre llegaba demasiado tarde o exactamente a tiempo, nunca en el punto medio —. Pero estar aterrado de perderte es peor que cualquier otra cosa que haya sentido.

Las manos de ambos descansaban sobre la barandilla. Sin tocarse. Los dos lo sabían, los dos lo sostenían.

Isabella abrió la boca. Quería decirle que lo amaba.

La puerta del balcón se abrió de golpe.

—Beaumont empeoró. —La voz de Corbeau tenía una textura que no le era habitual, sin el humor suave de siempre, sin la ironía—. Está pidiendo sacerdote. Creo que esta noche no llega al amanecer.

Isabella se apartó de la barandilla con los pasos de quien ya está calculando el siguiente movimiento antes de terminar el actual. Las dos palabras se quedaron dónde estaban, sin salir, guardadas de nuevo en el mismo lugar donde habían vivido cinco años.

Maxwell la siguió adentro sin decir nada.

El balcón quedó vacío sobre los tejados de París.

Capítulo 11

La luz que entraba por las persianas de la habitación de Beaumont era gris y sin compromiso, la luz específica de los amaneceres parisinos de noviembre que no prometen nada sobre el día que viene. El médico había dejado tintura de opio sobre la mesilla y una nota escrita con la letra pequeña de quien acostumbra a dar instrucciones a personas que preferirían no necesitarlas.

François Beaumont respiraba. Era lo único seguro.

Isabella había pasado la última hora frente a los mapas extendidos sobre la mesa del comedor de Madame Rousseau, con el café frío a un lado y una regla improvisada con una cuchara de madera, calculando distancias con la precisión de quien sabe que los números en papel se convierten en vida o muerte sobre el terreno.

—París a Dieppe. Ciento ochenta kilómetros. —Trazó la línea con el dedo—. En carruaje normal, doce horas.

—Que Beaumont no tiene. —Maxwell estaba de pie junto a la chimenea con el mensaje del capitán Duval todavía en la mano. La respuesta había llegado cuarenta minutos después del mensaje de madrugada, escueta y sin adornos: *Listo al anochecer. Puerto de Dieppe. Sin más demoras. Pago doble confirmado.*

—Conozco ruta. —Corbeau se inclinó sobre el mapa con esa manera suya de señalar sin tocar, el dedo flotando sobre los caminos secundarios que serpenteaban hacia el norte—. Por aquí. Evita las postas principales, pasa por Gisors y Forges-les-Eaux. Ocho horas si los caballos aguantan.

Isabella evaluó el trazado.

—Más expuestos. Menos cobertura si nos interceptan.

—Más rápidos. —Corbeau levantó la vista—. Y Weatherby no esperará que tomemos caminos sin vigilar. Su red está concentrada en las rutas principales.

—Alistair tiene razón en eso. —El duque había entrado al comedor con una taza en cada mano y la expresión de hombre que lleva despierto desde las cuatro procesando posibilidades—. Si Weatherby anticipa nuestra ruta, lo hará sobre los caminos que cualquier viajero razonable tomaría.

—Decidido. —Maxwell dobló el mapa con esa eficiencia suya de cuando había tomado una decisión y no veía razón para prolongar la deliberación—. Salimos en una hora.

Isabella recogió los documentos del forro del abrigo, los verificó por tercera vez desde la noche anterior, y los volvió a coser con hilo encerado. Cuando levantó la vista, los cuatro la estaban mirando.

—Dos carruajes. —Lo dijo con el tono del Camaleón, no de Isabella—. Yo llevo a Beaumont con Corbeau por camino secundario. Maxwell y Alistair toman la ruta principal.

Maxwell se tensó de una manera visible.

—No.

—Weatherby me busca a mí. Si ve dos carruajes en ruta principal y uno de ellos lleva al hijo de Lord Blackwood y al Duque de Rutherford, concentrará sus recursos ahí. Nosotros pasamos sin que nadie nos espere.

—Eso te convierte en señuelo. —Maxwell lo dijo con la calma específica de quien está muy cerca de no ser calmo.

—Me convierte en estrategia. —Isabella no cedió ni un milímetro —. Es diferente.

—No para mí.

Alistair intervino antes de que aquello escalar a algo que consumiera tiempo que no tenían.

—No la dejaré ir sola. —Lo dijo mirando a Maxwell, no a ella.

—No estará sola. Corbeau viene. —Isabella recogió la capa—. Y soy el Camaleón. Nadie me atrapa si no quiero ser atrapada.

—Eso no es una garantía. Es un hábito.

—En mi trabajo, es lo mismo.

Maxwell la miró durante un momento en que varias cosas distintas cruzaron su cara sin que ninguna ganara del todo. Luego asintió, una sola vez, con la expresión del hombre que ha aceptado algo que no le gusta porque reconoce que es correcto.

Cuarenta minutos después los carruajes estaban casi listos cuando Pierre Aumont apareció en la calle con una valija pequeña a los pies y la expresión de alguien que ha tomado una decisión impulsiva y está razonablemente satisfecho de ella.

Isabella lo vio llegar y se detuvo.

— ¿Qué haces aquí?

—Madame Rousseau me avisó que necesitaban disfraz de último momento para el anciano. —Abrió la valija sobre el escalón con la eficiencia de quien tiene un sistema—. Vine con materiales.

Dentro: una peluca castaña, ropa de comerciante alemán, y lo que parecía, sin margen para dudas, una prótesis de nariz moldeada en cera pigmentada.

Maxwell la tomó. La examinó con la expresión de quien no sabe si debe estar impresionado o alarmado.

— ¿Una prótesis de nariz?

—Los alemanes tienen nariz diferente. Los guardias portuarios lo saben. Son detalles, *mon ami*, y los detalles son la diferencia entre pasar y no pasar. —Pierre ya estaba arrodillado junto a Beaumont, que había sido bajado a una silla en el umbral con más cuidado del que cualquier mueble merece—. Quieto, por favor. Esto requiere mano firme.

Trabajó con la concentración de un cirujano o, más precisamente, con la concentración de un artista frente a obra delicada. Cuando terminó, retrocedió y evaluó el resultado con la cabeza ligeramente inclinada.

—Perfecto. Ahora parece alemán, respetable y completamente olvidable. El disfraz ideal para cruzar cualquier punto de control.

Recogió la valija. Se detuvo. Miró a Isabella, luego a Maxwell, luego de vuelta a Isabella, con esa mirada suya que procesaba información social con la misma rapidez que procesaba documentos.

—*Bon.* Finalmente decidieron existir en la misma realidad simultáneamente.

—Pierre. —Isabella usó el tono de advertencia.

—Es observación, no juicio. Me alegra. El amor no resuelto perturbaba mi concentración cuando trabajaba en sus documentos. —Hizo una pequeña reverencia—. *Bonne chance*, Camaleón. —Luego miró a Maxwell directamente—. Y al inglés: cuídela. O responderá ante el único falsificador de París que sabe exactamente cómo hacer desaparecer a un Alto Lord sin dejar rastro documental.

— ¿Eso es una amenaza? —Maxwell lo dijo con el tono del hombre evaluando si debe tomárselo en serio.

—Es recordatorio artístico. —Pierre recogió la valija—. Hay diferencia. Hasta pronto.

Se fue por la calle hacia Montmartre con el paso de quien tiene muy buen humor a las seis de la madrugada, sin girarse.

Maxwell tomó a Isabella aparte mientras Corbeau terminaba de acomodar a Beaumont en el primer carruaje.

Se alejaron tres pasos del grupo, los suficientes para hablar sin ser escuchados. El aire de la mañana tenía ese frío húmedo del Sena que se filtraba entre los edificios del Quartier Latin antes de que el sol tuviera temperatura suficiente para disputarlo.

—No me gusta esto. —Lo dijo sin preámbulo.

—Lo sé.

—Si algo pasa en esos caminos...

—No pasará nada. —Isabella levantó la mano y la puso en su mejilla, despacio, con esa deliberación de los gestos que se eligen en lugar de ocurrir. Sus dedos enguantados contra la mandíbula de él, la calidez de su piel perceptible incluso a través del cuero fino—. He tomado caminos peores que este. Sola y sin Corbeau.

La mano de Maxwell cubrió la de ella antes de que pudiera apartarla, sosteniéndola contra su cara con una firmeza que no era posesión sino ancla.

—Prometiste sobrevivir.

—Y lo haré. —Una pausa breve—. Tengo razones para hacerlo ahora.

— ¿Qué razones?

Isabella bajó los ojos un segundo. Ese gesto suyo, el único que todavía la traicionaba cuando algo la golpeaba en el lugar correcto.

—Familia que me acepta. Misión que completar. Y alguien que espero ver del otro lado de este viaje.

La manera en que él la miró no necesitaba traducción.

La besó despacio. Sin urgencia, sin la desesperación de los días anteriores, con esa cadencia de los besos que no tienen prisa porque están prometiendo algo que tiene tiempo. Sus manos encontraron su cabello, los pulgares en sus sienes, y el de ella encontró la nuca de él con esa naturalidad de los cuerpos que han aprendido la geografía del otro.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron juntas. La respiración de ambos un poco más lenta de lo habitual.

— ¿Sabes que Pierre amenazó con hacerme desaparecer? —Lo dijo Maxwell, con algo en la voz que no era exactamente humor pero se le acercaba.

— ¿Estás impresionado o asustado?

—Evaluando. ¿Realmente puede hacerlo?

—Desapareciste cinco años. Él podría haber ayudado con los documentos.

—Eso fue cruel.

—Fue honesto. Hay diferencia entre las dos cosas.

—Empiezas a sonar como yo.

—Nunca vuelvas a decir eso. —Pero la comisura de su boca se movió un milímetro hacia arriba, ese gesto pequeño que era lo más parecido a una sonrisa que él le había visto en seis días, y lo registró con la atención del hombre que ha aprendido a valorar lo escaso.

—Cuando esto termine —dijo Maxwell, con la frente todavía contra la de ella—, tenemos que hablar.

— ¿Sobre?

—Sobre si hay nosotros. Sobre qué clase de nosotros queremos que haya.

Isabella levantó los ojos hacia los de él.

—Me gustaría que hubiera. —Lo dijo sin construcción, ni rodeos —. Tengo miedo. Pero me gustaría intentarlo.

El aire que soltó Maxwell fue lento y completo, el de quien ha sostenido algo durante mucho tiempo y acaba de recibir permiso para soltarlo.

—Cuando lleguemos a Inglaterra, renunciaré a mi posición. —Lo dijo antes de que ella pudiera responder—. Alto Lord de Inteligencia. Lo dejaré.

Isabella se apartó lo suficiente para mirarlo.

—No puedes hacer eso. Es tu vida, Maxwell.

—Tú eres mi vida. El título es trabajo. Hay diferencia.

—No te dejaré sacrificar tu carrera.

— ¿Por qué no? Tú arriesgas tu seguridad por justicia cada vez que sales a campo. Yo ofrezco un título por amor. No me parece intercambio desequilibrado.

—Porque si vamos a intentar esto —Isabella lo dijo con los ojos fijos en los de él, sin escudo—, lo hacemos como iguales. No con sacrificios dramáticos ni gestos diseñados para que me sienta en deuda. Con comunicación. Con verdad. Con confianza que se construye de a poco porque los dos sabemos lo que cuesta perderla.

Maxwell la miró durante un momento.

— ¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Cuando me rompiste y tuve que reconstruirme sola. —Lo dijo sin crueldad, solo como hecho—. Aprendes mucho sobre ti misma cuando no tienes otra opción.

Desde el carruaje, Alistair observaba la escena con los brazos cruzados. Corbeau estaba junto a él, revisando los arneses con ese método suyo de ocupar las manos cuando prefería no intervenir.

— ¿Crees que funcionen? —preguntó Alistair, en voz baja.

Corbeau no levantó los ojos de los arneses.

—Si sobreviven hoy, funcionarán. El amor ya está ahí. Solo necesitan el tiempo que esta misión no les ha dado.

—Ese es un *si* muy grande.

—*Mon ami.* —Corbeau soltó el arnés y lo miró—. He visto a esa mujer enfrentarse a mercenarios con menos miedo del que le da admitir que lo ama. Eso es valentía de otra clase. Y él llevaría cinco

años sin nadie más esperándola. Los grandes *si* tienen la costumbre de resolverse cuando la gente tiene suficientes razones para que así sea.

Maxwell e Isabella se separaron cuando Corbeau llamó desde el carruaje.

Los dos carruajes partieron con diez minutos de diferencia.

El primero, con Maxwell y Alistair, tomó la ruta principal hacia el norte con la visibilidad deliberada de señuelo bien ejecutado: caballos buenos, librea discreta pero reconocible, el tipo de transporte que cualquier espía de Weatherby identificaría como digno de seguimiento.

El segundo salió por la calle lateral, sin librea, con los caballos más modestos y los postigos cerrados, y desapareció hacia el oeste antes de que el primer carruaje hubiera doblado la esquina.

Corbeau conducía. Isabella iba dentro, con Beaumont recostado en el asiento opuesto envuelto en dos mantas y su disfraz de comerciante alemán intacto, respirando con esa cadencia irregular que el opio suavizaba pero no corregía. Ella tenía la mano en la daga del cinturón y los ojos en la ventana entreabierta, leyendo el paisaje con esa atención específica de quien sabe que el campo francés tiene su propio lenguaje.

Los caminos secundarios al norte de París atravesaban primero los llanos cultivados de la Île-de-France, con sus hileras de álamos bordeando los campos de rastrojo y los pueblos pequeños que no tenían nombre en los mapas ingleses. Luego el terreno cambiaba, más ondulado, con bosques de roble y hayedo que cerraban la visibilidad a ambos lados del camino a menos de treinta metros.

Llevaban dos horas sin problemas cuando los pájaros se callaron. No gradualmente. De golpe, con esa simultaneidad que no tiene

explicación natural.

Isabella golpeó el techo del carruaje dos veces.

—Corbeau. Acelera.

— ¿Qué viste?

—Todavía nada. Por eso acelera ahora.

El carruaje ganó velocidad. Demasiado tarde.

De los árboles a ambos lados del camino salieron seis jinetes con la precisión de quienes llevaban tiempo esperando exactamente ahí, cortando el paso delantero y cerrando la retirada en menos de diez segundos. Los caballos del carruaje se encabritaron. Corbeau los controló con manos de veterano, pero el carruaje quedó detenido en el centro del camino, rodeado.

El líder era un hombre ancho de hombros con cicatriz en la mandíbula y el acento del sur cuando habló.

—Entrega al anciano. Vives y sigues tu camino.

Isabella bajó del carruaje despacio, con las manos visibles a los lados, sin ninguna de las armas que tenía distribuidas en seis puntos distintos de su ropa.

— ¿Y si digo que no?

—Entonces mueres. Y tomamos al anciano de todas formas. La aritmética es simple.

—Beaumont está muriendo. —Lo dijo con la calma del agente que negocia, no de la mujer que tiene el pulso acelerado en la garganta

—. Un hombre en ese estado no les sirve de nada a ustedes ni a Weatherby. Llegará muerto al destino.

El líder no respondió, lo cual era suficiente confirmación de que había considerado esa posibilidad.

— ¿Y qué hay de mí? —Isabella dejó que la pregunta flotara un momento—. Weatherby me quiere más que a un anciano con tuberculosis avanzada.

El líder la miró con una atención nueva.

— ¿Quién eres?

—Soy el Camaleón. —La sonrisa que puso con esas palabras no tenía nada de calor—. Y valgo más que cualquier testigo moribundo. Si Weatherby quiere información sobre la red de inteligencia británica en Francia, yo soy el trato que necesita.

Corbeau, desde el pescante del carruaje, bajó la voz a algo que era casi un susurro.

—Isabella, no.

Ella no lo miró. Mantuvo los ojos en el líder con esa concentración de quien sabe que el resultado depende de los próximos treinta segundos.

—Trato. —Lo dijo con la misma calma—. Yo voy con ustedes. Corbeau lleva al anciano a Dieppe. Weatherby obtiene al Camaleón. Todos consiguen lo que quieren.

El líder evaluó eso con la expresión del hombre calculando si la oferta era trampa o regalo inesperado.

—Antes de aceptar —dijo Isabella, antes de que él respondiera—, necesito confirmación de Weatherby. Envíen mensaje. Que confirme por escrito que el anciano y mi conductor tienen paso libre.

—No tengo tiempo para...

—Entonces no tienen al Camaleón. —Lo interrumpió con suavidad —. Y Weatherby sabrá que lo dejaron escapar por impaciencia. Ese tipo de noticias viaja rápido.

El líder gruñó algo en voz baja y mandó a uno de los jinetes hacia el este con un gesto irritado.

Isabella contó internamente mientras lo veía alejarse. Treinta minutos antes del mensaje de auxilio que había lanzado al salir del carruaje, una pequeña carga de fulminato de mercurio atada a la rama más alta del árbol marcado en el mapa, una señal que Maxwell reconocería porque habían establecido ese sistema cinco años atrás y los dos lo recordaban aunque nunca lo hubieran necesitado hasta hoy.

Treinta minutos atrás. Necesito diez más. Habla, Isabella. Gana tiempo.

— ¿Cuánto lleva Weatherby en Francia? —Lo dijo como conversación, con el tono de quien tiene tiempo—. La última información que tenía era que operaba desde Calais.

El líder la miró con suspicacia.

—No respondo preguntas.

—No era pregunta operativa. Era curiosidad profesional. Los hombres que trabajan para él tienden a subestimar su crueldad. Llevan cicatrices interesantes los que sobreviven lo suficiente para contarlo.

—Cállate.

—Con gusto. —Se apoyó contra la rueda del carruaje con la postura de alguien que no tiene prisa—. Aunque el silencio se hace largo cuando se espera.

El silbido llegó desde el norte del camino, dos notas cortas y una larga, el patrón que ninguno de los dos había usado en cinco años y que Isabella reconoció antes de que terminara de sonar.

Ahí está.

No cambió de expresión. Pero la postura se asentó de una manera diferente, esa diferencia mínima que separa a alguien esperando de alguien listo.

Maxwell llegó al galope desde el recodo del camino con Alistair medio cuerpo detrás, y lo que ocurrió en los siguientes dos minutos tuvo la calidad específica de las cosas que se coordinan sin necesitar palabras porque los dos cuerpos que las ejecutan llevan suficiente tiempo moviéndose en el mismo espacio como para anticiparse.

Dos disparos desde distancia. Los jinetes de los flancos cayeron de sus caballos.

Isabella sacó la daga de la bota en el mismo momento en que los mercenarios restantes giraban hacia el sonido de los disparos. El líder recibió el corte en el hombro antes de terminar de procesar que el peligro estaba a su izquierda y no al norte. Su espada cayó. Ella giró hacia el siguiente, desarme limpio, el codo en la garganta.

Alistair entró a caballo por el flanco del carruaje con una determinación que ninguno de los presentes le habría atribuido basándose en la compostura del salón. Derribó al mercenario que bloqueaba la salida del carruaje con el impulso del caballo y se

reincorporó con la expresión del hombre que ha descubierto algo sobre sí mismo en los últimos tres segundos.

Corbeau bajó del pescante con la pistola ya en la mano y apuntó al único jinete que intentaba reorganizarse hacia la retirada.

—*Non, non.* —lo dijo con calma—. Quieto.

Maxwell llegó junto a Isabella cuando el último mercenario estaba en el suelo. Se posicionó espalda con espalda con ella, los dos mirando hacia los bordes del camino, verificando que no hubiera más entre los árboles.

Silencio. Solo el viento en los hayedos y los caballos recuperando el aliento.

— ¿Estás herida? —Maxwell se giró hacia ella con las manos en sus hombros antes de que ella terminara de envainar la daga.

—No. ¿Tú?

—No.

Alistair llegó a caballo, desmontó, y los miró a los dos con una expresión que tenía múltiples capas distintas.

—Pelean bien juntos.

—Como si fueran dos mitades del mismo guerrero. —Corbeau guardó la pistola con la satisfacción tranquila de quien ha ganado una apuesta que nadie más habría hecho—. He visto a generales con menos coordinación.

Maxwell no soltó los hombros de Isabella de inmediato.

—No vuelvas a ofrecerte como señuelo. —Lo dijo con la voz baja del hombre que está siendo razonable a fuerza de voluntad.

—Funcionó.

—Casi mueres.

—Casi. —Isabella levantó los ojos hacia los de él—. Pero no lo hice. Porque sabía que vendrías cuando vieras la señal.

—Siempre vendré por ti. —Lo dijo sin construcción, como hecho físico—. Eso no cambia independientemente de lo que decidamos sobre cualquier otra cosa.

Isabella asintió, una vez, con esa economía de gestos que en ella valía más que cualquier declaración elaborada.

Puerto de Dieppe al anochecer

El puerto de Dieppe olía a sal y alquitrán y pescado de la jornada, con las redes todavía extendidas sobre los capones de madera y las gaviotas trabajando los últimos restos de luz sobre el canal. El barco del capitán Duval estaba amarrado en el muelle este, una bergantina de dos palos con el casco oscuro y las velas recogidas, pequeña pero suficientemente sólida para el cruce.

Beaumont seguía vivo. Apenas, con la respiración entrecortada y los ojos abiertos solo a intervalos, pero vivo.

— ¿Lo logramos? —susurró cuando Isabella lo ayudaba a subir la pasarela, con el brazo de ella alrededor de su torso y el de Corbeau al otro lado.

—Casi. —Lo dijo con esa manera suya de dar la verdad sin toda su carga—. Solo necesitas sobrevivir dos días más de viaje.

—Lo intentaré. Por tu padre, Camaleón. Por lo que le hicieron.

El barco zarpó con la última luz.

Isabella estaba en la cubierta de proa cuando las luces del puerto comenzaron a alejarse, con el viento del canal tirando del cabello que había soltado de la trenza y el frío del mar de la Mancha completamente distinto al frío del Sena, más limpio y más directo. Francia se reducía detrás de ellos con esa lentitud de las cosas que se abandonan sabiendo que algo queda.

Maxwell se apoyó junto a ella en la barandilla.

— ¿Lo extrañarás?

—Fue mi hogar por muchos años. Más que eso, quizás. Parte de mí siempre estará en esas calles.

— ¿Y otra parte?

Isabella lo miró, con el viento entre los dos y el canal abriéndose oscuro hacia el norte.

—Otra parte quiere ver qué viene después. —Lo dijo con esa honestidad suya que no pedía permiso—. Londres. Justicia. Lo que sea que haya después de que esto termine.

—Futuro —dijo él.

—Todo eso.

Quedaron en silencio, con los hombros casi tocándose sobre la barandilla y Francia haciéndose más pequeña a cada minuto, hasta que las luces de Dieppe fueron solo puntos en la oscuridad y luego nada.

Al día siguiente, la voz de Corbeau llegó desde la cabina de Beaumont con una urgencia que ninguno de ellos quería escuchar.

El médico de a bordo salió con la expresión que Isabella ya conocía de memoria.

—Horas. No llegará a Portsmouth.

—Necesito que tome declaración final. Ahora. —Isabella ya empujaba la puerta de la cabina.

Beaumont la miró desde el catre con los ojos más lúcidos de lo que tenía derecho a estar, esa claridad específica que a veces llega al final como último regalo.

—Tengo algo más que decir. —Su voz era hilo, pero era voz—. Algo que no dije antes.

Maxwell entró detrás de Isabella.

— ¿Qué? —preguntó.

—La conspiración. —Beaumont cerró los ojos un segundo y los volvió a abrir—. No terminó con tu padre, Lord Blackwood.

Maxwell se quedó inmóvil.

— ¿Qué quieres decir?

—Tu padre no murió de infarto. —el hombre hizo una pausa que duró demasiado—. Fue asesinado. Por orden directa de Weatherby. Yo traduje esa orden también.

Capítulo 12

La cabina de Beaumont olía a opio y a mar y a la respiración específica de alguien que lleva días gastando aire prestado.

La lámpara de aceite se mecía con el movimiento del barco, proyectando sombras que iban y venían sobre las cuatro caras reunidas alrededor del catre. Corbeau estaba junto a la puerta. Alistair a un lado. Maxwell de pie al fondo, con los brazos cruzados y esa postura del hombre que se prepara para noticias que aún no sabe que no está preparado para recibir.

Isabella tenía la mano de François Beaumont entre las suyas.

—Descansa. —lo dijo en voz baja—. Ya dijiste lo necesario. Beaumont. Tenemos suficiente.

—No. —El anciano abrió los ojos con esa claridad que a veces llega al final como último regalo antes del silencio—. Hay más. Verdad que guardé... por miedo. Sobre la muerte del Barón Blackwood.

Maxwell se acercó al catre dos pasos.

—Mi padre. —La voz no le salió completamente igual que siempre —. Dijiste que fue asesinado.

—Sí. —Beaumont cerró los ojos un segundo—. Lo siento. Debí decirlo hace años. El miedo es cobarde consejero y yo fui cobarde demasiado tiempo.

— ¿Qué sabes?

—Lo sé porque estuve allí. En Londres. Mayo de 1808. En la casa del Barón Blackwood.

Maxwell se quedó inmóvil.

—Me dijeron que fue infarto. Solo, en su estudio, por la noche.

—Mentira. Weatherby estuvo con él esa noche. —Beaumont apretó la mano de Isabella sin darse cuenta—. Me llevó como traductor. Supuestamente para reunión sobre asuntos franceses pendientes. Pero cuando llegamos, tu padre tenía documentos sobre la mesa. Cartas falsificadas. No solo las de Rutherford. —miró a Alistair—. Había más. Tres nobles más.

Alistair exhaló despacio.

— ¿Todos ejecutados bajo cargos falsos?

—Todos. En tres años distintos. Weatherby fue metódico. —Beaumont tosió, llevó la mano a la boca, la apartó con sangre—. Tu padre confrontó a Weatherby con todos los documentos juntos. Dijo: *Esto es traición. Ejecutaste hombres inocentes.* Weatherby se puso frío. Ese frío suyo que es peor que la rabia. Dijo: *Entonces eliges: olvidas lo que viste, o te unes a ellos.*

Maxwell no habló. Isabella apretó su mano en silencio, sin palabras porque las palabras no eran lo que ese momento necesitaba.

— ¿Y mi padre? —dijo él, al final.

—Él dijo "*Prefiero morir honorable que vivir como cómplice de todos esos asesinatos"* Weatherby sonrió. Sacó una botella de vino del aparador, y le dijo" *Entonces brindemos por tu honor".* Y yo vi, desde donde estaba, cómo deslizaba algo en la copa de tu padre antes de servirla. Polvo blanco. Lo reconocí. Arsénico. Lo había visto antes, en las farmacias militares en París. Y Weatherby me miró y susurró, sin que tu padre pudiera oírlo: *Si hablas, esto es para ti también.*

El barco crujió con una ola. Nadie se movió.

—Tu padre bebió. Weatherby bebió de su propia copa, sin veneno, y conversaron una hora más como si nada hubiera ocurrido. Como si fuera reunión ordinaria. Cuando yo salí, tu padre todavía estaba vivo. Weatherby me dijo en el carruaje: *Mañana el Barón Blackwood sufrirá una terrible enfermedad. Morirá en tres días. El médico certificará muerte natural. Y tú olvidarás que estuviste esta noche en esa casa.*

—Tres días. —Maxwell lo repitió en voz tan baja que casi no fue audible.

—El arsénico en esa dosis actúa lento. Dolor abdominal, vómitos, convulsiones que parecen cólera o infarto según cómo avanza. Para cuando mueren, nadie sospecha nada distinto a lo que el médico certifica.

Beaumont metió la mano libre bajo la manta con un movimiento que le costó más de lo que debería costarle. Extrajo un sobre arrugado, doblado tantas veces que los pliegues eran grietas en el papel.

—Pero yo guardé evidencia. Tu padre me escribió el segundo día, cuando sabía que moriría. Escribió todo. Me rogó que lo guardara hasta que fuera seguro.

Maxwell tomó el sobre. Las manos no le temblaban. Era lo único que no le temblaba.

Isabella lo miró un segundo, luego miró el sobre.

— ¿Quieres que lo lea yo?

Él asintió, una vez, sin decir nada.

Isabella abrió el sobre con cuidado, como si la fragilidad del papel fuera intencional y debiera respetarse. Desplegó las hojas con esa lentitud de quien sabe que algunas cosas no pueden deshacerse una vez que empiezan.

Leyó en voz alta.

Dos de mayo de 1808. A quien corresponda. Escribo esto mientras agonizo. Edmund Weatherby me envenenó. Los síntomas son inconfundibles: dolor como fuego en mis entrañas, vómitos incesantes, manos temblando tanto que apenas puedo trazar estas líneas. Lo confronté sobre cartas falsificadas que usó para ejecutar al Duque de Rutherford y otros nobles inocentes. Me ofreció silencio o muerte. Elegí muerte con honor. Weatherby vertió arsénico en mi vino. El traductor François Beaumont fue testigo. Le ruego protección, es un hombre bueno atrapado en juego mortal.

Isabella hizo una pausa. Respiró.

Para mi hijo Maxwell: Cometí crímenes terribles. Participé en una conspiración contra Rutherford bajo órdenes de Weatherby, creyendo mentiras que él construyó durante años. Pero cuando vi la extensión de su traición, cuando entendí que cuatro hombres inocentes habían muerto por documentos que él mismo falsificó, intenté detenerlo. Por eso muero. Hijo mío, eres más honorable que yo. Me reportaste cuando descubriste mis crímenes. Esa es mi única redención: que te enseñé suficiente honor para que lo usaras contra mí cuando correspondía. Expón a Weatherby. Limpia el nombre Blackwood con verdad, no con silencio. Tu padre, Barón Edmund Blackwood.

El único sonido que quedó fue el del mar contra el casco.

Maxwell tenía los ojos cerrados. Isabella dobló las cartas con el mismo cuidado con que las había abierto y las depositó en su mano sin decir nada.

—Tengo más. —Beaumont señaló con un gesto mínimo hacia el interior de su abrigo, sobre la silla—. Registro del boticario Simmons en Cheapside. Weatherby compró arsénico dos días antes de visitar a tu padre. Era requerido por ley registrarlo. Y tengo carta del Dr. Morrison, el médico que certificó la muerte natural. Weatherby lo sobornó con quinientas libras. Morrison lo guardó todo por escrito, lo selló, me lo dio hace tres años cuando dijo que ya no podía dormir.

— ¿Por qué Morrison confesaría eso? —La pregunta de Maxwell fue automática, el agente funcionando aunque el hombre estuviera destrozado.

—Conciencia. Igual que yo. Llevan años sin dormir quienes guardan secretos de este tamaño. —Beaumont cerró los ojos durante un momento que parecía demasiado largo, luego los volvió a abrir—. Tu padre... estaba orgulloso de ti. Me lo dijo esa noche, antes de que Weatherby sirviera el vino. Dijo: *Mi hijo me reportó cuando supo la verdad. Tiene más honor que yo. Eso lo salva de mi pecado.*

Maxwell se giró hacia la pequeña ventana ovalada de la cabina.

—Perdóname. —Beaumont lo dijo con la voz de quien ha cargado esas dos palabras demasiados años—.Perdóname. Por guardar silencio tanto tiempo. Espero que valga algo el hecho de que al final no pude callar. Isabella apretó su mano una vez más.

—Encontraremos a Morrison. Al boticario. —Lo dijo con la firmeza de una promesa, no de un consuelo—. Weatherby pagará por todos ellos. Por su padre. Por el mío. Por cada uno.

Beaumont sonrió. Era una sonrisa pequeña y gastada, la de alguien que ha llegado adonde necesitaba llegar y ya puede soltar el peso.

—Entonces valió la pena vivir para ver este momento. —los ojos se le cerraron despacio—. Valió la pena.

No volvió a abrirlos.

Isabella cubrió el cuerpo con la sábana. Lo hizo despacio, con ese cuidado específico que se le da a los muertos que murieron en paz después de años sin tenerla.

Alistair puso una mano breve en el hombro de ella, luego miró a Corbeau, y los dos salieron sin que nadie necesitara pedírselos. La puerta de la cabina se cerró con suavidad.

Maxwell estaba en el suelo, con la espalda contra la pared de madera y las rodillas recogidas y las manos cubriéndole la cara. No era la postura del Alto Lord, ni del agente, o del aristócrata. Era la del hombre al que le habían quitado algo que no sabía que todavía tenía.

Isabella se sentó junto a él. Hombro con hombro, sin espacio entre los dos, sin decir nada.

Así estuvieron varios minutos.

—Lo maté. —salió desde detrás de las manos.

—No.

—Lo reporté. —bajó las manos. Los ojos le brillaban con la humedad específica de quien lleva años sin llorar y ya no puede sostenerlo—. Lo llamé traidor. Y murió.

—Weatherby lo mató. No tú. —Isabella lo dijo sin inflexiones suavizantes, porque él no necesitaba suavidad sino precisión—. Weatherby lo mató porque tu padre eligió enfrentarlo. Eso fue decisión de tu padre. No consecuencia de la tuya.

—Pero yo...

—Hiciste lo correcto. —lo interrumpió tomándole la mano—. Reportaste un crimen que existía independientemente de lo que tú hicieras. Eso es honor. No traición al revés.

— ¿Y de qué sirve mi honor? —la voz se le quebró en el tramo final—. Mi padre está muerto. El tuyo está muerto. Beaumont está muerto.

—Y Weatherby pagará. Por todos ellos.

Maxwell la miró con los ojos rojos y esa expresión específica de quien ha dejado caer todos los recursos disponibles y ya no queda nada construido.

— ¿Cómo vives con esto? —lo dijo con genuina perplejidad—. Con la muerte de tu padre, con todas las muertes que has visto. Con todo el peso que cargas.

Isabella no respondió de inmediato. Miró la sábana sobre Beaumont, el movimiento de la lámpara, el papel de la carta todavía en la mano de Maxwell.

—Algunos días no sé cómo. —lo dijo con honestidad que no pedía permiso—. Pero lo hago porque alguien debe. Porque la justicia importa más que el dolor, aunque el dolor sea real y sea legítimo y duela exactamente tanto como duele.

—Ahora mismo duele demasiado.

—Lo sé.

Un silencio breve, solo el mar.

—Cuando mi tía murió —Isabella empezó despacio, como si eligiera las palabras antes de soltarlas—, yo tenía quince años. La vi morir frente a mí y no supe cómo seguir. No supe para qué levantarme al día siguiente.

Maxwell la miró. Ella nunca había dicho esto en voz alta, no en ninguna de las conversaciones que habían tenido, no en ningún momento de los últimos días.

—Pero ella me dijo algo antes de morir. Dijo: *El dolor prueba que amaste. Y amar vale cada momento de dolor que produce.*

— ¿Lo crees?

—Ahora sí. No lo creía entonces. Pero ahora sí.

Maxwell dejó salir el aire que llevaba retenido.

—Amé a mi padre. —Lo dijo como si necesitara confirmarlo en voz alta—. A pesar de sus crímenes. A pesar de todo lo que hizo.

—Y él te amo. Beaumont lo dijo. —Isabella no apartó los ojos de los de él—. Dijo que tu padre estaba orgulloso de ti esa noche, antes del veneno. Que tener un hijo que lo reportó cuando supo la verdad era su única redención.

—No tuve oportunidad de decirle adiós.

—Entonces díselo ahora. —Lo dijo sin dramatismo, como sugerencia práctica—. Donde sea que esté. Dile lo que necesitas decir.

Maxwell la miró durante un momento. Luego cerró los ojos.

—Papá. —la voz le salió diferente, como la del hombre de veinte años que había reportado a su propio padre creyendo que era lo

correcto—. Lo siento. Siento haberte reportado sin saber la verdad completa. Siento no haber sabido lo que Weatherby te hizo antes. Siento no haberte dicho que te quería, a pesar de todo, aunque fallaste de maneras que no puedo defender.

Isabella lo rodeó con los brazos. Él apoyó la frente en su hombro y lloró sin ruido, con esa manera de los hombres que han aprendido a contener tanto que cuando finalmente sueltan no saben hacer sonido.

Ella lo sostuvo.

—Intentaré que tu sacrificio signifique algo —dijo Maxwell, con la cara todavía en su hombro—. Expondré a Weatherby. Limpiaré el nombre Blackwood. Lo prometo.

—Lo haremos —lo corrigió ella, en voz baja.

Esta vez él no la contradijo.

*****

Horas después, la cubierta del barco tenía ese frío limpio del Canal que no negocia con la ropa que uno lleva puesta.

Inglaterra era una línea oscura en el horizonte, todavía lejana pero ya real, con las primeras luces de los faros de la costa sur parpadeando sobre el agua negra. Maxwell estaba apoyado en la barandilla de popa cuando Isabella subió a cubierta, con el abrigo puesto y el cabello suelto que el viento reorganizaba sin permiso.

Se colocó junto a él. El mar olía distinto aquí que en el Sena, más salado, más abierto, sin el peso de la ciudad encima.

—Gracias. —Lo dijo sin preámbulo.

— ¿Por qué?

—Por estar ahí. Por no moverte cuando me derrumbé.

Isabella miró el horizonte.

—Todos nos derrumbamos. Es parte de ser humano, no evidencia de debilidad.

—Tú nunca lo haces. No en público, no frente a nadie.

—Me derrumbé cuando me dejaste. —Lo dijo con la calma de quien ha tenido cinco años para procesar una cosa hasta que deja de doler al nombrarla—. Solo que nadie me vio. Era buena escondiéndome incluso de mí misma.

Maxwell se giró hacia ella.

—Isabella...

—No. —Levantó una mano—. Déjame decir esto sin interrupciones, porque si paro a medio camino no terminaré.

Él cerró la boca.

—Cuando descubrí los informes, mi mundo se destruyó. No exagero. Pensé que todo lo que habíamos tenido había sido herramienta, que yo había sido herramienta, y eso fue peor que cualquier misión en cualquier bodega de París. Pero ahora entiendo más de lo que entendía entonces. Tu padre fue traidor bajo manipulación de Weatherby. Tú cargabas una culpa que no era completamente tuya. Y tomaste decisiones desde ese peso sin tener la información que nosotros tenemos ahora.

—Eso no excusa cómo te lastimé.

—No. Pero explica por qué. —Isabella se giró hacia él—. Y yo necesitaba la explicación para poder seguir adelante. No como disculpa. Como contexto.

Maxwell no respondió, lo cual era en él una forma de escuchar que ella había aprendido a reconocer.

—He estado construyendo muros durante cinco años. —lo dijo mirando el agua—. Muros buenos, sólidos, con cimientos profundos. Para que nadie volviera a llegar al lugar correcto con el ángulo correcto y romper algo que tardaba demasiado en sanar.

— ¿Y ahora?

—Ahora creo que estoy lista para derrumbarlos. —se giró hacia él —. Si tú estás dispuesto a ayudarme con el trabajo.

Maxwell la miró con esa expresión que tenía cuando algo lo golpeaba más adentro de lo que esperaba y no tenía respuesta preparada.

— ¿Qué estás diciendo exactamente?

—Estoy diciendo que quiero intentarlo. Nosotros. De verdad, sin misión encima, sin urgencia de por medio, sin la excusa de que todo es temporal porque el barco zarpa mañana. Quiero ver qué somos cuando no hay mercenarios ni bodegas ni canales de por medio.

— ¿Estás segura?

—Aterrada. —Lo dijo con la honestidad de quien ha decidido que el miedo es información, no instrucción—. Pero segura.

Él la besó despacio. Sin urgencia, sin la desesperación acumulada de los días anteriores. Solo real, con las manos en su cara y el viento entre los dos y el sabor a sal del mar en sus labios. Isabella

respondió con los brazos alrededor de su cuello, y el beso se profundizó sin perder esa ternura específica de las cosas que han dejado de tener prisa porque ya no van a ningún lado sin el otro.

Cuando se separaron, Maxwell tenía la frente contra la de ella y los pulgares en sus mejillas.

—Te amo. —Lo dijo con la sencillez de quien lleva tiempo diciéndolo internamente y finalmente encuentra que el exterior también puede sostenerlo—. Necesitaba que lo supieras.

Isabella le sostuvo la mirada.

—Cuando estés lista. —Él lo dijo antes de que ella pudiera responder—. No tienes que...

—Cállate. —lo dijo sin filo—. Estoy pensando.

Él se calló.

Ella lo miró durante un momento más, con esa expresión que era evaluación pero también algo más cálido debajo.

Luego bajaron a la cabina de Alistair, porque él los había llamado desde la escotilla con el tono específico de hombre que tiene algo que mostrar y prefiere no esperar.

Alistair tenía sobre la mesa de la pequeña cabina un conjunto de papeles que claramente no eran los documentos de evidencia oficial que habían transportado desde París.

—Los encontré en las pertenencias de Beaumont. —Los empujó hacia el centro de la mesa—. Correspondencia. Entre él y Maxwell.

Isabella los miró. Luego miró a Maxwell, que se había puesto completamente quieto junto a la puerta.

— ¿Qué son? —preguntó ella.

—Léelas. —Alistair no añadió nada más.

Isabella tomó el primer papel. Letra de Beaumont, fechado dos años atrás.

Lord Blackwood: Información sobre conspiraciones de 1798 disponible. ¿Interesado? — F.B.

La respuesta, con la letra reconocible de Maxwell.

Sí. Cualquier información sobre el Duque de Rutherford especialmente. — M.B.

Isabella pasó al siguiente sobre. Luego al siguiente. Las manos le empezaron a moverse más despacio sin que ella lo decidiera.

La carta crucial estaba hacia el fondo del conjunto, fechada veintitrés meses atrás.

Lord Blackwood: He localizado documentos que probarían inocencia del Duque de Rutherford. También tengo información sobre su hija, Isabella Holloway, quien trabaja como espía en París bajo nombre Camaleón. ¿Quiere que contacte con ella directamente? — F.B.

La respuesta de Maxwell ocupaba media página.

NO contacte directamente con Isabella Holloway. Ella no debe saber de mi involucramiento. Manténgala segura desde distancia. Si necesita recursos, yo proveeré. Si necesita protección, yo enviaré agentes. Pero ella NO DEBE SABER que provienen de mí. Ha sufrido

suficiente por culpa de mi familia. Que tenga la oportunidad de conseguir justicia para su padre sin mi sombra sobre ella. — M.B.

Isabella dejó el papel sobre la mesa.

No lo soltó. Lo dejó con cuidado, como si necesitara que sus manos encontraran otra cosa donde apoyarse.

Siguieron más cartas. Maxwell enviando dinero a Beaumont para que pudiera esconderse de los agentes de Weatherby en Lyon. Maxwell coordinando contactos seguros en Marsella cuando Beaumont tuvo que moverse. Instrucciones precisas a agentes no identificados para que vigilaran los movimientos del Camaleón en ciertas misiones de alto riesgo en 1814 y 1815, sin que el Camaleón supiera que la vigilancia existía.

Todo en secreto. Todo para protegerla. Todo sin firma visible para ella.

Isabella levantó los ojos hacia Maxwell, que seguía junto a la puerta con esa postura del hombre que ha sido encontrado en algo que no tenía intención de revelar.

— ¿Llevabas dos años ayudando a Beaumont?

—Sí.

— ¿Y enviando agentes a cubrirme en misiones?

—Sí.

— ¿Por qué no me lo dijiste? ¿por qué Beaumont no dijo que te conocía de antes?

Maxwell habló despacio.

—Porque yo se lo pedí. Y no te dije que estaba protegiéndote porque si lo sabías, te habrías sentido en deuda. O habrías creído que lo hacía para ganar tu perdón. O habrías rechazado la ayuda por principio, que es lo que hace el Camaleón cuando alguien intenta protegerla sin su consentimiento. Cualquiera de las tres opciones te ponía en más peligro que el secreto.

—Sacrificaste el crédito. La posibilidad de que yo supiera.

—No fue sacrificio.

— ¿Cómo lo llamas entonces?

—Amor. —Lo dijo con la sencillez de quien ya no tiene energía para disfrazarlo de otra cosa—. Tu padre merece justicia. Tú mereces paz. Eso era verdad independientemente de si yo formaba parte de tu vida o no.

Isabella procesó eso en silencio durante varios segundos.

—Aquella vez en Lyon. —Empezó despacio—. Cuando me persiguieron cuatro hombres y aparecieron arrestados al día siguiente sin que nadie supiera por qué.

—Mis agentes.

—La información sobre los movimientos de Weatherby que encontré en mi puerta en el invierno de 1815, sin remitente.

—Mía.

—Aquella noche en Calais cuando el carruaje de interceptación simplemente no llegó donde debía llegar.

—También.

Isabella lo miró.

Todo este tiempo, pensó. *Cinco años creyendo que trabajaba sola, que el Camaleón no tenía red de apoyo, que era su propia protección y su propio recurso. Y detrás, a distancia prudente, sin anunciarse, sin reclamar nada: él.*

Las lágrimas le llegaron sin aviso y sin la dramaturgia habitual del llanto. Simplemente estaban ahí, en los ojos, y luego en las mejillas.

— ¿Por qué? —lo dijo, aunque ya sabía la respuesta—. ¿Por qué hacerlo así, en secreto, sin reclamar nada a cambio?

—Porque amate significaba querer tu felicidad. —lo dijo con esa voz baja suya—. Incluso si su felicidad no me incluía. Incluso si ella nunca lo sabía. Incluso si pasaba el resto de mi vida siendo el hombre que la lastimó y punto.

Isabella cruzó la cabina.

Le tomó la cara entre las manos, con los pulgares en sus pómulos, mirándolo desde una distancia de centímetros.

—Idiota.

—Lo sé.

—Noble, estúpido, extraordinariamente complicado idiota.

—También lo sé.

—Te amo. —las palabras salieron sin construirse, sin el andamiaje habitual—. Aún. Todavía. Siempre lo hice, aunque me pasé cinco años convenciéndome de lo contrario.

El silencio que siguió tuvo la calidad de las cosas que se esperan tanto tiempo que cuando llegan el cuerpo tarda un segundo en procesar que son reales.

— ¿Qué? —Maxwell lo dijo en voz muy baja.

—Te amo. —Lo repitió con más firmeza—. Y no lo digo porque acabo de leer esas cartas. Lo digo porque es verdad desde antes de que existiera este barco, y estas cartas solo confirman algo que mi cuerpo ya sabía aunque mi cabeza se negara a admitirlo.

Él la besó con esa desesperación específica del alivio, con las manos en su espalda jalándola hacia él y la boca sobre la de ella con toda la gratitud y el amor y los cinco años de distancia colapsando en ese espacio.

Alistair se aclaró la garganta desde la esquina.

—Voy a revisar a Corbeau. —lo dijo con la dignidad intacta de un duque que ha tomado la decisión correcta en el momento correcto —. Que alguien me avise cuando sea apropiado regresar.

La puerta se cerró.

*****

La cama de la cabina era pequeña, del tipo que los barcos construyen para funcionalidad y no para comodidad, pero era suficiente.

Isabella lo besó ella, esta vez, con esa deliberación de quien ha tomado una decisión que no tiene segunda lectura. Maxwell respondió con las manos en su cintura, esa calidez suya que ella ya conocía de memoria pero que a cada vez le resultaba más extrañamente nueva.

— ¿Estás segura? —Lo dijo contra su boca.

—Completamente.

—Alistair está en la cabina de al lado.

—Entonces seremos silenciosos. O intentaremos serlo.

Maxwell obedeció como si fuera una oración. El corsé siguió al vestido, sus dedos expertos encontrando los nudos con una eficiencia que sugería práctica, y la camisola de lino que quedó debajo era tan fina que apenas ocultaba nada. La luz de la lámpara la atravesaba, pintando cada curva de su cuerpo en tonos dorados y sombras profundas.

Los pezones de Isabella se endurecieron con el roce de la tela, con el peso de la mirada de él fija en ellos, y cuando Maxwell bajó la cabeza para besarla a través del lino, un gemido escapó de sus labios antes de que pudiera contenerlo.

—Shh—, la reprendió él con una sonrisa contra su piel—. Silenciosos, ¿recuerdas?

—Entonces deja de hacer eso—, jadeó ella, pero sus dedos se aferraron a sus hombros y lo acercaron más, negándose a dejarlo apartar.

Él rió bajito, y el sonido vibró contra su pecho, enviando oleadas de placer directo a ese lugar entre sus muslos que ya estaba comenzando a humedecerse con anticipación. La camisola subió, primero hasta sus caderas, luego hasta su cintura, y luego estaba flotando sobre su cabeza, dejándola completamente desnuda bajo la mirada devota de él.

Maxwell se apartó solo lo suficiente para verla entera. Sus ojos recorrieron cada centímetro: los hombros donde el sol había dejado

un salpicado de pecas diminutas, los pechos redondos y firmes que se elevaban con cada respiración agitada, la curva de su cintura, el triángulo oscuro entre sus piernas donde la humedad ya comenzaba a brillar a la luz de la lámpara.

—Eres mía—, dijo, y no era una pregunta. Era una declaración. Un juramento.

—Y tú eres mío—, respondió ella, desabrochando los botones de su camisa con manos que temblaban por la urgencia contenida—. Completamente mío.

La camisa de Maxwell cayó al suelo, y luego los pantalones, y luego todo lo demás, hasta que él también estuvo desnudo frente a ella. Isabella lo miró con la misma devoción con que él la había mirado a ella: el pecho ancho cubierto de cicatrices que ella besó una por una la primera noche, los brazos musculosos que la habían sostenido sobre el acantilado cuando creyó que caería, el abdomen plano donde los músculos se tensaban bajo su mirada. Y más abajo, su miembro erecto, grueso y duro, la piel tan tersa que casi brillaba, la punta ya perlada con una gota de deseo.

Isabella lo tomó en su mano, sintiendo su peso, su calor, la forma en que latía contra su palma como un corazón independiente. Maxwell cerró los ojos y un gemido grave escapó de su garganta, profundo y apenas contenido.

—Vas a matarme—, murmuró.

—Todavía no—, respondió ella, y lo guió hacia la cama.

El lino de las sábanas era áspero contra la piel desnuda de Isabella, pero no le importó. Nada importaba excepto el peso de Maxwell sobre ella, el calor de su cuerpo cubriéndola como una manta viva, la forma en que sus piernas se abrieron para él como

una flor que finalmente encuentra el sol después de un largo invierno.

Él la besó de nuevo, más profundo ahora, su lengua encontrando la de ella en una danza que era a la vez lucha y rendición. Sus manos viajaron por su cuerpo como si estuviera memorizando cada curva, cada hoyuelo, cada pequeño lunar. Y cuando sus dedos finalmente alcanzaron el lugar entre sus muslos, Isabella arqueó la espalda y gimió contra su boca.

Estaba empapada, y era solo por él.

El calor la había estado consumiendo desde el momento en que él comenzó a desabrochar su vestido, y ahora la humedad cubría sus labios íntimos, resbalaba por sus muslos, empapaba las sábanas debajo de ella. Los dedos de Maxwell se deslizaron a través de esa humedad con una facilidad que la hizo estremecerse, y luego comenzaron a explorar con una paciencia exquisita.

—Dios, Isabella—, susurró él contra su cuello, sus dedos separando lentamente sus labios íntimos, abriéndola al aire fresco de la cabina—. Tan mojada. Tan caliente. Todo esto es para mí.

—Solo para ti—, jadeó ella, sus caderas moviéndose instintivamente contra su mano, buscando más, siempre más.

Uno de sus dedos entró en ella, luego dos, y el gemido que escapó de Isabella fue tan agudo que Maxwell tuvo que cubrirle la boca con su mano libre.

—Silencio, cariño—, le recordó, pero sus ojos estaban brillando con una mezcla de deseo y diversión que la hizo reír entrecortadamente.

Ella lamió su palma en respuesta, y el gemido que él emitió esta vez fue completamente suyo.

Sus dedos se movían dentro de ella con un ritmo lento y deliberado, encontrando ese lugar profundo que hacía que sus ojos se revolvieran y sus dedos se aferraran a sus hombros como si ella fuera a desmoronarse sin él. Su pulgar presionaba su clítoris en círculos pequeños y torturantes, y cada vez que ella se acercaba al borde, él se detenía, esperando hasta que su respiración se calmara un poco antes de comenzar de nuevo.

—Maxwell, por favor—, suplicó ella finalmente, su voz apenas un hilo roto—. No puedo más.

— ¿No puedes?—, preguntó él con fingida inocencia, pero sus dedos se retiraron y ella gimió por la pérdida—. Entonces dime lo que quieres.

—Tú—, respondió ella sin dudar—. Te quiero dentro de mí. Ahora.

Maxwell la miró un largo momento, y en sus ojos había algo más que deseo. Había asombro, como si no pudiera creer que esta mujer —esta criatura de fuego y voluntad que había sobrevivido a un monstruo y había emergido más fuerte— realmente lo estuviera mirando como si él fuera el único hombre en el mundo.

—Te amo—, dijo, y las palabras eran un susurro tan puro que casi dolía escucharlas—. Te he amado desde antes de saber tu nombre.

Y luego estuvo sobre ella, su cuerpo cubriendo el de ella, su miembro presionando contra su entrada con una presión que era casi insoportable en su perfección. Isabella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, sus talones presionando la parte baja de su espalda, y cuando él finalmente entró en ella, el mundo entero se redujo a ese momento.

El barco se balanceó suavemente, y con cada vaivén, él se hundía más profundamente en ella. Era lento, casi reverente, como si cada centímetro fuera un territorio sagrado que debía ser explorado y

venerado. El calor de él llenándola, la longitud de él alcanzando lugares que ella ni siquiera sabía que existían, la forma en que sus ojos se encontraron y se mantuvieron fijos mientras se movían juntos en un ritmo que era más antiguo que el lenguaje.

Isabella sintió que las lágrimas comenzaban a formarse en el borde de sus ojos, pero no eran de tristeza. Eran de una alegría tan abrumadora que su cuerpo no sabía cómo contenerla. Maxwell las besó antes de que cayeran, su boca suave contra sus párpados, sus pómulos, la comisura de sus labios.

—Tómame todo—, susurró él—. Todo lo que soy, todo lo que tengo. Es tuyo.

El ritmo comenzó a aumentar, sus caderas moviéndose más rápido, más profundo, y los sonidos que llenaban la cabina eran un concierto de piel contra piel, respiraciones entrecortadas, gemidos apenas contenidos. El crujido de la madera del barco se mezclaba con el crujido de la cama, y el olor del mar y del sudor y de ellos dos se entrelazaba en algo tan embriagador como el mejor vino francés.

El clímax de Isabella llegó como una ola, construyéndose lentamente desde la base de su columna hasta explotar en oleadas de luz detrás de sus ojos. Su cuerpo se arqueó contra el de él, sus paredes internas apretándose a su alrededor con una fuerza que lo hizo maldecir bajito, su nombre escapando de sus labios como una oración profana.

Maxwell la siguió un momento después, un último empuje profundo y luego su cuerpo tensándose sobre el de ella, su cabeza cayendo al hueco de su cuello mientras un gemido ronco y apenas contenido vibraba contra su piel. El calor de su semilla llenándola fue tan intenso que Isabella sintió otro pequeño clímax recorrerla, más suave que el primero pero igual de devastador.

Por un largo momento, no hubo nada más que sus respiraciones mezclándose, el latido de sus corazones encontrando el mismo ritmo, el balanceo del barco meciéndolos como a un solo ser. El sudor se enfriaba en sus pieles, y la lámpara de aceite comenzaba a parpadear, su combustible llegando a su fin.

Isabella acarició la espalda de Maxwell con dedos perezosos, trazando la columna vertebral, los omóplatos, las pequeñas cicatrices que contaban historias que él aún no estaba listo para compartir. Él gimió suavemente y giró la cabeza para besar su cuello, sus labios perezosos pero llenos de promesa.

—Te amo—, dijo él, y las palabras ya no eran un susurro sino una declaración, un juramento, un ancla.

Isabella lo besó, y el beso era profundo y lento y lleno de todo lo que las palabras aún no podían contener. Cuando finalmente se separaron, el barco crujió a su alrededor y la lámpara emitió un último destello antes de apagarse, sumiéndolos en una oscuridad que no era amenazante sino íntima, un manto de terciopelo que los envolvía a ellos dos solos.

Afuera, el mar seguía su curso eterno hacia el este. Y en esa pequeña cabina, en ese barco que los llevaba hacia un futuro incierto, dos personas que habían aprendido que el amor era la forma más peligrosa de valentía se aferraron el uno al otro y prometieron, sin más testigos que las estrellas y el oleaje, que nunca volverían a estar solos.

Después, Isabella estaba recostada contra su pecho con la respiración todavía un poco más lenta de lo habitual, escuchando el corazón de él bajo la oreja.

—Cuando lleguemos a Londres —dijo, contra su pecho—, quiero que todos lo sepan.

— ¿El qué?

—Que estamos juntos. Que te amo. Que el apellido Blackwood y el apellido Holloway no son enemistad hereditaria sino historia que ya terminó.

—Habrá escándalo.

—Que lo haya. —Lo dijo con la convicción de quien ha tomado una decisión que no tiene marcha atrás—. Pasé veinticinco años escondida. Como espía, como hermana olvidada, como mujer que aprendió a no necesitar nada porque era más seguro. Ya no más. Quiero vivir a la luz. Contigo, sin disculpas.

Maxwell la apretó más fuerte—Entonces lo haremos. Juntos. Sin escondernos.

Isabella cerró los ojos.

Esta es la diferencia, pensó, con esa claridad específica que llega cuando algo que ha estado roto por fin encuentra su forma correcta. *No es que el dolor haya desaparecido. Es que ya no pesa más que todo lo demás.*

El barco atracó al amanecer en el puerto Portsmouth con la primera luz, gris y fría y completamente inglesa, con el olor a carbón y lana mojada que era el olor de Londres llegando por delante de sí misma.

En el muelle, entre los trabajadores portuarios y los carros de carga, había un hombre con uniforme oficial que no tenía nada de casual en su postura.

Maxwell fue el primero en bajar la pasarela. El oficial lo reconoció antes de que pusiera el pie en tierra firme.

—Lord Blackwood. —Se adelantó dos pasos—. Está usted bajo arresto.

Maxwell se detuvo— ¿Bajo qué cargo?

—Traición contra la Corona. Por orden directa del Canciller Weatherby.

Isabella bajó la pasarela en ese momento y procesó la escena en menos de dos segundos. Se colocó entre Maxwell y el oficial antes de que ninguno de los dos terminara de reaccionar.

—No lo llevarás a ningún lugar.

El oficial la miró con la expresión del hombre que no esperaba ese obstáculo específico—Lady Holloway, le recomiendo no interferir en asunto oficial de la Corona o...

—O me arresta a mí también. —lo dijo con la voz del Camaleón, plana y sin margen—. Hágalo entonces.

Capítulo 13

La luz que llegaba desde el este era blanca y fría, la luz inglesa que no tiene la suavidad del amanecer parisino sino la dureza de algo que lleva mucho tiempo siendo lo que es. El muelle de Portsmouth olía a alquitrán y a carbón y a la humedad específica de los puertos que nunca terminan de secarse entre un barco y el siguiente.

El oficial tenía la espalda recta y las esposas en la mano y la expresión del hombre cumpliendo órdenes que no le corresponde cuestionar.

Isabella Holloway se interpuso entre él y Maxwell antes de que las esposas avanzaran un centímetro más.

—No hasta que expliques los cargos con precisión. —Lo dijo con la voz del Camaleón, sin inflexión ni drama, que era exactamente por eso más efectiva que cualquier grito.

—Traición. —El oficial no se movió, pero tampoco avanzó—. Colaboración con agente enemigo al servicio de Francia.

— ¿Qué agente?

—Camaleón. Espía francés.

Isabella tardó exactamente un segundo.

— ¿Espía francés? —la carcajada que soltó no tenía humor sino filo—. Soy espía británica, oficial. Y quien le dio esa información miente, o le mintieron a él, lo cual en cualquier caso deja sus órdenes en terreno muy frágil.

—No según el Canciller Weatherby.

—Weatherby. —Maxwell lo dijo con una calma que costaba más de lo que parecía—. Por supuesto.

Alistair bajó la pasarela en ese momento, con Corbeau dos pasos detrás cargando la valija con los documentos de Beaumont, y tomó la situación en menos de tres segundos. Se incorporó a su altura completa, que era considerable, y puso la voz del Duque de Rutherford, la voz que se construye durante generaciones de hombres acostumbrados a que las habitaciones se reorganicen cuando hablan.

—Oficial. Soy Alistair Holloway, Duque de Rutherford. Testifico aquí y ahora que Isabella Holloway es agente al servicio de la Corona británica con más de cinco años de servicio activo. Y que Lord Blackwood es hombre de honor cuyo único crimen fue descubrir una conspiración de dos décadas.

El oficial parpadeó.

—Excelencia, mis órdenes vienen directamente del Canciller...

—Y mi autoridad viene del Rey. ¿A quién obedecerás cuando esto llegue a las manos correctas?

El silencio que siguió tuvo la textura específica de los hombres evaluando cuál de dos riesgos es menor.

—No perderemos más tiempo aquí. —Isabella recogió la valija de las manos de Corbeau—. Nos llevará ante Weatherby. Ahora. O lo acuso personalmente de obstrucción de justicia en caso de conspiración de veinticinco años, y entonces elegirá entre ser testigo de cargo o cómplice por omisión.

El oficial abrió la boca.

—*Allons*. —Corbeau apareció a su lado con esa serenidad suya de hombre que ha visto situaciones peores—. Conozco el camino a Whitehall. Y el carruaje ya espera.

*****

Una hora después en Whitehall, las oficinas del Canciller a esa hora de la mañana tenían la quietud de los edificios de gobierno cuando el poder todavía no ha terminado de vestirse: pasillos de piedra sin el tráfico habitual de secretarios y funcionarios, las chimeneas apenas encendidas, el olor a cera de velas y documentos sellados que era el olor permanente del poder administrativo.

Edmund Weatherby estaba en su escritorio cuando entraron.

Era un hombre de sesenta años con los hombros de alguien que había llevado autoridad tanto tiempo que ya era postura permanente, con el cabello blanco bien peinado y las manos sobre el escritorio con esa calma de quien no esperaba esta visita pero tampoco va a mostrar que lo sorprendió.

—Lord Blackwood. —miró a Maxwell con la condescendencia del hombre que ya ganó—. Bajo arresto, según mis instrucciones más recientes. Y la infame Camaleón. Qué conveniente encontrarlos a ambos en la misma mañana.

—Canciller Weatherby. —Isabella colocó la valija sobre la silla frente a su escritorio—. Qué conveniente que ordenara arresto exactamente cuándo traemos evidencia suficiente para hundirlo ante el Consejo de Lores.

— ¿Evidencia? —Una sonrisa que no llegaba a los ojos—. ¿De qué, exactamente?

Alistair cerró la puerta.

—De su conspiración contra mi padre. Y contra tres nobles más. Y contra el Barón Blackwood. —se sentó sin que nadie lo invitara, con la naturalidad de quien sabe que la habitación le pertenece tanto como a cualquier otro—. Hemos traído documentos que un jurado encontraría considerablemente persuasivos.

Isabella abrió la valija con movimientos precisos y empezó a colocar los documentos sobre el escritorio de Weatherby, uno por uno, con la metodología de quien ha ordenado este argumento en su cabeza durante años. Desplegó los documentos de lado a lado con las cartas auténticas del archivo familiar Holloway.

—Primero; las cartas presentadas en el juicio de 1798 contra mi padre. —Señaló—. Observe la frase en la tercera línea. *Treasonous correspondence* traducido literalmente al francés con sintaxis inglesa. Ningún diplomático de París construiría esa frase de esa manera. La escribió un inglés fingiendo escribir en francés.

Weatherby no respondió, pero los dedos sobre el escritorio se tensaron un milímetro.

—Las cartas auténticas de mi padre, del mismo período, del mismo archivo donde Weatherby encontró las que falsificó. Letra fluida, inclinación consistente, presión uniforme. El Duque de Rutherford era diestro, educado en francés desde los ocho años, y nunca habría cometido ese error gramatical. —Isabella los puso uno al lado del otro sin apartar los ojos de Weatherby—. Las falsificadas; letra forzada, inclinación variable. El que las escribió era zurdo imitando a diestro. Los ángulos de presión son opuestos.

—Segundo; François Beaumont murió en el canal cruzando a Inglaterra. Pero su declaración jurada es perfectamente válida. Describe su presencia en cada transacción, los documentos que recibió, las fechas, las instrucciones. Con nombre, lugar y firma.

—Tercero; el sobre del Dr. Morrison.

Maxwell lo tomó. Lo abrió. Leyó en voz alta con la voz del hombre que ha decidido que la vergüenza de su apellido solo se limpia con verdad completa, no con silencio cómodo.

Confesión del Dr. Harold Morrison, médico. Quince de abril de 1820. Fui coaccionado por el Canciller Edmund Weatherby para certificar falsamente que el Barón Blackwood murió de infarto natural en mayo de 1808. La verdad: el Barón presentó síntomas inequívocos de envenenamiento por arsénico. Dolor abdominal severo. Vómitos violentos. Diarrea sanguinolenta. Convulsiones. Piel grisácea característica. Muerte en exactamente tres días desde el inicio. Weatherby me ofreció quinientas libras por el certificado falso y amenazó a mi familia si rehusaba. Adjunto copia del certificado verdadero que redacté en privado, documentando los síntomas reales. Firmo esto ante notario como testimonio verdadero, rogando perdón por mi cobardía. Dr. Harold Morrison.

Corbeau colocó sobre el escritorio el libro de ventas del boticario Simmons—Libro original de ventas. Cheapside. Mayo de 1808. Página cuarenta y siete. —Lo abrió en la entrada marcada—. Arsénico blanco. Dos onzas. Vendido a *E.W.* el dos de mayo. La misma firma que aparece en sus documentos oficiales de ese año. El mismo trazo, la misma presión, el mismo ángulo.

Weatherby se puso de pie.

—Estos son testimonios de hombres muertos o coaccionados. Registros que pudieron alterarse. Teorías convenientes construidas por personas con motivos evidentes para...

— ¿Alteramos el libro de ventas de un boticario de hace doce años? —Isabella no alzó la voz—. ¿Coaccionamos a un médico respetado para que confesara crimen que destruye su reputación?

¿Falsificamos el sello diplomático francés auténtico en la carta del embajador?

—Beaumont era viejo. Enfermo. Su mente...

—Beaumont estuvo lúcido hasta el final y el médico de la embarcación puede dar fe de ello, además de que también declaró en un documento firmado que el señor Beaumont estaba en perfecto uso de sus facultades mentales antes de morir—Maxwell dejó el sobre sobre el escritorio—. Y no estamos confiando únicamente en su memoria. Estamos presentando documentos contemporáneos firmados ante notario, registros de comercio verificables por ley, y confesiones de dos hombres que no tenían nada que ganar y todo que perder.

Weatherby los miró a los tres, luego a Corbeau junto a la puerta, y algo en su compostura empezó a calcular con la frialdad del hombre que todavía cree que hay movimiento posible en el tablero.

—Incluso si todo fuera exactamente como dicen. —lo dijo despacio—. Hablamos de eventos de doce, veinticinco años atrás. La mayoría de los involucrados están muertos. Los testigos son ancianos o cobardes que firmaron bajo presión. ¿A quién le importa realmente lo que ocurrió en 1798 o en 1808?

—A los hijos de los hombres que asesinó. —La voz de Isabella no tenía temperatura—. A las viudas. A los títulos despojados. A la justicia, que no tiene fecha de vencimiento.

—Justicia. —Weatherby repitió la palabra con esa amargura específica de quien la ha usado demasiadas veces como herramienta para tomarla en serio como principio—. ¿Sabe cuántas conspiraciones he desarticulado en veinte años? ¿Cuántos hombres peligrosos he neutralizado? Inglaterra necesita enemigos para mantenerse cohesionada, lady Holloway. Siempre los ha necesitado.

—Inglaterra necesita verdad. —Maxwell lo dijo sin ornamento.

—Inglaterra necesita poder. —Weatherby apoyó las manos sobre el escritorio—. Y yo proveí ese poder cuando otros no tenían ni la visión ni el estómago para hacerlo.

—Este caso irá ante el Consejo de Lores. Esta mañana. —Isabella recogió los documentos con la misma calma con que los había desplegado—. Donde Morrison y Simmons testificarán en persona, no en papel.

Weatherby se giró hacia ella.

—Si procedes con esto, mocosa, destruiré lo que queda de tu reputación. Una mujer que jugó a ser espía, que se mezcló con el enemigo en París, que tiene relación inapropiada con el hijo de un traidor confeso. —dejó que eso flotara—. La sociedad londinense no es misericordiosa con mujeres que olvidan su lugar.

Isabella lo miró durante un momento que se extendió lo suficiente para que él creyera que había encontrado el ángulo correcto.

—Di lo que quieras. —lo dijo con la tranquilidad de quien ha dejado de tenerle miedo a algo que antes la paralizaba—. Ya no me escondo. Soy Isabella Holloway. Espía al servicio de la Corona británica. Y me aseguraré de que pague por cada vida que arruinó, con o sin la aprobación de los salones de Mayfair.

—Nadie con poder real te creerá.

La puerta de la oficina se abrió.

Sebastian y Julian Holloway entraron con la puntualidad de hombres que han cronometrado su llegada.

—Es bueno que tengas razón en eso. —Sebastian cerró la puerta detrás de él—. Porque trajimos al boticario Simmons y al Dr. Morrison. Ambos vivos, ambos fuera de Londres durante las últimas semanas por precaución, y ambos completamente dispuestos a testificar ante el Consejo esta mañana.

Weatherby los miró. Luego a Isabella. Luego a Maxwell. El cálculo en su cara tardó exactamente tres segundos en llegar a su conclusión.

Y por primera vez en veinte años, Edmund Weatherby no encontró el siguiente movimiento.

*****

Los cuatro hermanos Holloway estaban juntos por primera vez sin misión encima, sin urgencia de fondo, sin el peso de una operación pendiente reorganizando cada conversación.

Sebastian fue el primero en moverse. Rodeó a Isabella con los brazos sin preámbulo ni pregunta, con esa manera de los hermanos mayores que no necesitan justificar el gesto.

—Alistair nos escribió desde el canal. —lo dijo contra su cabello—. Nos dijo todo. Que eres el Camaleón. Lo mucho que te arriesgaste para hacer justicia por nuestro padre.

Isabella se apoyó en él un segundo antes de apartarse.

—Se lo debía a papá.

—Sabía que eras espía, y siempre tuve miedo por ello. Pero jamàs me imaginé que eras el tan famoso Camaleón. —sonrió—hasta pensé que era un hombre. Sin embargo no debiste cargar con ese peso tu sola, y correr tanto peligro.

—Lo sé. —lo admitió sin defensas—. Estaba... acostumbrada a hacerlo todo sola. Era más sencillo que arriesgarme a que alguien más saliera herido.

—Ya no estás sola. —Alistair lo dijo desde atrás.

Los cuatro se abrazaron. No con drama sino con la sencillez de cuatro personas que se han querido toda la vida y acaban de recordarlo con más claridad que nunca.

Maxwell observaba desde el otro lado de la sala, con los pulgares en los bolsillos del abrigo, dándoles el espacio que era de ellos.

Isabella levantó los ojos hacia él. Extendió la mano.

—Ven.

—Esto es momento de familia.

—Y tú eres familia. O lo serás.

Sebastian y Julian lo miraron. La evaluación duró lo que duran esas cosas entre hermanos.

—Así que tú eres el hombre que rompió el corazón de nuestra hermana. —Sebastian lo dijo sin hostilidad pero sin suavizar nada.

—Y el que pasará el resto de su vida compensándolo. —Maxwell no apartó los ojos.

—Eso será mucho tiempo.

—Lo sé. Y lo haré con gusto.

Julian lo estudió un momento más.

—Si Isabella te perdona, nosotros también. Pero si vuelves a lastimarla, Lord Blackwood, los hermanos Holloway somos personas con habilidades variadas y muy poca paciencia.

—No habrá segunda vez. —Lo dijo con la simplicidad de las promesas que no necesitan adorno—. Lo juro ante cualquier testigo que quieran.

Alistair tomó el reloj del bolsillo.

—El Consejo es en cuarenta minutos. —lo cerró—. Será mejor que estemos listos.

*****

La sala del consejo tenía techo abovedado y bancas de roble oscuro dispuestas en semicírculo, con los escudos de armas de los pares del reino tallados sobre las vigas, y esa acústica específica de los espacios construidos para que ninguna palabra se pierda. Veinte nobles ocupaban sus sitios cuando Isabella entró, con Maxwell a su derecha y sus tres hermanos detrás.

El Lord Presidente del Consejo era un hombre de setenta años con peluca blanca y la expresión de alguien que lleva décadas escuchando argumentos y ya no se sorprende fácilmente.

Isabella se colocó ante el estrado sin que nadie se lo indicara.

Habló durante veinte minutos. Sin notas, sin vacilaciones, con la precisión de quien ha construido ese argumento durante cinco años y lo conoce hasta los bordes. Presentó cada documento, nombró cada fecha, explicó cada conexión. Cuando llegó al peritaje caligráfico, el experto que había aguardado en la antesala tomó el estrado y desplegó las cartas comparativas con la metodología fría de su oficio.

—Las cartas auténticas del Duque de Rutherford muestran diecisiete características consistentes de escritura. Las cartas presentadas como evidencia en 1798 reproducen correctamente solo nueve. Las ocho restantes revelan mano distinta intentando imitar. Un falsificador experto habría estudiado el original con más tiempo. Quien escribió estas tuvo dos días, como máximo.

Weatherby, sentado en la silla reservada al acusado, escuchó todo con la compostura del hombre que todavía cree en su posición, aunque esa posición se esté reduciendo a centímetros por minuto.

El Dr. Morrison testificó de pie, con la voz del hombre que lleva doce años sin dormir bien y ha decidido que la vergüenza pública es mejor precio que una conciencia que nunca descansa.

—Los síntomas que presencié en el Barón Blackwood eran inequívocos. He tratado tres casos de envenenamiento por arsénico en mi carrera. Los reconozco. Certifiqué muerte natural porque Weatherby amenazó a mi hija menor. No hay justificación suficiente para eso. Solo hay confesión y petición de que la verdad valga más tarde que nunca.

El boticario Simmons colocó su libro de ventas original sobre la mesa del Consejo con manos que no temblaban, lo cual era en sí mismo una forma de valentía.

—Esta es mi letra. Esta es mi firma. Esta es la fecha. Vendí arsénico a ese hombre en mayo de 1808. Lo registré porque la ley lo requería. Y guardé este libro durante doce años porque algo me decía que llegaría el día en que importaría.

Maxwell testificó al último.

Habló de pie, con la carta de su padre en la mano, leyendo en voz alta cada línea con esa voz suya que no buscaba compasión sino

claridad. Cuando terminó, colocó el papel sobre la mesa con cuidado.

—Mi padre cometió crímenes bajo manipulación de Weatherby. Lo admito ante este Consejo sin reservas. Pero intentó enmendarlo. Y lo asesinaron por eso. —miró al Lord Presidente—. Pido justicia para él. No exoneración, no olvido. Justicia, que es lo único que no se puede comprar ni falsificar cuando la evidencia es suficientemente sólida.

Weatherby se puso de pie.

—Testimonios de hombres cobardes que firman confesiones veinte años tarde. Registros que cualquier falsificador competente podría haber alterado. Una teoría elaborada construida por personas con motivación personal obvia para...

— ¿Coaccionar a un médico respetado para que destruya su propia reputación? —el Lord Presidente lo interrumpió con esa calma de los hombres que han dejado de hacer preguntas retóricas—. ¿Fabricar la firma de un boticario en su propio libro de ventas original? ¿Cuatro nobles distintos ejecutados en doce años con el mismo patrón de evidencia falsificada son coincidencia?

Weatherby no respondió.

—Edmund Weatherby. —el Lord Presidente juntó las manos sobre la mesa—. La evidencia presentada incluye testimonios presenciales firmados ante notario, documentos contemporáneos verificados por perito independiente, y confesiones de dos hombres que se someten voluntariamente a consecuencias legales por su participación. La suma es abrumadora.

Una Duquesa anciana de cabello completamente blanco y porte de quien ha sobrevivido tres reinados se puso de pie desde la banca lateral, donde había permanecido en silencio hasta ese momento.

—Lord Presidente. —su voz llenó la sala sin esfuerzo—. Deseo constar en acta que Isabella Holloway prestó servicio a la Corona durante cinco años en condiciones que ningún hombre en esta sala habría aceptado sin rango ni reconocimiento. Lo hizo por justicia para su padre y reivindicación del nombre de su tía, quien fue injustamente ejecutada por un delito que no cometió. Eso es más noble que la mitad de los títulos representados aquí esta mañana. Y en mi concepto, le debemos mucho a esta familia, pues ha sufrido por causa de su honor, y su excelente servicio a la corona.

El murmullo que recorrió las bancas tuvo dos tonos distintos: los que asentían y los que fruncían el ceño, y entre los dos quedó claro que la marea había empezado a moverse en una dirección.

—Queda arrestado por traición contra la Corona, conspiración, asesinato mediante envenenamiento, y falsificación de evidencia que llevó a ejecución de nobles inocentes. —El Lord Presidente asintió a los guardias para que actuaran enseguida— Permanecerá en la Torre de Londres hasta juicio formal.

Los guardias cruzaron la sala.

Weatherby se levantó de la silla con dignidad intacta, lo cual era en él la última forma de poder, y miró a Isabella directamente antes de que las manos de los guardias encontraran sus brazos.

—Esto no termina aquí. Tengo aliados que...

—Ya no. —Isabella lo dijo sin crueldad—. Los documentos que enviamos esta mañana a cuatro direcciones distintas se aseguran de eso.

Lo sacaron de la sala.

El Lord Presidente levantó la vista hacia Alistair.

—El Duque de Rutherford es declarado póstumamente inocente. Su nombre, título y propiedades son restaurados con efecto inmediato, y se levantaran las condiciones y exigencias para conservar el título, que habían sido impuestas a su heredero. Además reconocemos el servicio de Isabella Holloway a la Corona, a pesar de los métodos empleados, que este Consejo considerará en sesión separada.

Alistair abrazó a sus hermanos. Corbeau, desde el fondo de la sala, hizo ese gesto suyo de inclinar la cabeza con los ojos cerrados un segundo, el gesto de quien cumple algo que prometió en silencio mucho tiempo atrás.

La niña que no podía sostener la mirada de la autoridad acababa de testificar ante el Consejo de Lores sin que le temblara la voz. La mujer que había guardado su amor en un lugar sin ventilación durante cinco años acababa de decirlo en voz alta ante su familia. La espía que trabajaba sola tenía ahora hermanos, amor y futuro. Isabella Holloway se había convertido en quien siempre debió ser: completa.

Biblioteca de la casa Rutherford — Tarde

El fuego en la chimenea era lo único que se movía en la habitación cuando Maxwell encontró a Isabella.

Estaba sentada en el sillón frente al hogar con los zapatos quitados y los pies recogidos bajo ella, con la misma postura despreocupada que tenía cuando creía que nadie la miraba, que era la postura que a él más le gustaba porque era la única completamente sin construcción.

—Lo lograste. —Se apoyó en el marco de la puerta.

—Lo logramos. —No levantó los ojos del fuego—. Hay diferencia y me importa que la distingas.

Se acercó. Se arrodilló frente a ella, no sobre una rodilla sino sobre las dos, con los brazos apoyados en los reposabrazos del sillón, enmarcándola sin tocarla todavía.

— ¿Qué haces? —Isabella lo miró con esa expresión que era evaluación y algo más blando debajo.

—Algo que debí hacer hace años.

—Maxwell...

—Isabella Holloway. —lo dijo con la voz del hombre que no tiene ningún escudo disponible y ha decidido que está bien así—. Camaleón. Espía. Guerrera. La persona más extraordinaria y más exasperante y más grandiosa que he conocido en toda mi vida.

El estómago de ella se contrajo antes de que su mente terminara de procesar hacia dónde iba eso.

— ¿Te casarías conmigo? No porque lo exija la situación. No para callar escándalos. No porque te lo deba. Sino porque te amo con una especificidad y una constancia que no he sentido por nadie más, y quiero despertar contigo cada mañana del tiempo que me quede, y envejecer a tu lado, e irritarme contigo cuando tengamos razones para irritarnos y reconciliarnos después de maneras que no necesito especificar aquí.

Isabella abrió la boca.

—Dirán que es inapropiado. Holloway con Blackwood, después de todo lo que ocurrió con nuestros padres.

—Que digan. Pero tú no me has respondido.

Ella lo miró durante un momento que se extendió lo suficiente para que él sintiera cada segundo de manera individual.

—Sí. —ella sonrió —Claro que acepto ser tu esposa. Sin condiciones y sin miedo y sin reservas.

Maxwell la besó. Feliz, aliviado, con toda la carga de cinco años y tres semanas de misión imposible disolviéndose en ese punto de contacto entre los dos.

Media hora después, cuando ya le habían dicho a todos, recibieron felicitaciones y todos se habían ido, la casa quedó silenciosa y quieta alrededor de ellos. Maxwell cerró la puerta de la biblioteca con llave.

Isabella lo miró desde donde seguía en el sillón.

— ¿Aquí? —preguntó, y su voz era un susurro que la chimenea pareció acunar.

Maxwell se acercó con pasos que no hacían ruido en la alfombra persa, pero ella sintió cada uno de ellos vibrar en el centro de su pecho, en el punto exacto donde el corazón le latía con una urgencia que ya no tenía nada que ver con el miedo.

—No puedo esperar —dijo él, y la honestidad cruda de esas palabras —ese despojarse de toda estrategia, de toda contención— le humedeció los labios a Isabella antes de que él la tocara.

—Mi hermano está en la casa —recordó ella, pero ya se estaba levantando, ya sus pies descalzos encontraban el camino hacia él. *¿Cuándo se había quitado los zapatos?*

—Entonces seremos silenciosos —respondió Maxwell, y una sonrisa torcida, casi peligrosa, curvó la comisura de sus labios—. O

intentaremos serlo. Como en el barco.

El recuerdo de aquella cabina, del mar meciéndolos mientras ella mordía su hombro para no gritar, encendió una chispa directa entre los muslos de Isabella. Sintió el calor anticipado, la humedad que comenzaba a brotar, y supo que esta noche no iba a ser una noche de silencios sostenibles.

Él cerró la distancia en tres pasos. No eran pasos dudosos midiendo cada gesto; eran los pasos de un hombre que ha dejado de calcular la distancia entre lo que quiere y lo que hace. Le tomó la cara entre las manos con una firmeza que no era violencia sino ancla, los pulgares descansando en sus pómulos como si fueran a grabarse en el hueso. La miró desde esa distancia de centímetros donde las pupilas se dilatan y la respiración se encuentra y el mundo se reduce a dos personas que respiran el mismo aire caliente.

Fue Isabella quien lo besó primero. No un beso de presentación ni de cortesía. Un beso de hambre verdadera, de esos que nacen en el vientre y suben por la columna como un relámpago lento. Su lengua encontró la de él con una urgencia que no pedía permiso porque el permiso ya había sido concedido hacía años, en otro tiempo, en otro cuerpo que ella creía haber perdido. El sabor de Maxwell, brandy, humo de tabaco, y algo más profundo que era solo él, la golpeó como una ola, y supo que lo había extrañado en cada célula, en cada latido, en cada noche de los cinco años que habían sobrevivido por separado.

Maxwell gimió contra su boca. Un sonido grave, ronco, que vibró desde su pecho hasta los pezones de ella, endureciéndolos bajo el lino de la camisola. Sus manos bajaron a su cintura, aferrándose a las caderas con una posesión que ya no necesitaba justificarse, y la jaló contra él con la fuerza de quien ha esperado demasiado y se niega a esperar un segundo más.

Ella sintió entonces su erección a través de las telas: la dureza larga y gruesa presionando contra su vientre bajo, contra ese lugar donde el deseo se concentraba en un pulso húmedo y caliente. El contacto la hizo jadear, y su jadeo se perdió en la boca de él.

—Te necesito —murmuró Maxwell contra sus labios, y había una vulnerabilidad en esas palabras que Isabella nunca había escuchado en ningún otro hombre—. No solo esto. Todo. Te necesito entera.

Ella separó la boca apenas lo necesario para responder:

—Me tienes. Siempre me has tenido y lo sabes.

Maxwell llevó las manos a la espalda de ella, encontrando la hilera de botones diminutos que cerraban el vestido azul. No los desabrochó con la prisa del amante desesperado, sino con la deliberación del hombre que sabe que el cuerpo de ella es un libro que merece ser leído página por página, y que tiene toda la noche para hacerlo.

El primer botón cedió. Sus labios encontraron el lóbulo de su oreja. El segundo botón. Sus dientes mordisquearon suavemente el arco de su mandíbula. El tercero. Besó el hueco caliente detrás de su oreja, donde el perfume de lavanda se concentraba y se mezclaba con el olor específico de su piel.

Para cuando el quinto botón se abrió, el vestido comenzó a deslizarse por sus hombros, y Maxwell bajó la cabeza para presionar los labios contra la clavícula desnuda que emergía. Isabella dejó escapar un sonido pequeño, un gemido apenas contenido, y sus dedos se enredaron en el cabello oscuro de él, tirando suavemente, guiándolo, pidiéndole más sin palabras.

El vestido cayó al suelo de la biblioteca como un charco de medianoche, y el corsé de satén color marfil quedó expuesto a la luz del fuego. Maxwell lo desabrochó con dedos que temblaban apenas,

el único indicio de que su control no era tan férreo como aparentaba, y cuando el encaje cayó, la camisola de lino fino fue la única barrera entre la mirada de él y la desnudez total de ella.

La luz del hogar la atravesaba como si la tela no existiera. Isabella vio cómo los ojos de Maxwell se oscurecían, cómo su pecho subía y bajaba con una respiración que se había vuelto audible, cómo su mirada recorría la silueta de sus pechos redondos, los pezones erectos marcando la tela como pequeños promontorios de deseo.

—Eres hermosa y sé que siempre te lo digo, pero jamás me cansaré de decírtelo —habló contra su cuello, y no era un halago ensayado sino la constatación de un hecho tan incuestionable como la gravedad. Las manos de él viajaron por sus costados, subiendo lentamente desde la cintura hasta las costillas, y el calor de sus palmas a través del lino era una promesa de lo que vendría. Isabella sintió la humedad entre sus muslos intensificarse, empapando la tela de sus enaguas, y supo que cuando él la tocara allí, encontraría un desastre dulce y caliente.

—Tú también eres hermoso —respondió ella, desabrochando el abrigo de él con dedos que habían aprendido esta coreografía en otra vida y la recordaban como si el tiempo no hubiera pasado—. Cada cicatriz. Cada hueso. Cada parte de ti que creías que nadie querría.

El abrigo cayó. Luego el chaleco. Luego la camisa blanca, y cuando sus dedos encontraron su pecho desnudo, Isabella sintió bajo las yemas la geografía de su supervivencia: las cicatrices viejas de duelos que él nunca le había contado, las nuevas de la misión que lo había alejado de ella durante cinco años. Las besó una por una, con los labios abiertos, con la lengua trazando cada línea como si pudiera borrar el dolor con la devoción.

Cuando ella levantó la vista, sus ojos verdes encontraron los grises de él, y en el intercambio hubo un acuerdo más profundo que

cualquier contrato matrimonial.

—Te amo —dijo ella, con los ojos abiertos, mirándolo—. Quiero que lo sepas ahora. Antes. Durante. Después.

Maxwell la besó como respuesta, y la besó como si fuera la última vez que sus labios encontrarían los de ella, y luego la llevó hacia el sofá de terciopelo que esperaba frente al fuego.

La recostó casi con reverencia. Sus manos guiaron su espalda hasta el tapizado rojo, y cuando el terciopelo frío tocó su piel a través de la camisola, Isabella se estremeció, no por el frío, sino por la intimidad de estar allí, desnuda bajo la mirada de él, en la biblioteca.

Maxwell se arrodilló entre sus piernas abiertas, y el espectáculo era casi obsceno en su belleza: el cabello oscuro de él despeinado, los hombros anchos iluminados por las llamas, las manos enormes descansando en sus muslos mientras sus ojos recorrían el cuerpo de ella con un hambre que no pretendía disimular.

— ¿Sabes lo que quiero hacerte? —preguntó, y su voz era grave, casi peligrosa.

—Dímelo —susurró ella.

En lugar de responder, bajó la cabeza y presionó los labios contra la camisola, justo donde el pico de su pecho derecho se marcaba contra la tela. La humedad de su boca filtrándose a través del lino hizo que Isabella arqueara la espalda y un gemido —corto, agudo— escapara antes de que pudiera contenerlo.

—Shh —la reprendió él con una sonrisa que era pura malicia—. Silenciosos, ¿recuerdas?

—Entonces deja de hacer eso —jadeó ella, pero sus manos lo aferraron por el cabello y lo mantuvieron en su sitio, negándose a

dejarlo ir.

Maxwell rió bajito, y la vibración contra su pecho fue casi insoportable. Luego, con una lentitud deliberada, deslizó la camisola hacia arriba, descubriendo primero su vientre, luego el arco de sus costillas, luego la base de sus pechos. Cuando la tela pasó sobre sus pezones, el roce hizo que Isabella mordiera su labio inferior con tanta fuerza que casi dibujó sangre.

La camisola voló hacia algún rincón de la biblioteca, y ella quedó completamente desnuda bajo él.

Maxwell se apartó apenas lo suficiente para verla entera. El fuego pintaba su piel en tonos dorados y sombras profundas: los pechos redondos que se elevaban con cada respiración agitada, el triángulo oscuro entre sus muslos donde la humedad ya brillaba, las piernas largas que se abrían para él como una flor que finalmente encuentra el sol.

—Eres mía —dijo, y no era posesión en el sentido de propiedad, sino en el sentido de pertenencia, de hogar, de lugar al que se vuelve después de la tormenta.

Isabella no respondió con palabras. En lugar de eso, desabrochó los pantalones de él con manos que ya no temblaban por la urgencia sino por la certeza, y cuando su miembro erecto quedó libre, largo, grueso, la piel tan tersa que casi brillaba, la punta perlada con una gota de deseo, ella lo tomó en su mano y lo guió hacia ella.

Pero Maxwell negó con la cabeza.

—No tan rápido —murmuró, y bajó por su cuerpo con los labios, besando su estómago, el hueso de su cadera, la parte superior de sus muslos—. Quiero saborearte primero.

Isabella dejó caer la cabeza hacia atrás contra el terciopelo y cerró los ojos cuando la boca de él encontró el lugar más íntimo de ella. Sus labios abiertos, su lengua plana recorriendo desde la entrada de su sexo hasta el pequeño botón de placer en la cima, y el gemido que ella emitió fue tan agudo que tuvo que morderse el puño para no despertar a toda la casa.

Maxwell separó sus labios íntimos con los dedos, abriéndola suavemente, exponiendo cada pliegue rosado y brillante a la calidez de su aliento. La humedad de ella era generosa, cálida, y cuando él la lamió desde la base hasta el clítoris, Isabella sintió que el mundo se deshacía en bordes borrosos.

—Estás empapada —dijo él contra su sexo, y la vibración de su voz fue una caricia extra—. Todo esto es para mí.

—Para ti —jadeó ella—. Siempre para ti.

Él la devoró entonces con una devoción que no tenía nada de suave. Su lengua entraba y salía de ella, saboreando, explorando, mientras su pulgar presionaba su clítoris en círculos lentos y su otro dedo se deslizaba dentro de ella, encontrando ese lugar profundo que hacía que sus caderas se levantaran del sofá. Los dedos de ella se enredaron en su cabello, tirando, guiándolo, y cuando él introdujo un segundo dedo junto con el primero, estirándola suavemente desde dentro mientras su lengua seguía trabajando el exterior, Isabella sintió el orgasmo construir como una ola gigante.

Llegó con el nombre de él en los labios — *Maxwell* — apenas susurrado, pero el sonido era tan cargado de pasión que pareció llenar toda la biblioteca. Su cuerpo se arqueó, sus muslos se cerraron alrededor de su cabeza, y sus paredes internas se apretaron alrededor de sus dedos con una fuerza que lo hizo maldecir suavemente contra su piel.

Cuando el temblor pasó y ella volvió a la tierra, Maxwell subió por su cuerpo con la lentitud de quien tiene toda la eternidad por delante. Su pecho contra el de ella, su miembro erecto presionando contra la entrada húmeda y caliente de su sexo, la punta apenas rozando sus labios íntimos en una caricia que era casi insoportable en su perfección.

Se detuvieron allí. Unidos solo por esa presión inicial, por la promesa de lo que estaba a punto de suceder.

Maxwell la miró a los ojos, y en los grises de él había algo más que deseo: había asombro, vulnerabilidad, el miedo de un hombre que ha perdido demasiado y no puede creer que finalmente haya ganado algo.

—Eres mía —dijo, y su voz tembló apenas.

—Y tú eres mío —respondió ella, enredando sus piernas alrededor de sus caderas—. Para siempre.

—Para siempre —confirmó él, y se hundió en ella.

El sonido que escapó de Isabella fue un gemido bajo y profundo, completamente despojado de artificio. Sintió cada centímetro de él entrando en ella: la anchura de la punta, la longitud completa llenándola de una manera que rozaba lo insoportable, y luego el calor de él descansando dentro de ella como si siempre hubiera pertenecido allí.

Maxwell se quedó inmóvil un momento, con la frente apoyada contra la de ella, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. Su miembro palpitaba dentro de ella, y cada latido enviaba ondas de placer a través de su pelvis, subiendo por su columna, deshaciendo cualquier pensamiento que no fuera él.

—Mírame —pidió Isabella, y él obedeció.

Cuando abrió los ojos, ella vio lágrimas en ellos. No lágrimas de tristeza, sino de una alegría tan abrumadora que su cuerpo no sabía cómo contenerla.

—Nunca dejé de amarte —dijo ella, mientras él comenzaba a moverse dentro de ella con un ritmo lento y profundo—. Ni un solo día de estos cinco años. Ni una sola noche.

Maxwell la besó mientras la embestía, su lengua encontrando la de ella en una danza que seguía el compás de sus caderas. El sofá crujía bajo ellos, el fuego crepitaba a un lado, y el olor de su sudor mezclándose, de su deseo haciéndose carne, llenaba la biblioteca de algo primitivo y sagrado a la vez.

Los pechos de Isabella se movían con cada embestida, y él bajó la cabeza para tomar un pezón entre sus labios, succionando con una intensidad que la hizo jadear. El otro pecho quedó aplastado contra su pecho, y la fricción de su piel velluda contra sus pezones erectos era una tortura dulce que la acercaba otra vez al borde.

—Te amo —dijo Maxwell contra su piel, entre beso y beso—. Te amo. Dios, te amo.

—Te amo —respondió ella, y las lágrimas le llegaron sin aviso, rodando por sus sienes hasta perderse en su cabello—. Te amo. No me sueltes nunca.

—Nunca.

El ritmo se aceleró. Sus caderas se movían con una cadencia que ya no era controlada sino instintiva, profunda, primaria. La cama de la biblioteca, ese sofá que había visto tantas conversaciones inocentes, se convertía en el altar de una unión que ningún clérigo podría santificar mejor.

Cuando llegaron, fue juntos.

Isabella sintió el orgasmo romper desde el centro de su ser hacia afuera, sus paredes internas apretándose alrededor de él con una fuerza que la dejó sin aliento. Maxwell la siguió un segundo después, un último empuje profundo y luego su cuerpo tensándose sobre el de ella, un gemido grave y apenas contenido escapando de sus labios mientras su semilla caliente llenaba cada rincón de ella.

Los dos olvidaron completamente la promesa de ser silenciosos. El grito ahogado de Isabella y el gruñido ronco de Maxwell resonaron en la biblioteca como una declaración de guerra contra la discreción, y ninguno de los dos lo lamentó lo más mínimo.

Maxwell colapsó sobre ella con el cuidado de quien gestiona su peso incluso en el abandono más completo, y permanecieron así mientras los dos recuperaban la respiración, con la frente de él en su cuello y las manos de ella dibujando círculos lentos en su espalda.

El fuego había disminuido a brasas anaranjadas. La biblioteca olía a ellos: a sexo, a sudor, a promesas cumplidas.

—Eso fue... —empezó Isabella, su voz ronca por los gemidos y susurros.

—Perfecto —completó él.

—Iba a decir extraordinario, pero sí. También perfecto.

Maxwell levantó la cabeza para mirarla, y en sus ojos grises había una paz que Isabella nunca había visto allí. La paz del hombre que ha dejado de correr, que ha encontrado su puerto, que ya no necesita demostrar nada porque finalmente tiene todo.

—Mencioné que te amo —dijo él, con una sonrisa tan rara y tan hermosa que el corazón de ella dio un vuelco.

—Lo mencionaste. Repetidamente —respondió ella, y su voz era una sonrisa aunque él no pudiera verla en la penumbra—. Fue notable.

Él besó la punta de su nariz.

—Lo haré cada día por el resto de mi vida. Puedes ir preparándote.

Isabella se rió bajito, y el sonido vibró entre los dos, mezclándose con el crepitar de las brasas. Afuera, Londres seguía su curso indiferente, pero dentro de esa biblioteca, dentro de ese sofá, dentro de ese momento que habían construido ladrillo a ladrillo durante cinco años de ausencia, el mundo había dejado de importar.

Eran solo ellos. Y eso era suficiente. Eso era todo.

— ¿Cuándo nos casamos?

—Mañana.

—Dale tiempo a Eloise de planear algo.

—Un mes.

—Un mes. —lo consideró—. Perfecto.

— ¿Dónde viviremos?

—No lo sé todavía. ¿Londres? ¿París en temporadas? Corbeau siempre dijo que su apartamento en el Marais tenía un cuarto de más.

—Prefiero no compartir apartamento con Corbeau, por mucho afecto que le tenga.

Isabella se rio. No el gesto pequeño y contenido de los días anteriores sino una risa real, con el cuerpo involucrado, y Maxwell se incorporó solo para poder verla porque era la cosa más extraordinaria que había visto en meses.

— ¿Y mi trabajo? —lo dijo cuándo recuperó la compostura—. Como espía, como agente, como Camaleón.

—Lo que quieras. —Sin hesitación—. Podemos ser equipo. Lord y Lady Blackwood con credenciales de inteligencia y reputación escandalosa. La sociedad se horrorizaría. Auqnue ahora que tu identidad ha quedado al descubierto, debemos ser más cuidadosos.

—Sabes bien que soy la maestra del disfraz.

—Bien, entonces está decidido.

Isabella se envolvió en la manta que habían encontrado sobre el respaldo del sofá—. Le dio un beso—decidido.

De repente sintieron tres golpes en la puerta. Pausados, deliberados, con ese ritmo de alguien que ha esperado tiempo prudencial y ha llegado a sus propias conclusiones sobre lo que encontrará al otro lado.

— ¿Están... presentables? —la voz de Alistair tenía esa dignidad ducal que sobrevivía incluso a las situaciones que la probaban.

Isabella y Maxwell se miraron. Se miraron un segundo más. Y los dos se rieron al mismo tiempo, con esa carcajada de los amantes a quienes les importa muy poco que los hayan descubierto porque ya no tienen nada que esconder.

—Dame un minuto. —Isabella buscó su camisola entre los cojines del sofá.

—Bien. Porque Eloise quiere empezar a planear la boda. Ha mencionado flores tres veces en cuatro minutos. No aceptará que le digan que no.

Isabella se detuvo con la camisola en la mano.

—Dile que sí. —Lo dijo con una voz que tenía exactamente la calidad de alguien que acaba de elegir el futuro sin reservas—. Dile que empezamos cuando quiera.

Maxwell le tomó la mano mientras ella terminaba de vestirse, y la apretó una vez, y ella le devolvió el apretón, y en ese gesto mínimo estaba todo lo que no necesitaban decir porque ya lo habían dicho de todas las maneras posibles.

— Nuestra vida juntos oficialmente comienza —dijo él, en voz baja, solo para ella.

Isabella lo miró. Y sonrió. Completamente, sin contener nada.

— Ya era hora —respondió.

Capítulo 14

Rutherford Hall

La luz de noviembre entraba oblicua por las ventanas del salón principal de Rutherford Hall, esa luz inglesa de otoño que no calienta pero tampoco abandona del todo, y el lugar tenía por primera vez en mucho tiempo el ruido específico de una casa llena de personas que se quieren.

No era un ruido grande. Era el ruido de las conversaciones que se superponen sin que nadie pierda el hilo de la suya, de las risas que llegan desde distintas partes de la habitación, de los criados moviéndose entre los grupos con bandejas de té y pastas que desaparecían con la velocidad de las reuniones donde nadie ha tenido tiempo de comer bien en días.

Isabella Blackwood estaba de pie junto a la chimenea cuando Eloise Holloway cruzó el salón directamente hacia ella con esa determinación de mujer embarazada que ha decidido algo y no va a dejar que la distancia social se lo impida.

El abrazo fue sin preámbulo.

Isabella lo recibió con la sorpresa breve de quien todavía no termina de acostumbrarse a que la gente se acerque, y luego lo devolvió con los brazos alrededor de los hombros de su cuñada, cuidadosa con el vientre de siete meses entre las dos.

—Finalmente. —Eloise lo dijo contra su cabello con una satisfacción que llevaba tiempo acumulada—. Pensé que necesitaría vivir otros veinte años para verlo.

— ¿Ver qué?

—Que confesaras tus sentimientos. —se apartó lo suficiente para mirarla con esa expresión suya de quien sabe más de lo que dice y lo disfruta—. Los que llevas guardando desde que eras prácticamente una adolescente.

—Tú sabías.

No era pregunta.

—Por favor. —Eloise inclinó la cabeza hacia Maxwell, al otro lado del salón—. La manera en que te miraba en el juicio. Cada vez que creía que nadie lo observaba. Era la mirada del hombre que ya tomó una decisión pero todavía no sabe cómo vivir con ella.

Isabella miró hacia allá. Maxwell estaba hablando con Sebastian y tenía esa postura suya de cuando escuchaba con atención real, y en algún punto de la conversación levantó los ojos hacia ella como si hubiera sentido el peso de la mirada, y el gesto breve que intercambiaron no necesitó traducción.

Eloise tomó su mano—. Isabella, hay algo que quiero pedirte.

Algo en su tono cambió, más suave, más deliberado.

—Alistair y yo queremos que seas la madrina del bebé. Y yo estoy segura de que será una niña.

Isabella abrió la boca. La cerró.

— ¿De verdad?

—Eres la mujer más valiente que conozco. —Eloise lo dijo con esa calma de quien ha pensado esto mucho tiempo antes de decirlo—. No de manera abstracta. De manera específica y demostrable: estuviste por tu cuenta buscando justicia para tu padre, te infiltraste en redes de espionaje de dos países, y ayer testificaste ante el

Consejo de Lores sin que te temblara la voz. Quiero que mi hija crezca conociéndote. Que sepa que ese tipo de fortaleza existe y tiene nombre y apellido.

Isabella no respondió de inmediato. Los dedos de Eloise alrededor de los suyos eran cálidos, y esa presión pequeña era suficiente para que algo se reordenara en su interior sin hacer ruido.

—Será un honor. —Lo dijo con la voz de quien lo dice en serio—. El mayor que me han hecho.

Anabelle Holloway encontró el momento cuando los grupos se reorganizaron y hubo un espacio de quietud relativa junto a la ventana del jardín.

Era la más joven de las cuñadas de Isabella, la que llegó con Sebastian dos años atrás con esa manera suya de observar antes de hablar que a Isabella le había resultado familiar desde el principio, porque era también la suya.

—Sebastian me contó. —lo dijo sin rodeo—. Todo. Lo que hiciste en París. En el canal. En el Consejo.

— ¿Y? —Isabella sabía que su cuñada le pediría algo.

—Y me gustaría que me enseñaras. —Anabelle lo sostuvo sin bajar la mirada—. A defenderme. Movimientos básicos, lo que consideres apropiado para empezar. Después de todo lo que vivimos el año pasado, entendí que depender únicamente de que otros me protejan no es aceptable para mí.

Isabella la estudió un momento.

— ¿Estás segura? No es entrenamiento cómodo al principio.

—Estoy completamente segura. Llevo meses pensándolo.

—Será un honor enseñarte. —Isabella lo dijo con la misma frase que le había dicho a Eloise, y en ambos casos era igual de verdad. —Empezaremos en unos días.

Anabelle asintió con esa seriedad suya que no necesitaba añadir más palabras.

Beatrice Holloway, la más nuecva en la familia, esperó con la paciencia de quien tiene agenda propia y sabe que el momento correcto llega si uno no lo precipita. Llegó cuando Isabella tomó su taza de té y se alejó del grupo principal por tres minutos exactos, que era el tiempo que Beatrice había calculado que necesitaba para plantear su caso sin interrupciones.

— ¿Qué fecha? —Fue directo al punto.

Maxwell, que se había acercado sin que nadie lo invitara, respondió antes de que Isabella pudiera:

—Un mes.

Beatrice parpadeó.

—Un mes es imposible para organizar boda apropiada para la hermana del Duque de Rutherford y el...

—Beatrice. —Isabella la miró con esa paciencia específica—. Un mes. Quiero casarme con Maxwell, no organizar el evento social de la temporada.

—Son cosas que pueden coexistir, querida.

—En este caso no coexistirán. —Isabella bebió su té—. Un mes, boda en la capilla de Rutherford Hall, familia y aliados cercanos únicamente.

Beatrice procesó eso con la expresión de la artista evaluando restricciones de presupuesto.

— ¿Me encargarme del vestido?

—Eso sí acepto. Sin condiciones.

El alivio en la cara de Beatrice fue genuino y medido a partes iguales.

—Necesito tres citas de medidas esta semana.

—Las tendrás.

—Y acceso completo a tus preferencias de tela.

—También.

—Bien. —Beatrice sacó una libreta pequeña del bolso, que nadie se sorprendió de que llevara encima—. Entonces empezamos mañana.

El brindis lo inició Alistair cuando la tarde había avanzado lo suficiente como para que el té cediera lugar al oporto y las conversaciones se volvieran más densas y menos formales.

Los cuatro hermanos Holloway y Maxwell formaban el círculo central del salón, con las copas levantadas y ese peso específico de los momentos que no se repiten.

—Por Isabella. —Alistair lo dijo mirándola—. Quien nos salvó a todos. Cuyo honor es mayor que cualquier título que este apellido pueda otorgar.

—Por la espía más letal de Inglaterra. —Sebastian lo añadió con esa sequedad suya que era en él la forma más alta del afecto.

—Por nuestra hermana. —Julian, más suave—. Quien es más valiente que cualquiera de nosotros, aunque tenga la consideración de no decírnoslo directamente.

Maxwell levantó la copa en último lugar.

—Por la mujer que amo. Quien me salvó de una vida que se estaba convirtiendo en obligación sin propósito. Quien me devolvió la razón para hacer lo correcto cuando era más fácil no hacerlo. Por Isabella.

Isabella los miró, uno por uno.

—Por la familia. En la que nace y la que se elige. Por todo esto que no sabía que podía tener.

Las copas se encontraron en el centro.

Corbeau llegó cuando el oporto iba por su segunda ronda, con el abrigo todavía puesto y esa expresión suya de hombre que ha resuelto lo que tenía que resolver y ahora puede estar en una habitación sin la mitad de su atención en otra parte.

Maxwell le extendió una copa antes de que cruzara el umbral.

—Weatherby está en la Torre. —Corbeau bebió antes de continuar —. Juicio formal en dos semanas. Sus abogados pedirán demora, el Consejo no se la dará. Los testimonios son demasiado sólidos.

— ¿Algo más de los colaboradores? —Isabella lo preguntó desde su sillón.

—Nombres. Tres arrestados ayer, dos huyeron antes de que llegaran las órdenes. Uno posiblemente en Edimburgo, el otro se cree que cruzó a Francia.

Corbeau puso la copa en la mesa con ese cuidado de quien está manejando la respuesta antes de darla.

—Algunas de sus conexiones…o mejor dicho compinches, fueron encontrados muertos en Calais. Weatherby eliminó cabos sueltos en las últimas horas antes del arresto. Quiere deshacerse de todo el que sepa demasiado.

El silencio que siguió no fue sorpresa sino confirmación de algo que ninguno había dicho en voz alta pero todos habían calculado como posible.

—Era predecible. —Isabella lo dijo sin crueldad—. Weatherby siempre operó así.

—*Oui.* —Corbeau tomó la copa de nuevo—. Algunos hombres solo saben un idioma.

Maxwell lo miró.

— ¿Qué harás ahora?

—Regreso a París. —Tengo asuntos pendientes en la red que construimos con Beaumont. Hay que reorganizar los contactos, asegurarse de que los que estaban comprometidos con Weatherby no sigan en posiciones donde puedan hacer daño.

— ¿Solo eso?

Corbeau consideró a Maxwell durante un momento.

—Hay algo más. Durante años cargué culpa por la muerte de una mujer. Una agente que estuvo bajo mi mando. Murió en misión que yo debí haber liderado personalmente y no lo hice por razones que en aquel momento me parecieron suficientes.

Isabella no dijo nada. Sabía que este no era el momento de intervenir.

—Verlos a ustedes dos. —Corbeau movió ligeramente la copa—. La manera en que lucharon por su amor, que no se rindieron aunque todo estaba en contra, que construyeron el caso, que se eligieron el uno al otro con evidencia suficiente para no hacerlo. Me mostró algo que no había querido ver.

— ¿Qué? —Maxwell lo preguntó con la voz baja de quien ya intuye la respuesta pero sabe que no le corresponde anticiparla.

—Que aferrarse a culpa no honra a los muertos. Vivir bien sí. Hacer el trabajo bien sí. Pero cargar el peso como penitencia permanente no le devuelve nada a nadie que ya no está.

—No fue tu culpa. —Isabella lo dijo con esa precisión suya que no consolaba sino afirmaba—. Yo lo sé. Tú lo sabes.

—Lo sé ahora con más claridad que antes. —Corbeau dejó la copa —. Eso es suficiente para empezar.

Maxwell extendió la mano. Corbeau la tomó, y el apretón entre los dos duró lo que duran las cosas que tienen peso real detrás.

—Siempre tendrás lugar en mi equipo. Sin condiciones, sin preguntas previas.

—*Et vous*. —Corbeau miró a Isabella también—. Siempre tendrán un aliado en París. En el Marais o donde sea que el trabajo los lleve.

Abrazó a Isabella con esa brevedad de los hombres que no acostumbran el gesto pero lo eligen cuando importa. Ella lo devolvió sin sorpresa.

Luego cruzó el salón hacia la puerta con esa manera suya de moverse que no anunciaba las entradas ni las salidas, y en el umbral se giró una vez.

—*Bonne chance.* —lo dijo a los dos, con una media sonrisa que era en él, la versión completa de la alegría—. Aunque no la necesitan.

La puerta se cerró.

*****

Cementerio de la parroquia de Rutherford

Fue sola, como había querido.

La tumba del Duque de Rutherford estaba en el ángulo norte del cementerio parroquial, bajo un olmo que en verano daría sombra suficiente para dos personas sentadas y que en noviembre tenía las ramas desnudas contra el cielo gris de la tarde. La lápida nueva tenía la piedra más clara que las que la rodeaban, con las letras todavía sin el desgaste del tiempo.

Henry Holloway, Duque de Rutherford. Patriota. Padre. Inocente. Justicia restaurada. 1751-1798.

Isabella se quedó de pie frente a ella durante un momento antes de hablar, con el abrigo de lana recogido contra el frío y las manos unidas delante, en una postura que no era de rezo sino de conversación.

—Hola, papá. —Sé que no me recuerdas. Tenía pocos años de vida cuando te fuiste. Probablemente ni sabías bien cómo se veía mi cara.

El viento movió las ramas del olmo. En algún punto del camino, un carro pasó sobre el empedrado con ese ruido específico del campo inglés al atardecer.

—Pero yo te recordé. Cada día. No la persona, porque la persona es demasiado poco para recordar a esa edad. Recordé la injusticia. La manera en que dijeron tu nombre como sinónimo de traición durante veinticinco años, y nadie en ese tiempo tuvo suficiente honor para cuestionar si era verdad.

Isabella metió la mano en el bolsillo del abrigo. No había daga ahí, que era en sí mismo un cambio pequeño y significativo.

—La encontré. La justicia. Weatherby pagará. Tu nombre está limpio. Alistair tiene el título sin esa sombra encima. Tus hijos están juntos, que creo es algo que habrías querido.

Miró las letras de la lápida.

—Voy a casarme. Con el hijo del hombre que te traicionó. Sé que suena irónico. Probablemente es irónico. Pero Maxwell no es su padre, igual que yo no soy solo tu hija. Somos nuestras propias personas con nuestras propias decisiones, y la suya fue sacrificar su reputación para construir el caso contigo. Eso me parece suficiente argumento.

El pulso le latía con calma en la garganta, no con urgencia sino con esa constancia de las emociones que ya no pelean por salir sino que simplemente están.

—Espero que estés orgulloso. De Alistair, que mantuvo la familia unida cuando tú no podías. De Sebastian, que fue a la guerra y

volvió siendo mejor persona de lo que fue. De Julian, que expuso corrupción cuando nadie se lo pedía. Y de mí. De tu pequeña Isabella, que creció siendo guerrera cuando nadie le enseñó cómo, y que encontró el camino de regreso a casa aunque tardara veinticinco años en hacerlo.

Los pasos sobre la hierba llegaron desde atrás con esa discreción de quien anuncia su presencia sin interrumpir.

Maxwell se detuvo a dos metros, con las manos en los bolsillos del abrigo y la expresión del hombre que ha calculado la distancia correcta y la está respetando.

— ¿Estás bien?

—Sí. —Isabella no se giró de inmediato—. Solo terminando una conversación pendiente.

—Tómate el tiempo que necesites.

Lo dijo y lo cumplió, que era en él la cosa más constante.

Isabella miró la lápida una vez más. Luego se giró hacia Maxwell.

—Empecé esto porque necesitaba probar algo. Que era digna del apellido. Que merecía ser Holloway aunque me hubieran separado de ellos siendo apenas una niña. Que mi existencia tenía propósito suficiente.

— ¿Y ahora?

—Ahora sé que siempre fui digna. Ya no necesito probarlo. Puedo solo vivir. Con la familia que tengo, con el amor que tengo, con el trabajo que elijo hacer porque quiero hacerlo y no porque necesite demostrar nada.

Maxwell cruzó hacia ella. La rodeó con los brazos desde atrás, con la barbilla en su cabello y las manos en sus antebrazos, y ella apoyó el peso en él con esa naturalidad de los cuerpos que ya saben dónde encajan.

—Entonces vivamos. —lo dijo contra su cabello—. Sin pendientes. Sin deudas. Sin nada que probar.

Isabella cerró los ojos durante un segundo.

—Sí. —sonrió —Empecemos ya.

Una semana después

El salón de baile de Rutherford Hall tenía cupo para doscientas personas y estaba ocupado con ciento ochenta, que era el número que Alistair había considerado apropiado para lo que en los círculos correctos se describía como reunión íntima de la temporada y que en los círculos incorrectos se describía como el evento más comentado del mes.

Isabella entró del brazo de Maxwell con el vestido azul oscuro de Beatrice, que había resultado ser exactamente tan bueno como su hacedora había prometido, y con la cabeza completamente levantada.

La reacción fue inmediata, variada, y exactamente lo que cualquier persona con experiencia en salones londinenses habría anticipado.

Desde la derecha, Lady Willow, con el abanico en movimiento acelerado, se inclinó hacia Lord Graham con esa discreción de quien no intenta ser discreta:

—Holloway con Blackwood. Después de todo lo que su padre hizo. El escándalo no termina.

Lord Graham respondió con la condescendencia del hombre que tiene opinión sobre todo y considera que compartirla es servicio público:

—Y ella. Espía, dicen. Una mujer espía. Sin hablar de que es de sangre noble. El concepto en sí mismo es una contradicción en términos decentes.

Desde la izquierda, la Duquesa de Wessex los observó entrar desde su sillón junto a la ventana, donde llevaba media hora evaluando la temperatura social de la sala con la eficiencia de setenta años de práctica.

Lord Somerset, a su lado, dijo en voz baja:

—Exponiendo a Weatherby fue servicio directo a la Corona. Cuatro familias nobles rehabilitadas. El Consejo así lo reconoció.

—El Consejo tiene memoria selectiva. —La Duquesa bebió su champán—. Pero en este caso acertó.

Isabella cruzó el salón hacia el centro sin desviar la trayectoria, con esa manera suya de moverse que no buscaba aprobación ni confrontación sino que simplemente ocupaba el espacio que le correspondía.

Lady Harrington la interceptó a mitad de camino con la sonrisa de quien tiene pregunta lista desde hace tiempo.

—Señorita Holloway. Señorita, todavía, por un par de semanas más, según me dicen. —¿Es cierto lo que se comenta? ¿Que usted... mató hombres? En el ejercicio de sus supuestas funciones.

Isabella la miró con la calma específica de quien ha tenido esta conversación en su cabeza suficientes veces como para ya no necesitar prepararla.

—Diecisiete. —lo dijo con la misma entonación que usaría para cualquier hecho verificable—. Todos representaban amenaza directa a personas inocentes o a operaciones de la Corona. Ninguno fue innecesario.

Lady Harrington abrió el abanico con un chasquido.

— ¡Qué... impropio!

—Más impropio resulta conspirar contra hombres inocentes, falsificar evidencia, y asesinar mediante veneno a quien intentaba confesar la verdad. —Isabella inclinó levemente la cabeza—. Como hizo Weatherby durante veinticinco años. En comparación, diecisiete me parece moderado.

Lady Harrington no encontró la réplica antes de que Isabella ya hubiera continuado su camino.

La Duquesa de Wessex se puso de pie. No hizo el gesto grande. No levantó la voz. Simplemente se puso de pie desde su sillón junto a la ventana con la autoridad específica de los setenta años y los tres reinados sobrevividos, y esperó a que las personas correctas la notaran, que no tardaron porque la Duquesa de Wessex de pie en un salón era señal que nadie con experiencia ignoraba.

—Lady Willow. —Lo dijo con esa precisión de los títulos bien pronunciados—. Lord Graham. Entiendo que tienen reservas sobre la presencia de la señorita Holloway esta noche.

Ninguno de los dos respondió, que era respuesta suficiente.

—Esa mujer pasó cinco años infiltrada en redes de espionaje europeas al servicio de la Corona británica. Sin reconocimiento, sin salario oficial, sin protección institucional de ningún tipo. En ese tiempo, construyó el caso que rehabilitó cuatro títulos nobles, entre ellos el de su padre y hermano; Rutherford, pero sé que hay más

familias involucradas. —dejó esa información flotar—. Me pregunto si tienen noción de que sus propias familias están entre las que ella rehabilitó.

El silencio que siguió tuvo la calidad específica de las personas recalculando en tiempo real.

—Si tienen problema con la señorita Holloway, lo tienen conmigo también. —la Duquesa recogió su copa—. Y pueden decidir si ese es el problema que quieren tener esta noche.

Lord Graham decidió que tenía un interés repentino en el cuadro junto a la ventana del fondo.

Lady Willow encontró algo urgente en su abanico.

Un conde anciano de cabello completamente blanco que había estado observando desde la banca junto a la puerta se puso de pie con la parsimonia de sus ochenta años y cruzó hacia Isabella con esa dignidad de quien no tiene nada que demostrar y todo que confirmar.

—Señorita Holloway. —le tomó la mano con el gesto formal de la generación anterior—. La conocí cuando tenía dos años. Visité a su padre en Rutherford Hall el verano antes de su muerte. Usted llegó al salón en camisón de dormir porque su institutriz no pudo persuadirla de quedarse en la cama.

Isabella lo miró.

—No recuerdo eso.

—Su padre la cargó y la presentó a todos como si fuera lo más natural del mundo. —Una sonrisa que llevaba tiempo guardada—. Dijo: esta es mi pequeña Isabella, que no tiene miedo de nada. Siempre pensé que tenía razón. Ahora veo que no me equivoqué.

Isabella no respondió de inmediato. Pero la presión de los dedos de él sobre su mano fue suficiente para que algo en su interior encontrara un lugar donde asentarse definitivamente.

La casa se fue aquietando después de la medianoche con esa lentitud específica de las noches de celebración donde nadie quiere ser el primero en irse pero todos terminan yéndose.

Isabella estaba sentada en el banco del tocador con los guantes quitados y la mitad de los alfileres del cabello fuera cuando los golpes en la puerta llegaron con ese ritmo que ya reconocía.

—No deberías estar aquí. —Lo dijo antes de abrir—. Todavía no estamos casados.

— ¿Te importa?

—Para nada.

Maxwell entró con la levita en la mano y la corbata aflojada y esa manera suya de los momentos privados de dejar caer la postura del aristócrata sin que nadie se lo pidiera.

— ¿Cómo estás?

—Bien. —Isabella terminó de sacar los alfileres del cabello, que cayó sobre sus hombros con el alivio específico del cabello liberado después de horas de arquitectura—. Bien de verdad, no bien como respuesta social.

Maxwell se sentó en el borde de la cama, a distancia respetuosa de todo excepto de la conversación.

—Lo de la Duquesa de Wessex fue notable.

—Lo de Lord Mortimer también. —Isabella lo miró por el espejo—. No esperaba eso.

— ¿Por qué no?

—Porque la gente de su generación no suele reconocer en voz alta que estuvieron equivocados sobre algo. El costo social es demasiado alto.

—Quizás a los ochenta años el cálculo cambia.

—Quizás. —Isabella se giró en el banco—. ¿Te arrepientes?

— ¿De qué específicamente?

—De todo. De estar conmigo. Del escándalo que representa. De las conversaciones que tendrás que sostener durante años con personas que tienen opinión firme sobre los Holloway y los Blackwood.

Maxwell la miró con esa expresión suya de cuando consideraba una pregunta en serio antes de responderla.

—Nunca. —Sin pausa adicional—. ¿Tú?

—Ni un segundo. —Lo dijo con la misma firmeza—. Aunque esta noche hubo un momento en que consideré si la daga era apropiada para eventos sociales.

— ¿Cuándo?

—Cuando Lady Harrington abrió la boca.

— ¿Y decidiste qué no?

—Decidí que las palabras eran más eficientes. —Isabella sonrió—. Aunque menos satisfactorias.

Maxwell se rio, esa risa suya que guardaba para los momentos donde no había nadie más mirando.

Se levantó y cruzó hacia ella, le tomó las manos, la puso de pie con esa gentileza que nunca perdía, y la besó despacio, sin urgencia, con esa calma de los besos que no tienen nada que probar porque todo ya está establecido.

—Tres semanas. —lo dijo contra su boca.

—Demasiado tiempo.

— ¿Quieres adelantar la fecha?

—Beatrice y Eloise, me matarían. —Isabella apoyó la frente en su hombro—. Y genuinamente están disfrutando esto. Sería cruel quitarles dos semanas.

—Beatrice es más resiliente de lo que parece.

—Beatrice es exactamente tan resiliente como parece. Pero el vestido merece el tiempo completo.

Maxwell le pasó las manos por el cabello suelto con esa atención pausada que tenía en los momentos que no requerían eficiencia.

— ¿Recuerdas el café en París? —lo dijo en voz baja—. La costurera con el chal raído y los dedos manchados de tinta de sastre.

—Mi transformación favorita de todas. El chal había pertenecido a la dueña real del apartamento y olía a lavanda vieja.

—La primera vez que usaste ese disfraz, hace años, cuando entraste al café aquella tarde —supe en diez segundos que no eras lo que parecías. —Maxwell le levantó la barbilla—. No por la postura ni por los ojos, que habrían delatado a cualquier otro. Sino porque cuando el camarero dejó caer una bandeja en el fondo de la sala, todos los demás saltaron y tú no.

—Los espías no saltan con ruidos inesperados. Es entrenamiento básico.

—Eso lo sé ahora. En ese momento solo supe que eras extraordinaria.

—Y sin embargo tardaste dos semanas en decirme tu nombre real.

—Precaución operativa.

—Autoprotección. —Isabella lo dijo sin crueldad—. Igual que yo. Los dos tardamos demasiado en dejar de protegernos el uno del otro.

—Ya no.

—Ya no.

Se besaron de nuevo, con más tiempo esta vez, con las manos de ella en su cara y las de él en su cintura, y el fuego en la chimenea bajó un grado sin que ninguno lo notara.

Cuando se separaron, la habitación tenía esa quietud específica de los espacios después de algo importante.

— ¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —Isabella lo dijo con los ojos en los de él.

—Dime.

—Ya no estoy sola. —Lo dijo con la sencillez de las cosas que no necesitan elaboración—. Tengo hermanos que discuten conmigo sobre estrategia en la sobremesa. Cuñadas que planean bodas y enseñan combate y diseñan vestidos. Un esposo en tres semanas que sabe exactamente cómo suena mi nombre cuando me llama por él.

— ¿Cómo suena?

—Como si fuera la única persona en la habitación. Siempre.

Maxwell no respondió con palabras. La besó en la frente, despacio, con esa ternura que era en él el lenguaje de las cosas más importantes.

—Siempre tuviste hogar. —Lo dijo contra su cabello—. Solo necesitabas encontrar el camino de regreso.

—Y lo encontré. Contigo.

Se recostaron juntos en la cama, vestidos, con el abrigo de él todavía sobre la silla y los zapatos de ella en el suelo y ninguno con el menor interés en moverse. Isabella con la cabeza en su hombro y la mano en su pecho, él con el brazo rodeándola y los ojos en el techo, con el fuego reduciendo a brasas y la casa completamente en silencio alrededor.

—Te amo.

—Te amo también—dijo Isabella como lo más natural.

Se quedaron dormidos antes de que el fuego terminara de apagarse, con la paz específica de las personas que no tienen nada pendiente y lo saben, y afuera Rutherford Hall se asentaba en la

noche de noviembre con esa solidez de las casas que han vuelto a estar llenas después de mucho tiempo vacías.

Las tres semanas siguientes se instalaron con una velocidad que Isabella no había anticipado. Beatrice apareció tres mañanas seguidas con telas bajo el brazo y la libreta de medidas y esa concentración de artesana que convertía cada cita en trabajo serio. El vestido tomó forma rápidamente con la ayuda de su cuñada y de la mejor modista de los alrededores.

Eloise organizó flores con una determinación que dejó al jardinero de Rutherford Hall con la expresión del hombre que ha encontrado su superior.

Sebastian y Julian pasaron una tarde entera en la biblioteca con Alistair discutiendo la lista de invitados con el rigor que otros hombres reservaban para estrategia militar, que era en los Holloway la misma cosa.

Anabelle e Isabella empezaron las primeras sesiones de entrenamiento en el jardín trasero, con movimientos básicos que Anabelle aprendió con esa concentración suya de quien toma las cosas en serio desde el primer intento.

Maxwell arregló la casa en Grosvenor Street con una atención al detalle que su secretario encontró inusual y que él no se molestó en explicar, porque la explicación era simplemente que era para Isabella y eso era suficiente argumento para cualquier nivel de esfuerzo.

Los días pasaron uno después del otro con esa calidad nueva de los tiempos que tienen algo bueno esperando al final, y cada uno fue su propia versión pequeña de lo que estaba por comenzar.

Capítulo 15

Tres semanas habían pasado desde el Consejo de Lores con la velocidad específica de los días que están llenos de cosas que importan. El juicio formal de Weatherby había avanzado con la inevitabilidad de una sentencia que ya todos conocían antes de pronunciarse. La restauración del título Rutherford había ocupado dos días de documentos y un tercero de celebración discreta. Y Eloise Holloway había demostrado, con una eficiencia que dejó a todos los presentes moderadamente aterrados, que tres semanas eran tiempo suficiente para organizar una boda si uno tenía recursos, determinación, y la disposición de no dormir más de cuatro horas por noche.

El resultado estaba distribuido por toda Rutherford Hall: flores blancas y plata en cada corredor, capilla de la propiedad con velas suficientes para iluminar un teatro, y un salón de recepción que había sido transformado con esa clase de elegancia que parece sencilla precisamente porque costó muchísimo trabajo conseguirla.

La habitación de Isabella, en cambio, tenía el caos específico de tres mujeres preparando a una cuarta que coopera solo hasta cierto punto.

El vestido estaba sobre la cama cuando Isabella terminó de bañarse: marfil con detalles bordados en hilo de plata en el dobladillo y las mangas cortas al codo, corte imperio alto bajo el pecho con caída limpia hasta el suelo, sin los volantes exagerados que Eloise había propuesto en el segundo boceto y que Isabella había rechazado con un solo levantamiento de ceja.

—Beatrice hizo trabajo extraordinario junto a la modista. —Anabelle pasó los dedos por el bordado del dobladillo con esa apreciación de quien valora la artesanía—. El hilo de plata en este ángulo captura la luz perfectamente.

—Es el vestido más hermoso que he visto en mi vida. —Eloise lo dijo con la convicción de alguien que había tenido opinión firme sobre cada detalle del proceso—. Y el corte le permitirá moverse, que era la única exigencia de Isabella que yo no entendía del todo pero respeté.

—Lo entenderás si alguna vez necesitas correr en vestido de noche. —Isabella salió del vestidor con la camisola ya puesta.

—Las damas no corren.

—Esta sí.

Beatrice le ajustó el corsé con manos expertas, firme pero sin exceso, y los lazos quedaron perfectos en menos tiempo del que Isabella habría tardado sola.

—Respira. —le dijo en voz baja.

—Estoy respirando.

—No estás respirando. Estás aguantando el aliento desde que entramos.

Isabella exhaló.

—Mejor. —Beatrice apretó el último lazo.

Pusieron el vestido entre las tres, con Eloise encargándose del dobladillo y Anabelle de los botones del costado y Beatrice sosteniendo el tejido alejado del suelo hasta que todo quedó en su lugar. Isabella se miró en el espejo de cuerpo completo junto a la ventana.

El reflejo era una mujer que reconocía y que, en algún punto entre París y Portsmouth y tres semanas de juicios y preparativos,

había dejado de sorprenderle.

Eloise le arregló los últimos mechones del cabello, recogido con horquillas de plata pero con algunos rizos sueltos enmarcando la cara, y luego se detuvo con la expresión de quien ha notado algo.

—Isabella.

— ¿Qué?

—Hay algo en tu muslo que no debería estar en tu muslo en el día de tu boda.

Isabella bajó los ojos hacia el punto donde la correa de cuero asomaba apenas bajo el dobladillo de la enagua.

— ¿De verdad? —Eloise repitió la palabra con el tono de quien necesita confirmación de que esto es real.

—Una nunca sabe.

Beatrice soltó una carcajada franca desde el tocador.

—Solo tú llevarías arma a tu propia boda.

—Tradición Holloway nueva. —Isabella lo dijo con la calma de quien ha tomado una decisión razonada—. Esposa armada es esposa preparada.

Anabelle las miró a las tres.

—Yo encuentro que es completamente razonable. —Lo dijo, y nadie pudo determinar con certeza si lo decía en serio.

Eloise decidió que no valía la energía, lo cual era en ella una forma de aceptación que Isabella reconoció y agradeció.

— ¿Estás nerviosa? —Anabelle se sentó junto a ella en el banco del tocador mientras Beatrice terminaba con el cabello.

—Aterrada.

— ¿De Maxwell?

—No. De ser feliz. Pasé tanto tiempo aprendiendo a no necesitar nada que la felicidad me resulta... extrañamente inestable. Como terreno que todavía no sé si va a sostenerse.

Beatrice la miró por el espejo.

—La felicidad es aterradora exactamente por eso. Porque significa que tienes algo que perder.

—Exactamente.

—Pero también significa —dijo Eloise, con esa manera suya de llegar al punto después de rodear—, que tienes algo por lo que vale la pena luchar. Y tú, Isabella, sabes luchar mejor que nadie en esta habitación.

Isabella la miró. Luego a Beatrice. Luego a Anabelle.

Tres mujeres que no habían sido parte de su vida hasta hacía unos meses, que ahora lo eran de una manera que no tenía nombre en los libros de protocolo pero era completamente real.

—Gracias. —lo dijo sin más, porque no necesitaba más.

El golpe en la puerta llegó puntual.

— ¿Puedo? —la voz de Alistair, con ese cuidado específico de los hombres que saben que están del lado equivocado de una puerta cerrada con cuatro mujeres adentro.

Eloise recogió su chal. Anabelle y Beatrice tomaron sus cosas con la eficiencia de mujeres que comprenden los momentos de hermanos sin que nadie necesite explicarlos. La puerta se cerró detrás de ellas con una discreción impecable.

Alistair entró.

Se detuvo.

Isabella estaba de pie junto a la ventana con la luz de la mañana de noviembre cayendo sobre el marfil del vestido y el hilo de plata, con el cabello recogido y los ojos mirándolo con esa expresión suya que era siempre más visible de lo que ella creía.

Él no dijo nada durante un segundo completo.

—Estás hermosa.

— ¿Estás llorando?

—No. —se aclaró la garganta.

—Alistair.

—Es el polvo. Hay mucho aquí.

Isabella cruzó hacia él y lo abrazó, con los brazos alrededor de su torso, la frente en su hombro, y él tardó exactamente medio segundo en devolverlo con esa fuerza específica de quien ha estado esperando hacerlo sin saberlo.

—La última vez que te vi eras así de alta. —le indicó una altura con la mano—Eras tan pequeña. Llorabas mientras te subían al carruaje.

—No recuerdo eso.

—Yo sí. Pasé veinticinco años preguntándome si hice lo correcto al dejar que te fueras. Me sentía culpable. Me preguntaba si te daban cariño, amor. Si la vida que tenías era la que merecías. Jamás supe que nuestra tía había muerto, hasta varios años despues, y ya fue tarde pues tenías tu mayoría de edad, y solo me dijiste que estabas bien que ahora tenías una vida distinta y trabajabas para la corona. Luego cuando comencé a averiguar y fui a Francia tú me dejaste claro que eso era lo que querías y vi en tu rostro tanto reproche hacia a mí, que no sentí tener el derecho de decirte que hacer o inmiscuirme en tu vida aunque fuera tu hermano.

—Era buena vida. La tía Cecily me dio todo lo que necesitaba. Aunque murió muy temprano. Pero me enseñó mucho. Y yo…en ese entonces estaba llena de rabia por muchas cosas, por todo lo que había ocurrido y me había tocado vivir, pero no te culpaba.

—No te dimos familia. —lo dijo con el peso específico de la culpa que ha vivido mucho tiempo en silencio—. Te dejamos crecer sola.

—Crecí fuerte. —Isabella se apartó lo suficiente para mirarlo—. Quizás necesitaba el espacio para convertirme en quien soy. No lo cambiaría. Y tú no podías hacer más de lo que hiciste Alistair. Tampoco eras un adulto.

—Yo sí cambiaría haberme perdido esos años.

—Entonces los próximos que vengan los vivimos bien. Los dos. Empezando hoy.

Alistair asintió, con esa economía de gestos que era el lenguaje emocional de los Holloway cuando algo los golpeaba demasiado adentro para demostrar.

— ¿Lista?—él ofreció su brazo.

Isabella lo tomó—Más que lista.

Caminaron por el corredor en silencio durante unos pasos, con el sonido del órgano de la capilla llegando desde abajo como señal de que el mundo exterior también seguía su propio tiempo.

—Papá estaría orgulloso. —lo dijo Alistair, sin mirarla, con los ojos al frente.

Isabella aflojó los dedos en su brazo un segundo antes de volver a apretarlos.

— ¿Tú crees?

—Lo sé. —giró la cabeza hacia ella—. Su Isabella, la espía más temida de media Europa, casándose con hombre que la ama de la manera en que todos los padres esperan que alguien ame a sus hijas. Que no necesita cambiarla. Que la quiere exactamente como es. Sí. Estaría muy orgulloso.

Isabella no respondió. Pero los ojos le brillaron de una manera que ninguno de los dos mencionó.

La capilla tenía bancos de roble con capacidad para ochenta personas y estaba ocupada con noventa, con algunos invitados de pie junto a los muros laterales con esa tolerancia inglesa de quien considera que la incomodidad física es precio razonable por la curiosidad social. Las velas de Eloise proyectaban una luz dorada sobre los ramos de flores blancas y los lazos de plata que ataban cada banca al siguiente.

Del lado de Isabella, estaban los tres hermanos Holloway, sus esposas; Eloise, Anabelle y Beatrice en las primeras filas, y detrás una selección de aliados y contactos que representaban la vida entera que ella había construido en silencio durante cinco años.

Del lado de Maxwell, había agentes de confianza, hombres de su círculo profesional, y en la tercera fila del lado derecho, con el abrigo oscuro y el aire de quien está más que satisfechos con un buen final feliz, Pierre Aumont. A su lado, Corbeau, con la expresión del hombre en paz con sus decisiones.

Isabella entró del brazo de Alistair cuando el órgano cambió de registro. Maxwell estaba al altar.

Lo había visto esa mañana, brevemente, antes de que Eloise declarara la separación protocolar con una firmeza que no admitía negociación. Pero verlo ahora era diferente porque él la estaba mirando con esa expresión que tenía cuando creía que nadie lo observaba de cerca, sin la compostura del aristócrata ni la eficiencia del agente.

Solo Maxwell. Mirándola como si todo lo demás en la capilla hubiera perdido definición.

Dios, pensó él, con esa elocuencia específica de los hombres a quienes los golpea algo demasiado grande para construirlo en palabras. *Es la mujer más extraordinaria que he visto en mi vida. Y es mía. Realmente mía.*

Cuando llegaron al altar, Alistair se giró hacia Maxwell con la seriedad breve del hermano mayor cumpliendo su parte del contrato.

—Cuídala.

—Lo haré. —Maxwell lo dijo mirándolo a los ojos—. Lo prometo. Con todo lo que tengo.

Alistair besó la frente de su hermana. Le apretó la mano una vez. Y la dejó ir.

Maxwell tomó sus manos entre las suyas.

—Señorita Holloway.

—Lord Blackwood.

El sacerdote comenzó con la liturgia de la Iglesia de Inglaterra, con esa cadencia de los textos que llevan siglos diciéndose y tienen el peso de todo el tiempo acumulado en cada frase. Cuando llegó al momento de los votos, se detuvo.

—Entiendo que tienen palabras preparadas.

—Sí. —Maxwell no apartó los ojos de ella.

El sacerdote asintió y retrocedió un paso, que era la versión clerical de darles el espacio que necesitaban.

Maxwell respiró. Los pulgares le trazaron un arco sobre los nudillos de ella antes de empezar.

—Isabella Holloway. —Lo dijo con la voz baja del hombre que habla para ella, no para la capilla, aunque toda la capilla pudiera oírlo—. La primera vez que te vi tenías quince años y estabas aterrada y aun así no te rendías. Supe en ese momento que eras distinta a cualquier persona que había conocido. Tardé tres años más en entender por qué.

Isabella le apretó las manos. Los nudillos de ella, blancos un segundo por la presión.

—Prometo amarte en luz y en sombra. Cuando seas Camaleón con daga en el muslo en tu propia boda, y cuando seas solo Isabella sentada junto al fuego sin nada que demostrarle al mundo. —hubo una risa contenida en algún lugar de las primeras filas—. Prometo nunca mentirte. Nunca dejarte. Nunca darte razón para dudar de

que lo que hay entre nosotros es la cosa más real que he tenido en toda mi vida.

Su voz encontró el tramo final con esa calma de quien ha llegado a la parte más importante—Eres mi hogar. Mi amor. Todo lo que importa. Y lo serás hasta mi último aliento.

El silencio que siguió duró exactamente lo suficiente para que las palabras encontraran su lugar.

El sacerdote miró a Isabella.

Ella no necesitó respirar para ordenarse. Las palabras ya estaban listas, llevaban semanas listas, porque a diferencia de muchas cosas en su vida estas no habían requerido táctica ni preparación sino solo honestidad.

—Maxwell Blackwood. Cuando tenía quince años y el mundo se había derrumbado, apareciste. No prometiste que todo estaría bien. Solo prometiste que no estaría sola esa noche. Para una niña que llevaba años aprendiendo a no necesitar a nadie, eso fue suficiente para enamorarse sin remedio.

Isabella sostuvo las manos de Maxwell y siguió con esa voz que no pedía la aprobación de nadie en la capilla porque estaba dirigida únicamente a él.

—Me enamoré de ti antes de saber que era peligroso hacerlo. Y cuando descubrí el peligro, intenté deshacerlo. Pasé cinco años convenciéndome de que podía. No pude. Porque lo que siento por ti no es decisión sino un hecho. Como la gravedad. Como el canal que separa Francia de Inglaterra. Simplemente existe y no admite negociación.

Maxwell le apretó los dedos. Ella lo dejó.

—Cargaste culpas que no eran completamente tuya. Tomaste decisiones desde el peso de cosas que yo no entendía entonces. Y aun así, en secreto, sin pedirme nada a cambio, pasaste tiempo construyendo el caso que le daría justicia a mi padre. —la voz le encontró un temblor breve que no disimuló—. Eso es la clase de amor que no sabía que existía fuera de los libros.

Respiró.

—Prometo confiar en ti cuando el miedo me diga que no lo haga. Prometo comunicarme cuando mi primer instinto sea construir muros. Prometo amarte no solo cuando es fácil, que es cuando cualquiera puede amar, sino cuando es difícil, que es cuando importa.

Levantó los ojos hacia los de él—Eres mi compañero. Mi amor. Mi hogar. Y te amaré sin reservas, sin condiciones, y con la daga en el muslo incluida, hasta que mi corazón deje de latir.

La carcajada que recorrió la capilla fue cálida y sin malicia, y el sacerdote mismo tuvo que contener una sonrisa antes de continuar.

—Por el poder investido en mí y ante estos testigos, los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Maxwell no necesitó el segundo de anticipación que algunos novios emplean en calcular el gesto. La besó despacio, con las manos en su cara y los pulgares en sus mejillas, con esa ternura que no era timidez sino elección, y ella respondió con los dedos en las solapas de su levita jalándolo apenas hacia ella.

Desde la primera fila, Sebastian Holloway dijo, con una claridad que no era accidental:

—Finalmente.

Y Julian, al lado, sin levantar la voz:

—Pensé que no llegaríamos a ver esto.

Eloise lloraba con la elegancia de quien ha practicado llorar de felicidad en bodas suficientes veces como para hacerlo sin arruinar su maquillaje natural. Anabelle aplaudía. Beatrice sonreía con esa calma suya de mujer que ve las cosas con anticipación y no necesita sorprenderse para alegrarse.

En la tercera fila, Corbeau inclinó la cabeza con los ojos cerrados un segundo, ese gesto suyo de los momentos que merecen silencio interno. Pierre Aumont, a su lado, se llevó el pañuelo a los ojos con la discreción de nadie en absoluto.

Salón de Rutherford Hall

La recepción tenía música de cuarteto de cuerdas, mesas largas con mantel blanco y el menú que Eloise había negociado con el cocinero durante una semana entera, y esa atmósfera específica de las celebraciones en que la felicidad de los protagonistas es suficientemente real como para contagiarse al resto de la sala.

El primer baile fue un vals.

Maxwell llevó a Isabella al centro con la mano en su espalda y la otra sosteniendo la de ella, y cuando la música empezó los dos se movieron con esa coordinación que a estas alturas no debería haber sorprendido a nadie.

—Lady Blackwood. —lo dijo en voz baja, solo para ella.

—Me gusta cómo suena. —Isabella lo dijo mirándolo—. Más de lo que anticipaba.

—A mí me ha gustado desde el momento en que se volvió posible. Lo cual fue aproximadamente hace tres semanas, en caso de que lleves la cuenta.

—La llevo.

Giraron. La falda del vestido siguió el movimiento con esa gracia que solo Isabella tenía.

Desde los bordes del salón, la sociedad londinense observaba con el doble interés de quienes genuinamente se alegran y quienes prefieren no alegrarse pero encuentran que la evidencia frente a ellos hace difícil mantenerse firme. Dos damas de mediana edad con abanicos activos intercambiaban opiniones en voz que creían más baja de lo que era.

—Sigue siendo irregular. El apellido Blackwood con todo lo que...

—Pero hay que reconocer que se ven extraordinariamente bien juntos.

—Eso no es argumento de respetabilidad.

—No. Pero es argumento de algo.

Isabella los escuchó desde el centro de la pista con esa capacidad suya de registrar conversaciones mientras mantenía la atención en otro lugar. Maxwell notó el momento exacto en que lo hacía.

— ¿Te molesta?

—Para nada. —lo dijo con una tranquilidad que no era disfraz—. Que piensen lo que quieran. Soy feliz. Eso es lo que importa. Todo lo demás es ruido.

—Eso me lo enseñaste tú, curiosamente.

— ¿Cuándo?

—En París. Cuando dijiste que la aprobación de los salones londinenses no era requisito para hacer lo correcto.

Isabella consideró eso.

—Puede que sea más sabia de lo que creía.

—Definitivamente lo eres. Aunque no deberías acostumbrarte a que yo lo admita con tanta frecuencia.

El baile terminó con aplausos y ellos se separaron para cumplir con la distribución social que toda recepción requería.

Después fue Julian quien sacó a Isabella a bailar en la segunda pieza, que era una contradanza y le daba la cobertura del movimiento para hablar sin que nadie en los bordes del salón pudiera leer los labios.

— ¿Notaste la daga? —Isabella lo dijo cuando pasaron cerca el uno del otro.

—Por supuesto. —Julian no alteró la expresión—. También he trabajado como espía ¿recuerdas? La noté cuando entraste a la capilla. El dobladillo cae de manera diferente.

—Tendré que ajustar el ángulo la próxima vez.

—O simplemente aceptar que en esta familia ya nadie se sorprenderá.

Isabella sonrió. Era la sonrisa amplia, la que ya no guardaba para los momentos en que creía que nadie la miraba.

*****

La casa en Grosvenor Street era el regalo de Alistair, con fachada de piedra gris y cuatro plantas y jardín trasero que en verano tendría rosas, según Eloise, que ya había visitado el espacio dos veces con el jardinero. El interior había sido preparado con esa discreción de los sirvientes que comprenden que hay noches en que la presencia humana es prescindible: chimeneas encendidas, velas en los candelabros del corredor, y nadie visible en ningún corredor cuando el carruaje llegó.

Maxwell cargó a Isabella sobre el umbral.

Ella soltó la carcajada antes de que él terminara de cruzarlo.

— ¿Tradicional?

—Solo para esto. —La depositó en el suelo del vestíbulo con cuidado—. Después seremos completamente no tradicionales en todo lo que decidamos serlo.

—Me parece un acuerdo razonable.

La habitación principal estaba en el primer piso, con cama de dosel y sábanas blancas y el olor a lavanda de quien había preparado todo esa tarde. Las velas proyectaban luz cálida sobre las paredes de papel pintado en azul pálido, y el fuego en la chimenea hacía que las sombras se movieran con esa suavidad específica de las noches que no tienen prisa.

Maxwell la miró desde el umbral de la habitación.

— ¿Nerviosa?

—No. —Isabella se giró hacia él—. Emocionada. Hay diferencia.

—La conozco.

Se acercó. Le tomó la cara entre las manos con esa deliberación de los gestos que se eligen, y la besó despacio, sin la urgencia de ninguna de las veces anteriores, con esa calma de quien sabe que tiene toda la noche y toda la vida y no necesita apurarse en ninguna de las dos.

Le desabrochó los botones del vestido uno por uno, con los labios encontrando la piel que quedaba libre en cada centímetro, el cuello, la clavícula, el hombro. El corsé siguió con sus manos, y la camisola después, y cada prenda que caía era también una versión de ella despojándose de algo que ya no necesitaba cargar.

Cuando quedó frente a él sin nada entre su piel y la luz del fuego, no hizo el gesto de cubrirse que habría hecho hace meses. Se quedó quieta, mirándolo, con esa seguridad nueva de quien ya no necesita calcular cuánto espacio ocupa.

—Mi esposa. —Lo dijo con la voz baja del hombre que nombra lo más importante que tiene.

Isabella le quitó la levita con los dedos en los botones, luego el chaleco, luego la camisa blanca, y sus manos en el pecho de él tenían esa calidez de quien toca algo que ya conoce de memoria y aun así encuentra nuevo.

—Mi esposo.

Lo que siguió fue diferente a todo lo anterior en la calidad específica de la certeza. No la urgencia del capítulo cinco ni la desesperación del ocho ni la ternura de reconexión del doce. Era la consumación de dos personas que ya no tienen nada que demostrar ni nada que temer, que se encuentran desde un lugar sólido y sin reservas, y esa diferencia era perceptible en cada movimiento, en cada roce, en la manera en que los dos se tomaban tiempo porque el tiempo ya era de ellos.

Maxwell la recostó sobre las sábanas blancas y recorrió su cuerpo con los labios desde el cuello hasta los pechos, con las manos siguiendo cada curva con esa reverencia de quien redescubre algo que ya creía conocer y encuentra que todavía hay capas nuevas. El olor de ella, calor y lavanda y la especificidad que era solo suya, lo envolvió cuando bajó por su vientre.

Cuando la boca de él encontró su sexo, Isabella arqueó la espalda con los dedos en su cabello y el nombre de él en los labios, y la humedad de ella contra su lengua era la prueba más directa posible de lo que producía en ella, generosa y sin disfraz.

—Maxwell. —Su voz tenía una textura que no administraba.

Él subió por su cuerpo, su pecho contra el de ella, su miembro encontrando la calidez de su sexo con esa presión inicial que reconocieron los dos como el umbral de todo lo que seguía.

Se detuvieron. Completamente unidos. Mirándose.

—Te amo. —Lo dijo él, con los ojos en los de ella.

—Te amo. —Lo devolvió ella, con la misma calma, con la misma certeza que ya no necesitaba construirse porque simplemente estaba ahí.

Se movieron juntos con esa cadencia que no tenía nada de mecánico, lenta y profunda, con los ojos conectándose cada vez que cualquiera de los dos pensaba en cerrarlos. El sonido del fuego, la respiración de los dos construyendo un ritmo que era específicamente de ellos, la calidez de las sábanas blancas alrededor.

—Te amo. —De nuevo, contra su boca, con el movimiento de los dos profundizándose—. Dios, Isabella, te amo.

—Te amo. —las lágrimas le llegaron sin tristeza, sin dolor, con esa limpieza específica de las emociones que finalmente ocupan el espacio correcto—. Siempre. Para siempre.

Él besó cada lágrima. Con esa ternura que no tenía nada de blanda porque estaba construida sobre algo muy sólido debajo.

Cuando llegaron fue juntos, con esa sincronización de los cuerpos que se conocen bien, y los dos lo dejaron ser completamente sin calcular el sonido ni la compostura, porque ya no había nada que calcular.

Maxwell se recostó a su lado con la frente en su cabello, su mano trazando círculos lentos en su espalda, y los dos permanecieron así mientras la respiración de ambos volvía a su ritmo habitual y el fuego en la chimenea bajaba un grado.

—Eso fue... —empezó Isabella.

—Perfecto. —Lo dijo él antes de que ella terminara.

—Iba a decir completo.

—También perfecto.

—Las dos cosas.

— ¿Crees que nos escucharon? —Isabella lo dijo con la cara en su pecho.

—Probablemente todo Grosvenor Street.

—Los vecinos van a tener opiniones.

—Los vecinos ya tienen opiniones sobre nosotros. Esta solo añade información.

Isabella se rio, y él la apretó más fuerte porque esa risa era su cosa favorita en el mundo y llevaba semanas sabiendo que lo era.

La mañana siguiente, mientras la luz todavía gris y suave, entraba por las cortinas entreabiertas, Maxwell abrió los ojos. Isabella estaba despierta a su lado, con la mejilla en la almohada, mirándolo con esa expresión que tenía cuando no sabía que la miraban, que era la expresión más honesta que él conocía.

—Buenos días, Lady Blackwood.

—Buenos días, Lord Blackwood. Sigue sonando extraño.

—Se acostumbrará.

—Probablemente. —Isabella se incorporó sobre un codo—. ¿Qué quieres hacer hoy?

—Hoy. —Maxwell consideró el techo—. Nada. Solo estar aquí contigo. Sin documentos, sin misiones, sin Consejo de Lores.

— ¿Y mañana?

—Mañana ya veremos.

—Tengo una idea para mañana. —Isabella lo dijo con ese tono que él ya reconocía como preludio a algo que le iba a parecer simultáneamente razonable e improbable.

— ¿Sí?

—Weatherby tenía colaboradores que escaparon antes del arresto. Tres, según los documentos que revisé con Alistair la semana pasada. Uno en Edimburgo, uno en Bristol, uno posiblemente todavía en Francia.

Maxwell la miró.

— ¿Estás proponiendo que pasemos nuestra luna de miel cazando criminales?

—Estoy proponiendo que empecemos nuestro matrimonio de la misma manera en que probablemente continuará. Es nuestro tipo de romance.

—Luna de miel cazando colaboradores de Weatherby por tres ciudades. —Lo repitió con la expresión del hombre procesando si esto le parece bien y descubriendo que sí—. La sociedad londinense se horrorizaría.

—Que se horrorice.

Maxwell la besó. Rápido, claro, con esa felicidad específica de los hombres que acaban de confirmar que tomaron la mejor decisión disponible.

—Perfecto.

Isabella se recostó de nuevo contra su hombro, con la mano en su pecho y la mirada en el techo, y los dos permanecieron así mientras la ciudad de Londres empezaba a despertar afuera, con el sonido lejano de los primeros carros en el empedrado y las campanadas de alguna iglesia del barrio marcando la hora.

—Maxwell.

— ¿Sí?

—Gracias. Por amarme. Por esperarme. Por darme razón para creer que esto era posible.

Maxwell le besó el cabello.

—Gracias a ti. Por perdonarme cuando no lo merecía todavía. Por amarme con esa honestidad tuya que no hace concesiones. Por ser exactamente quién eres.

Isabella cerró los ojos.

Afuera, Londres seguía con su mañana. Adentro, en esa habitación con las sábanas blancas y el fuego apagándose y la luz gris entrando por las cortinas, dos personas que habían tardado años y tres continentes en llegar al mismo lugar empezaban el primer día de todo lo que seguía.

Sin prisa. Sin miedo. Sin reservas.

Epílogo

Casa Blackwood, Grosvenor Street — Tarde de primavera, 1819

Dieciocho meses cambian las cosas de maneras que no siempre se anticipan cuando se está en el centro de ellas.

El jardín trasero de la casa en Grosvenor Street tenía en mayo una calidad particular: los rosales que Eloise había insistido en plantar el otoño anterior habían florecido contra toda expectativa londinense, y la tarde era de esas que la ciudad concede con parsimonia, tibia y con suficiente luz como para quedarse afuera sin que el frío gane antes del anochecer.

Isabella Blackwood estaba en el centro del jardín con los pies separados al ancho de los hombros, el vestido de muselina azul sin corsé por razones evidentes, y los brazos ejecutando la secuencia de movimientos que llevaba tres semanas adaptando a su geometría actual.

Ocho meses de embarazo modificaban el centro de gravedad de maneras que ningún maestro de combate había considerado necesario documentar. Ella llevaba el registro mentalmente.

Anabelle Holloway la observaba desde el banco de piedra junto a la pared, con Catherine en el regazo, evaluando la escena con la expresión de quien quiere hacer una pregunta y está calculando si vale la pena formularla.

— ¿Estás segura de que deberías estar entrenando?

—El bebé está bien. —Isabella completó el giro, ajustó el ángulo del codo—. Y necesito mantener el músculo activo. El parto no es actividad pasiva.

—Eso es... una perspectiva que nunca había considerado.

—Es perspectiva práctica.

—Eres la mujer embarazada más letal que conozco. —Anabelle lo dijo con genuina admiración—. Posiblemente la más letal en general.

Isabella se detuvo. Miró a su cuñada con esa sonrisa que ya no guardaba para los momentos en que creía que nadie la veía.

—Gracias. Es el cumplido más útil que me han hecho en semanas.

Bajó los brazos y cruzó hacia el banco, con esa manera de moverse que había adaptado al peso adicional sin perder la precisión, y se sentó junto a Anabelle con el alivio específico de los últimos meses de embarazo cuando uno encuentra asiento después de estar de pie.

Catherine extendió los brazos hacia ella con esa determinación de los bebés de diez meses que han decidido algo y no contemplan alternativas. Isabella la tomó con cuidado, acomodándola contra su costado, y la niña puso la mano abierta sobre la curva de su vientre con la curiosidad sin protocolo de quien no sabe todavía que hay reglas para tocar.

— ¿Quieres una niña o un niño?

—Creo que será una niña. Por mí, que sea lo que sea, mientras nazca con salud. —lo dijo hacia su barriga, con esa mirada de amor que suelen tener las madres en espera, al mirar su vientre.

Anabelle la observó.

— ¿Estás segura que será niña?

—No. Pero tengo presentimiento.

—Los presentimientos tuyos tienden a ser correctos.

—La mayoría de las veces.

Catherine balbució algo que podría haber sido cualquier cosa y ambas mujeres lo interpretaron favorablemente.

Anabelle recogió a su hija con esa naturalidad nueva de quien lleva diez meses aprendiendo los gestos de la maternidad.

— ¿Recuerdas cuando te conocí?—lo dijo sin mirarla, con los ojos en Catherine—. Parecías tan... distante. Como si estuvieras en la misma habitación que todos pero en un lugar completamente diferente al mismo tiempo.

Isabella consideró eso.

—Estaba perdida. —Lo dijo sin dramatismo, como hecho verificable—. No sabía dónde pertenecía. Había pasado tanto tiempo siendo el Camaleón que me había olvidado de cómo ser simplemente Isabella en una habitación llena de gente que me conocía.

— ¿Y ahora?

Isabella miró la casa detrás de ellas, con las ventanas abiertas del primer piso y la cortina moviéndose con el viento de mayo, la biblioteca visible desde el jardín con los lomos de los libros ordenados en los estantes, la oficina de Maxwell en el ala derecha donde todavía había luz aunque ya era tarde.

—Ahora sé exactamente dónde pertenezco.

Maxwell llegó a las seis, con la levita oscura todavía puesta y el sombrero en la mano y esa manera de cruzar el umbral del jardín

que tenía cuando venía de Whitehall con demasiadas cosas en la cabeza y el jardín se las sacaba antes de que llegara a la puerta trasera.

Se detuvo cuando vio a Isabella de pie junto a los rosales, con la luz de la tarde en el cabello suelto y la mano en su vientre en ese gesto que ella hacía sin darse cuenta cada vez que el bebé se movía.

Sonrió. La clase de sonrisa que no construye, que solo ocurre.

— ¿Entrenando de nuevo?

—Estirando. Hay diferencia.

—La diferencia es académica cuando estás a tres semanas del parto.

—Cuatro. —se acercó a él—. El médico dijo cuatro.

—El médico no te conoce tan bien como yo. —Maxwell le pasó el brazo por la cintura con ese cuidado que había desarrollado en los últimos meses, firme pero atento—. Hola, esposa mía.

—Hola, esposo mío.

La besó en la sien primero, luego en la boca, despacio, con esa manera suya de los últimos dieciocho meses de no apurarse en los saludos porque había aprendido que los saludos eran su cosa favorita del día.

Luego bajó la mano libre a su vientre.

—Hola, bebé.

La patada fue inmediata, definida, contra la palma de su mano.

Maxwell se quedó con esa expresión que Isabella había aprendido a reconocer como su versión del asombro, la que no se permitía casi nunca en Whitehall y reservaba para estos momentos específicos.

—Pateó.

—Lo hace cada vez que escucha tu voz. Lleva semanas haciéndolo.

— ¿De verdad?

—De verdad. —Isabella puso su mano sobre la de él—. Ya te ama. Y todavía no ha salido al mundo.

Maxwell no respondió de inmediato. Tenía los ojos en su mano sobre el vientre de ella, con esa expresión del hombre que está procesando algo que lo excede y no intenta reducirlo a palabras manejables.

— ¿Tienes miedo? —dijo él, al final.

—Aterrada. —Sin hesitación—. ¿Tú?

—También. —levantó los ojos hacia los de ella—. ¿Qué pasará si soy mal padre? No tuve el mejor ejemplo del mundo, en retrospectiva.

—Tu padre te enseñó honor aunque fallara en otras cosas. —Isabella lo dijo con esa precisión suya que no suavizaba pero tampoco añadía carga innecesaria—. Y tú pasaste veinte años siendo más honorable que él. Eso no se improvisa. Viene de algún lugar.

—Eso no responde mi pregunta.

—Serás maravilloso. —Lo dijo con la firmeza de quien no está consolando sino afirmando—. Porque me amas a mí con esa

atención y esa paciencia y esa presencia. Y la amarás a ella mil veces más.

Maxwell la miró.

— ¿Ella?

—Presentimiento.

*****

La cena de los Holloway había adquirido en dieciocho meses la calidad de las tradiciones que se instalan sin que nadie las declare formalmente: cada dos semanas, el martes, en el comedor grande de Rutherford Hall, con la mesa larga y los ocho asientos ocupados y el ruido específico de una familia que ha aprendido a estar junta.

Eloise había añadido a Catherine, su pequeña sobrina, al protocolo de la cena con la eficiencia de quien reorganiza la logística sin perder la elegancia, y la niña ocupaba su silla elevada entre Sebastian y su madre con la autoridad de los bebés que saben que son el centro de atención y lo encuentran completamente apropiado. Alistair había insistido en que ninguno de sobrinos o hijos, iba a comer en otra mesa que no fuera la de la familia, y así las cosas, mandaron a hacer las sillas elevadas de los bebés de la familia.

Isabella la tomó cuando los platos estaban siendo retirados, con esa facilidad que había ido ganando en los últimos meses de práctica, y Catherine apoyó la cabeza en su hombro con el abandono de quien ya ha catalogado a esa persona como lugar seguro.

—Es la tía perfecta. —Eloise lo dijo desde el otro lado de la mesa con una satisfacción que no era solo materna.

—No me costó demasiado esfuerzo quererla. —Isabella ajustó a Catherine en su brazo—. Llegó siendo perfectamente querible.

Julian se aclaró la garganta con ese aire de quien ha estado guardando algo y ha decidido que es el momento correcto.

Beatrice lo miró con la expresión de quien sabe exactamente qué va a decir y ha estado esperando este momento desde hace tres semanas.

—Tenemos algo que anunciar. —Julian lo dijo con la calma de los hombres que practican el tono adecuado antes de hablar—. Beatrice está esperando.

El ruido que siguió fue la suma de varias reacciones simultáneas, con Eloise levantándose a abrazar a Beatrice y Alistair extendiendo la mano a Julian mientras Sebastian decía algo en voz baja algo que hizo reír a su esposa.

Isabella miró a Beatrice desde su silla, con Catherine todavía dormitando en su hombro.

—Sabía que ibas a decirlo esta noche. —lo dijo en voz baja.

— ¿Cómo?

—Llevas tres semanas mirando mi barriga con esa expresión. La reconocí.

Beatrice se rio.

Anabelle esperó el momento en que la conversación encontró su cauce natural para inclinarse hacia Beatrice desde el asiento de al lado.

—Me alegro tanto por ti, mi querida Beatrice. Siempre estás haciendo tanto por los demás en la familia, y ahora llegó tu momento de ser mimada por todos con este bebé.

—Oh Anabelle, no sigas o me vas a hacer llorar. Estos días hasta una gallina poniendo un huevo, tiene ese efecto en mí—le dijo haciendo reír a todos los que escucharon.

Los cuatro hermanos Holloway terminaron la noche en la biblioteca de Rutherford Hall, como habían terminado cada cena desde la primera que habían compartido juntos dieciocho meses atrás. Era la tradición más nueva y la que ninguno habría sabido nombrar como necesaria hasta que existió.

Alistair tenía el brandy. Sebastian el sillón junto al fuego. Julian estaba de pie junto a la ventana con esa manera suya de pensar mejor cuando podía ver el exterior. Isabella estaba recostada en el sofá con los pies elevados porque el médico había dicho que era conveniente y Maxwell lo había convertido en instrucción irrevocable.

—Nunca pensé que estaríamos así. —Alistair lo dijo mirando el fuego, no a ninguno de ellos en particular—. Todos juntos. Todos felices. Con familias propias y futuro propio.

—Después de todo lo que pasó. —Sebastian giró la copa entre los dedos—. Weatherby. La conspiración. Los años de dispersión.

—Valió la pena. —Julian habló sin girarse de la ventana—. Cada momento difícil, cada año separados, cada cosa que salió mal. Todo nos trajo exactamente aquí.

Isabella los miró a los tres. Luego al fuego.

—Crecí pensando que me habían olvidado. —Lo dijo con la calma de quien ha procesado algo hasta que ya no duele nombrarlo—. No con resentimiento. Solo como hecho. Que era la cuarta, la pequeña, la que se fue demasiado joven para que me recordaran bien.

—Nunca te olvidamos. —Alistair lo dijo con una firmeza que no dejaba margen—. Ni un solo día.

—Lo sé ahora. —Isabella los miró—. Y lamento haber dudado, aunque la duda fuera comprensible.

—No tienes que disculparte. Hiciste lo necesario para sobrevivir. Y en parte, gracias a eso, encontraste la evidencia que limpió el nombre de nuestro padre y destruyó a Weatherby. Nos devolviste el título. Nos devolviste el honor.

—Solo hice lo correcto.

Julian se giró desde la ventana.

—Eso es exactamente lo que hace una heroína. Hacer lo correcto cuando nadie la obliga y todos los riesgos son reales.

Isabella los miró, uno por uno, con esos tres rostros que llevaban dieciocho meses volviéndose familiares de maneras que compensaban con interés los veinticinco años de distancia.

Los ojos le brillaron. No lloró, porque era Isabella y el control era costumbre profunda, pero el brillo era suficientemente visible como para que los tres lo vieran y ninguno comentara, que era también la manera Holloway de respetar algo sin hacerlo más grande de lo que necesitaba ser.

Regresaron a Grosvenor Street pasadas las diez, con el carruaje oscilando sobre los adoquines mojados por la lluvia breve que había caído mientras cenaban y que había dejado el aire de mayo con esa frescura específica de las noches inglesas que se deciden a ser agradables por sorpresa.

Isabella miraba por la ventana con esa expresión que Maxwell ya conocía como el modo en que procesaba las cosas importantes, sin

urgencia, dejando que cada pieza encontrara su lugar sin forzarla.

Él no habló durante el trayecto. Había aprendido, en aquellos meses, cuándo el silencio de ella era invitación y cuándo era trabajo interno que no necesitaba compañía verbal. Este era del segundo tipo, y lo respetó con la comodidad de quien ya no necesita llenar el espacio entre dos personas para confirmar que la conexión existe.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa, la ayudó a bajar con esa atención que en los últimos meses había ganado una capa adicional de cuidado sin volverse condescendiente, porque Isabella había dejado en claro exactamente dónde estaba la línea y él la había memorizado sin necesitar que se la repitieran.

La casa estaba quieta. Los criados habían dejado las velas encendidas en el corredor y el fuego activo en la habitación, y ese orden doméstico que al principio le había resultado extraño a Isabella, acostumbrada a años de habitaciones de alquiler en París y posadas de camino, era ahora simplemente la textura de llegar a casa.

Más tarde en la habitación, Maxwell encontró a Isabella sentada en el borde de la cama con la postura específica de los últimos meses, la espalda ligeramente inclinada hacia adelante para compensar el peso, los hombros cargados hacia adentro.

— ¿Te duele la espalda?

—Un poco. Más esta noche que ayer.

—Ven.

La acomodó en el centro de la cama, de lado, con la almohada adicional bajo la rodilla que el médico, uno de los más prestigiosos y progresistas del momento, había prescrito y que Maxwell colocaba

sin que ella tuviera que pedirlo desde hacía seis semanas. Se sentó detrás de ella y puso las manos en sus hombros.

Isabella dejó caer la cabeza hacia adelante.

Las manos de él trabajaron el músculo con esa presión que ya sabía calibrar, siguiendo la tensión desde los hombros hasta la base de la espalda, con esa atención de quien ha aprendido la geografía específica del otro y sabe dónde guardan el cansancio del día.

—Mmm. —Isabella cerró los ojos—. Eso es perfecto.

—Tienes el nudo de siempre en el hombro derecho.

—El hombro derecho lleva siendo problema desde los dieciséis años. El entrenamiento con espada lo instaló y nunca se fue.

—Algún día haré que se vaya.

—Llevas seis meses intentándolo.

—Soy paciente.

Isabella se rio con esa carcajada baja que tenía cuando algo la alcanzaba de verdad, y Maxwell le pasó los pulgares por la cervical con un ángulo que produjo el chasquido de la tensión liberándose.

—Estás hermosa embarazada. —le dijo mirándola maravillado.

—Estoy enorme.

—Hermosa y enorme no se excluyen.

Las manos de él se detuvieron cuando la tensión encontró su punto de equilibrio, y la rodeó por detrás con cuidado, la palma abierta sobre su vientre, la frente en su cabello. Isabella apoyó las

manos sobre las de él con esa costumbre nueva de los últimos meses, como si necesitara confirmar que ambas estaban ahí.

La patada llegó a los dos minutos, definida, contra el lado derecho de la palma.

—Activa esta noche. —Maxwell lo dijo en voz baja.

—Estuvo tranquila toda la cena y ahora compensa. —Isabella giró la cabeza hacia él—. ¿Crees que será espía?

—Espero que tenga las opciones que yo no tuve. Y si más adelante es lo que desea, que lo haga porque quiere y no porque le toca.

—Eso no responde la pregunta.

—Espero que sea lo que quiera ser. Espía, naturalista, matemática, modista, si eso la hace feliz. Lo que elija, lo que la haga sentir que su vida es completamente suya.

Isabella consideró eso.

—Le enseñaremos a ser fuerte.

—Y amada. —Maxwell apretó la palma sobre su vientre—. Siempre amada. Que sepa desde el primer día que tiene familia que la ve completa. No solo la parte que es fácil de querer.

El aire que Isabella soltó fue lento y hondo, el tipo que lleva algo consigo al salir.

—Lo que más quiero darle es eso. —Lo dijo en voz muy baja—. Lo que yo no tuve hasta hace poco. Que sepa exactamente dónde pertenece. Que nunca tenga que buscarlo.

Maxwell la besó en la sien.

—No tendrá que buscarlo. Lo tendrá desde antes de poder nombrarlo.

Se recostaron juntos, con esa coordinación de los cuerpos que llevan tiempo compartiendo espacio y han aprendido los ángulos del otro, Isabella de lado con la espalda contra el pecho de él, la mano de Maxwell sobre su vientre, las velas bajas y el fuego convirtiendo la habitación en algo que tenía la temperatura exacta de la palabra hogar.

—Maxwell.

— ¿Sí?

— ¿Alguna vez te arrepientes de cómo pasó todo?

Él no respondió de inmediato. Esa pausa suya de cuando tomaba las preguntas en serio en lugar de responder lo primero disponible.

— ¿De lastimarte? Sí. —Lo dijo con la calma de quien ha cargado eso suficiente tiempo como para poder nombrarlo sin que se desestabilice—. Siempre. No hay día en que no pensé que pude haber tomado decisiones distintas en momentos específicos.

—Eso no era lo que preguntaba.

—Lo sé. De todo. De los años separados, del dolor, de la misión, de Beaumont, de Weatherby. —Eligió las palabras con esa precisión suya—. Me arrepiento del daño. Siempre me arrepentiré del daño. Pero si cambio cualquier parte del camino, no llegamos aquí. No hubieras buscado a Beaumont con esa urgencia. No hubiéramos construido el caso. No hubiéramos destruido la conspiración. No estaríamos en esta habitación con esta persona entre los dos que todavía no tiene nombre pero ya tiene familia que la espera.

Isabella escuchó eso en silencio.

—El dolor tuvo propósito. —No lo dijo como consuelo sino como conclusión.

—No justifico el dolor. El dolor no necesita propósito para ser real. —Maxwell eligió cada palabra—. Pero agradezco dónde nos llevó. Esas son dos cosas distintas y las dos son verdad al mismo tiempo.

—Yo también lo agradezco. Tardé tiempo en poder decirlo sin que me pareciera que estaba excusando lo que ocurrió. Pero ahora puedo sostener las dos cosas. El daño fue real. Y esto también es real. Y no tengo que elegir cuál importa más.

La patada del bebé fue suave esta vez, casi como pregunta.

—Nos escucha. —Isabella lo dijo con una sonrisa que él podía inferir aunque no pudiera verla.

—Tiene buen oído para las conversaciones importantes.

—Como su madre.

—Como su madre.

El fuego bajó hasta los brasas antes de que ninguno de los dos se diera cuenta de que el tiempo había pasado.

Maxwell tenía los ojos cerrados pero Isabella sabía que no dormía, por la cadencia de su respiración y por esa tensión mínima en el brazo que rodeaba su cintura que desaparecía solo cuando se quedaba dormido de verdad.

—Te amo. —Lo dijo él, sin abrir los ojos, con la voz del hombre que lo dice porque necesita que esté en el aire entre los dos, no porque requiera respuesta.

—Te amo también. —Sin pausa, sin construcción—. Desde antes de saber que era posible amarte de esta manera. Desde antes de tener palabras para nombrarlo.

— ¿Sabes qué es lo más extraño? —Isabella lo dijo mirando la oscuridad del techo.

— ¿Qué?

—Hace dos años estaba sola en un apartamento en el Marais con un caso que no terminaba de armarse y la certeza de que así iba a seguir. Sin familia cercana, sin amor, sin nada que se pareciera a esto. Y no lo decía con tristeza. Era simplemente mi vida y la había aceptado.

Maxwell esperó, porque sabía que había más.

—Ahora tengo familia que me llama por nombre. Hermanos que discuten conmigo sobre estrategia en la sobremesa. Cuñadas que diseñan ropa para mi bebé antes de que nazca. Un esposo que sabe exactamente dónde tengo el nudo de tensión en el hombro derecho y le dedica tiempo suficiente cada noche. Y una persona que todavía no conozco pero que ya patea cuando escucha la voz de su padre.

— ¿Extrañas París?

—A veces. —Lo dijo con honestidad—. El olor del Sena por la mañana, los mercados de los miércoles en el Marais, la manera en que la luz cae sobre los tejados al atardecer. Era hogar durante años y eso no desaparece del todo.

—Podemos ir. Cuando ella tenga edad suficiente para viajar en barco.

—Me gustaría eso. Pero Londres es mi hogar ahora. Esta casa es mi hogar. Porque tú estás aquí. Porque ellos están aquí.

Maxwell le besó el cabello, despacio, con esa ternura que no tenía nada de perfunctorio.

—Siempre estaré aquí. —Lo dijo con la misma calma de las promesas que no necesitan énfasis porque ya han demostrado que son verdad—. En esta casa, en esta cama, en esta vida que construimos. Siempre.

La patada del bebé fue la última antes de que el silencio se instalara de verdad, suave y sin peso, el silencio de las habitaciones donde nada está pendiente y nada está roto.

Maxwell se quedó dormido primero, con la palma todavía sobre el vientre de ella, la respiración encontrando ese ritmo lento que Isabella había aprendido a reconocer como su versión más completa del descanso.

Ella tardó un poco más, mirando la oscuridad con los ojos abiertos, con esa costumbre de espía que nunca terminaba de apagarse del todo pero que ya no era vigilancia sino simplemente la textura de su presencia en el mundo.

Pensó en su padre, con esa claridad que los últimos dieciocho meses habían ido limpiando de dolor hasta dejar solo la imagen: un hombre que había amado a sus hijos lo suficiente como para escribir la verdad mientras moría, que había confiado en que alguien con honor suficiente la encontraría cuando el momento llegara.

Ya está hecho, papá. Todo lo que prometiste que valía la pena está hecho.

La habitación tenía el olor de la cera apagada y la madera del fuego reducido a brasas y el calor de los dos cuerpos bajo la manta de lana, y afuera Londres seguía con su noche de mayo, los últimos carros sobre el empedrado, una campana de iglesia marcando las once en algún lugar del barrio.

Isabella cerró los ojos.

La mano de Maxwell sobre su vientre era caliente y firme y completamente real, y debajo de esa mano la bebé que todavía no tenía nombre pero ya tenía todo lo que necesitaba descansaba también, quieta finalmente, con esa paz de los seres que todavía no saben que el mundo puede ser difícil pero ya saben, de alguna manera que no requiere lenguaje, que el lugar al que están llegando es seguro.

Isabella Holloway, el Camaleón, una de las espías más temidas de media Europa, guerrera, hermana y esposa, finalmente encontró lo que había buscado toda su vida sin saber que lo buscaba: hogar. No en un lugar con dirección y paredes. En las manos de un hombre que la amaba sin condiciones. En los brazos de hermanos que la reclamaron cuando ya no tenían que hacerlo. En la vida pequeña y perfecta que crecía dentro de ella con sus propios planes. En todo eso junto, que era la única forma en que el hogar existe de verdad.

FIN